

SARA MESA

---

# *Un amor*



Lectulandia

La historia de «Un amor» ocurre en La Escapa, un pequeño núcleo rural donde Nat, una joven e inexperta traductora, acaba de mudarse. Su casero, que le regala un perro como gesto de bienvenida, no tardará en mostrar su verdadera cara, y los conflictos en torno a la casa alquilada —una construcción pobre, llena de grietas y goteras— se convertirán en una verdadera obsesión para ella. El resto de los habitantes de la zona —la chica de la tienda, Píter el hippie, la vieja y demente Roberta, Andreas el alemán, la familia de ciudad que pasa allí los fines de semana— acogerán a Nat con aparente normalidad, mientras de fondo laten la incomprensión y la extrañeza mutuas.

La Escapa, con el monte de El Glauco siempre presente, terminará adquiriendo una personalidad propia, oprimente y confusa, que enfrentará a Nat no solo con sus vecinos, sino también consigo misma y sus propios fracasos. Llena de silencios y equívocos, de prejuicios y sobrentendidos, de tabús y transgresiones, Un amor aborda, de manera implícita pero constante, el asunto del lenguaje no como forma de comunicación sino de exclusión y diferencia.

Sara Mesa

# Un amor

ePub r1.0

Titivillus 05.09.2020

Sara Mesa, 2020

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.1

## Índice de contenido

Cubierta

Un amor

I

II

III

**I**

Al hacerse de noche es cuando cae el peso sobre ella, tan grande que tiene que sentarse para coger aliento.

Fuera el silencio no es como esperaba. De hecho, no es silencio. Hay un rumor lejano, como de carretera, aunque la carretera más cercana es comarcal y está a tres kilómetros de distancia. También se oyen grillos, ladridos, el claxon de algún coche, los gritos de un vecino arreando el ganado, ya de recogida.

Era mejor el mar, aunque también más caro. Fuera de su alcance.

¿Y si hubiese aguantado un poco más, ahorrado un poco más?

Prefiere no pensar. Cierra los ojos, se deja caer con lentitud en el sofá, quedándose con medio cuerpo fuera, una postura antinatural que le producirá calambres si no se mueve pronto. Se da cuenta. Se tumba como puede. Se adormila.

Es mejor no pensar, pero los pensamientos llegan y se deslizan a través de ella, entrelazándose. Intenta que salgan a la misma velocidad con la que entran, pero se le acumulan en el interior, un pensamiento sobre otro. Ya ese empeño —esforzarse en que entren y salgan y no se le acumulen— es de por sí un pensamiento demasiado intenso para su cabeza.

Cuando consiga el perro será más fácil.

Cuando organice sus cosas y coloque su mesa y adecente los terrenos que rodean la casa. Cuando riegue —qué seco está todo— y limpie —qué descuidado—. Cuando refresque.

Será mucho mejor cuando refresque.

El casero vive en Petacas, una pequeña población a quince minutos en coche. Se presenta dos horas más tarde de lo que habían convenido. Nat está barriendo el porche cuando oye el motor del jeep. Levanta la cabeza, frunce los ojos. El hombre ha aparcado junto a la entrada, en mitad del camino, y se acerca arrastrando los pies. Hace calor. Son las doce de la mañana y hace ya un calor seco e inclemente.

No se disculpa por el retraso. Sonríe ladeando la cabeza. Tiene los labios finos, los ojos hundidos. Su raído mono de trabajo está salpicado de manchas

de grasa. Es difícil calcular su edad. Su deterioro no tiene que ver con los años, sino con la expresión hastiada, con la manera de balancear los brazos y doblar las rodillas mientras avanza. Se detiene ante ella, coloca las manos en las caderas y mira alrededor.

—¡Así que ya estamos empezando! ¿Qué tal la noche?

—Bien. Más o menos bien. Demasiados mosquitos.

—Tienes un aparato en un cajón de la cómoda. Uno de esos que vale para ahuyentarlos. ¿No lo viste?

—Sí, pero estaba sin líquido.

—Bueno, chica, lo siento. —Abre los brazos, ríe—. ¡Esto es el campo!

Nat no le devuelve la sonrisa. Una gota de sudor le resbala por la sien. Se la limpia con el dorso de la mano y encuentra en ese gesto la fuerza necesaria para atacar.

—La ventana del dormitorio no cierra bien y el grifo de la bañera pierde agua. Por no hablar de lo sucio que está todo. Es mucho peor de lo que recordaba.

La sonrisa del casero se enfría, desaparece poco a poco de su rostro. La mandíbula se le tensa al contestar. Nat intuye que es un hombre iracundo y siente ahora deseos de recular. Con los brazos cruzados sobre el pecho, el hombre argumenta que ella vio perfectamente cómo estaba la casa y que si no se fijó en todos los detalles no es responsabilidad de él, sino suya. Le recuerda que le rebajó el precio dos veces. Le dice, por último, que él mismo se encargará de todas las reparaciones necesarias. Nat no cree que sea una buena idea, pero no le discute. Asiente y se enjuga otra gota de sudor.

—Hace mucho calor.

—¿También vas a echarme a mí la culpa?

El hombre se vuelve, llama al perro que se ha quedado escarbando en la tierra, junto al jeep.

—¿Qué te parece este?

Desde que llegó, el perro no ha levantado la cabeza. Husmea por el suelo con nerviosismo, rastreando como un perro cazador. Es un chucho grisáceo de patas altas, con el hocico largo y el pelo áspero. Está ligeramente empalmado.

—Bueno, ¿te gusta o no?

Nat balbucea.

—No lo sé. ¿Es buen perro?

—Claro que es buen perro. No va a ganar un concurso de belleza, eso ya lo estás viendo, pero a ti te da igual, ¿no? ¿No me dijiste eso, que te daba igual? No tiene bichos ni nada malo. Es joven, está sano. Tampoco come

mucho, no tienes ni que preocuparte. Él rebusca por aquí y por allá. Él se apaña.

—De acuerdo —dice Nat.

Entran en la casa, revisan el contrato, firman —ella, con un garabato descuidado; él, ceremoniosamente, apretando con fuerza el bolígrafo sobre el papel—. El casero solo ha traído una copia, que se guarda asegurándole que ya le hará llegar la suya en cuanto pueda. Nat piensa que da igual, es un contrato sin ninguna validez, incluso el precio que aparece recogido no es el real. No vuelve a mencionar el problema de la ventana ni del grifo del baño. Él tampoco. Le tiende la mano teatralmente, achica los ojos al mirarla.

—Mejor llevarse bien que mal —dice.

Cuando se sube al jeep y arranca, el perro no se inmuta. Se queda ante la casa, todavía olfateando arriba y abajo entre la tierra reseca. Nat lo llama, chista y silba, pero él no muestra intención de acercarse.

El casero ni siquiera le ha dicho su nombre. Si es que tiene alguno.

Si tuviera que explicar por qué está allí, le costaría encontrar una respuesta convincente. Por eso, llegado el momento, da evasivas y se limita a hablar de un cambio de aires.

—Todo el mundo pensará que estás loca, ¿no?

La chica de la tienda masca chicle mientras apila la compra sobre el mostrador. Es la única tienda en varios kilómetros a la redonda, un establecimiento sin rótulo donde se amontonan, mezclados, artículos de alimentación y droguería. Comprar allí resulta caro y no hay mucha variedad donde elegir, pero Nat aún se resiste a coger el coche hasta Petacas. Rebusca en la cartera y cuenta los billetes que necesita.

La chica tiene ganas de hablar. Le pregunta a Nat por su vida con desparpajo, incomodándola. Ojalá ella pudiese hacer lo mismo pero al revés, dice. Irse a Cárdenas, donde pasa de todo.

—Vivir aquí es un rollo. ¡Si ni siquiera hay chicos!

Le cuenta que antes iba al instituto de Petacas, pero que lo dejó. No le gusta estudiar, se le dan mal todas las asignaturas. Ahora echa una mano en la tienda. Su madre padece jaquecas crónicas y su padre trabaja en los cultivos, así que viene bien que alguien se encargue. Pero en cuanto cumpla dieciocho años se largará de allí. Puede ser cajera en Cárdenas o cuidar niños. Se lleva bien con los niños. Con los pocos que aparecen por La Escapa, añade sonriendo.

—Este sitio es un rollo —repite.

Es ella quien le habla a Nat de los que viven en las casas y granjas de la zona. Le habla de la familia de gitanos que ocupa un antiguo cortijo en ruinas, justo en la salida a la carretera. Un autobús recoge cada mañana a los niños para llevarlos al colegio; son los únicos niños que viven allí todo el año. También está la pareja de ancianos de la casita amarilla. Ella es una especie de bruja, asegura la chica, es capaz de predecir el futuro y de leer la mente.

—Da mal rollo porque está un poco loca —ríe.

Le habla del hippie de la casa de madera, de uno al que llaman el alemán sin serlo, del bar del Gordo —aunque calificar de bar el almacén donde sirve botellines, reconoce, tal vez sea excesivo—. Hay más gente que va y viene según marca el calendario del campo, jornaleros contratados por quincenas o días sueltos, pero también familias completas que viven la mitad del año en otro lado y que heredaron casas que no logran vender. Pero nunca se ven mujeres solas. No de la edad de Nat, puntualiza.

—Las viejas no cuentan.

Los primeros días, Nat se equivoca y mezcla toda esa información, en parte porque escucha distraída, en parte porque aún desconoce el terreno donde se está moviendo. Los límites de La Escapa son confusos, y si bien hay un núcleo de casitas más o menos compacto —justo donde ella está—, más allá se dispersan otras construcciones, algunas habitadas y otras no. Desde fuera, Nat no distingue si se trata de viviendas o de almacenes, si en ellas hay personas o solamente ganado. Se desorienta por los caminos de tierra y de no ser por la referencia de la tienda, que a veces le resulta más familiar que la casa que ha alquilado y en la que lleva ya durmiendo una semana, se sentiría perdida. La zona ni siquiera es bonita, aunque al atardecer, cuando se difuminan los contornos y la luz se vuelve más dorada, encuentra cierta belleza a la que aferrarse.

Nat coge sus bolsas y se despide de la chica, pero antes de salir da la vuelta y le pregunta por el casero. ¿Lo conoce ella? La chica arruga la boca, mueve con lentitud la cabeza hacia los lados. No, no demasiado, dice. Vive en Petacas desde hace mucho tiempo.

—Cuando yo era pequeña sí que me acuerdo de verlo por aquí. Iba siempre rodeado de perros y tenía muy mal genio. Luego se casó, o se juntó con alguien, y se fue. Supongo que su mujer no querría vivir en La Escapa, y lo comprendo. Esto es todavía peor para una tía. Aunque no es que Petacas sea nada del otro mundo. Yo tampoco querría vivir allí ni loca.

Para jugar, le lanza una vieja pelota que encontró entre un montón de leña, pero el perro, en vez de atraparla y devolvérsela, se aparta cojeando. Cuando se agacha a su lado, poniéndose a su altura para no asustarlo, se escabulle con el rabo entre las patas. Debido a este carácter esquivo, empieza a llamarlo Sieso, porque de alguna manera lo tiene que llamar. Pero Sieso, además de arisco, es impenetrable. Ronda por allí, pero es como si no estuviese en absoluto. ¿Por qué tiene que conformarse con él? Hasta el perrillo de la tienda, un mestizo de chihuahua extremadamente nervioso, es mucho más simpático. Todos los que encuentra por los caminos —y hay montones— corren hacia ella si los llama. Muchos buscan comida, sin duda, pero también caricias; son curiosos y entrometidos, necesitan saber quién es la nueva vecina que ha llegado. Sieso ni siquiera parece interesado en comer. Si le echa comida, bien, pero si no se la echa, bien también. En esto no la engañó el casero: su mantenimiento es barato. A ratos, Nat se avergüenza de su sensación de rechazo. Fue ella quien pidió un perro y ahí lo tiene. Ahora no puede —no debe— decir —y ni siquiera pensar— que no lo quiere.

Una mañana se encuentra con el hippie en la tienda. Así es como lo llamó la chica, que los atiende a ambos sin ninguna prisa, fumando un cigarrillo con parsimonia. El hippie es algo mayor que Nat, aunque no debe de sobrepasar los cuarenta. Alto y fuerte, tiene la piel curtida por el sol, las manos gruesas y agrietadas y una mirada decidida pero apacible. Lleva el pelo largo, cortado a trasquilones, y su barba tiende al pelirrojo. Por qué la chica lo llama *hippie* es algo que Nat tiene que deducir. Quizá por el pelo largo o porque es alguien que, como Nat, viene de la ciudad, un foráneo, algo incomprendible para quien vive en La Escapa desde niña y solo está pensando en huir. Lo cierto es que el hippie lleva allí mucho tiempo. No es por tanto ninguna novedad, como Nat sí lo es ahora para todos. Ella lo mira de costado, sus movimientos secos y seguros, eficientes. Mientras espera su turno, desliza la mano por el lomo de la perra que lo acompaña. Es una labradora castaña, vieja pero de innegable elegancia. La perra mueve el rabo y le coloca el morro en la entrepierna. Los tres ríen.

—Qué pinta de buenaza —dice Nat.

El hippie asiente y le tiende la mano. Luego cambia de opinión, la retira y se acerca para besarla. Un solo beso en la mejilla, lo que ocasiona que Nat se quede con la cara inclinada, esperando el otro beso que no llega. Él le dice su nombre: Píter. Se escribe con *i*, puntualiza: *pe-i-te-e-erre*. Al menos a él le gusta escribirlo así, salvo las veces en que se ve obligado a hacerlo de la

forma oficial. Cuanto menos escriba uno su nombre verdadero, mejor, bromea. Solo vale para firmar en el banco, esos ladrones.

—Natalia —se presenta ella.

Luego viene la pregunta de rigor: qué hace en La Escapa. Él la ha visto pasar por los caminos y también la vio limpiando los terrenos en torno a la casa. ¿Va a vivir allí? ¿Sola? Nat se inquieta. Preferiría que nadie la mirase cuando trabaja, menos aún si no se está dando cuenta, algo inevitable porque los terrenos de la casa únicamente están delimitados por una fina malla de alambre, sin vegetación que la cubra. Le dice que solo se quedará unos meses.

—También he visto al perro. No lo trajiste tú, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabes?

Píter confiesa que conoce bien al animal. Es uno de los muchos que tiene el casero. De hecho, probablemente es el peor. Los recoge de cualquier lado, no los educa, no los vacuna, no los cuida lo más mínimo. Los usa y después los abandona. ¿Ella se lo pidió? Que no le quepa la menor duda de que le ha dado el más inútil de todos.

Nat se queda pensativa y él le sugiere que lo devuelva. No tiene por qué resignarse si no es lo que quería. Le dice que el casero no es un buen tipo, que ella haría mejor guardando las distancias. A él no le gusta hablar mal de nadie, insiste, pero el casero es otra cuestión. Siempre pensando en cómo engañar a la gente.

—Yo te consigo un perro si quieres.

A Nat la conversación la deja intranquila. Sentada en la puerta de su casa, con un botellín de cerveza más bien templado —el frigorífico tampoco funciona como debiera—, mira dormir a Sieso junto a la valla, tendido bajo el sol. Las moscas se paran en su vientre levemente hinchado, en el que se distinguen mataduras de antiguas heridas.

La idea de devolverlo le produce un profundo malestar.

La casa es una construcción chata, de una planta, con las ventanas casi a ras de suelo y una habitación con dos camas de noventa. Nat querría que el casero se llevase una de las camas, que no le va a hacer falta, para poner a cambio un escritorio —le bastaría un simple tablón con unas patas—. Piensa en llamarlo por teléfono, pero lo va dejando día tras día. Cuando lo vea —tarde o temprano tendrá que verlo— se lo pedirá, o se lo insinuará, y hasta entonces seguirá sin escritorio. De momento, tiene que apañarse con la única mesa que hay, arrimándola a una ventana porque, incluso a plena luz del día, el interior de la casa es sombrío y húmedo. La cocina —poco más que un fogón y una

encimera— está tan esquinada que, hasta para hacerse un simple café, es preciso encender la luz. En el exterior es distinto. El sol pega de frente desde temprano y trabajar fuera, aunque sea a primera hora de la mañana, la deja exhausta. Trata de trazar surcos en la tierra para plantar pimientos, tomates, zanahorias, lo que sea que crezca bien y rápido. Ha leído cómo hacerlo, incluso ha visto algunos vídeos donde se explica el proceso paso a paso, pero luego, sobre el terreno, es incapaz de llevar nada a la práctica. Tendrá que vencer su vergüenza y preguntar. Tal vez a Píter.

Por las tardes se sienta a traducir una o dos horas. Nunca logra la concentración suficiente. Quizá necesita un periodo de adaptación, se dice, no debería obsesionarse de momento. Para despejarse, camina por los alrededores. Por más que lo llame, Sieso se resiste a acompañarla, así que va sola, escuchando música con sus auriculares. Cuando ve que se está acercando alguien se obliga a aligerar el paso, incluso a trotar un poco. Prefiere pasar desapercibida, no verse en la obligación de presentarse ni de charlar, aunque para ello deba fingir que hace deporte.

En el paisaje castigado por la sequía se diseminan olivos, alcornoques y encinas. Las jaras, pegajosas y humildes, son las únicas flores que salpican la tierra. La monotonía de los campos se rompe únicamente por el contorno de El Glauco, un monte bajo de arbusto y matorral que parece dibujado a carboncillo sobre el cielo desnudo. En El Glauco, dicen, todavía quedan jabalíes y zorros, aunque los cazadores que suben hasta allí solo vuelven con ristras de perdices y conejos atadas a la cintura. Es un monte siniestro, piensa Nat, pero enseguida procura apartar el pensamiento. ¿Por qué siniestro? Glauco es un nombre feo, sin duda; ella deduce que se debe a su color pálido y macilento. La palabra *glauco* le recuerda un ojo enfermo, con conjuntivitis, o esos ojos propios de los ancianos, vidriosos y enrojecidos, como empañados. Ella misma comprende que se está dejando contaminar por el significado de *glaucoma*. Casualmente la palabra *glauco* había aparecido en el libro que intenta traducir, atribuida al personaje principal, el padre temible que en un momento dado suelta una imprecación muy dolorosa para uno de sus hijos, algo que, según el texto, hace clavándole su mirada *glauca*. Al principio, Nat pensó en una afección de los ojos, pero luego comprendió que una mirada *glauca* es, simplemente, una mirada vacía, inexpresiva, el tipo de mirada en la que la pupila permanece muerta, casi opaca. ¿Cuál es entonces el sentido correcto? ¿*Verde claro, verdeazulado, enfermizo, difuso, errante*? En función del que escoja, deberá orientar el resto del párrafo. Optar por una

traducción literal, sin entender el auténtico espíritu de la frase, sería como hacer trampas.

A pesar de las caminatas y del trabajo físico, duerme mal por las noches. No se atreve a abrir las ventanas. No es solo por los mosquitos, que la acribillan a pesar de todos los productos que ha comprado. Los primeros días, además, entraron arañas, salamanquesas y hasta una escolopendra que descubrió horrorizada dentro de un zapato. Otra mañana se encontró la cocina plagada de hormigas porque olvidó comida fuera del frigorífico. Durante el día, la asedian las moscas, tanto dentro como fuera de la casa. ¿Hay solución para esto?, se pregunta. ¿O, como diría su casero, así es el campo? Todo se ensucia por más que limpie. Barre y barre, pero el polvo entra por cualquier resquicio y se acumula en los rincones. Si al menos tuviese un ventilador para dormir, piensa, podría cerrar las ventanas y todo sería más cómodo, porque se levantaría descansada y con más energía para limpiar, traducir y trabajar en el huerto —o, más bien, en el proyecto de huerto—. Pero ni se plantea pedirselo al casero.

Decide ir a Petacas a comprarlo. De paso, piensa, podría aprovechar para conseguir algunas herramientas. Un azadón, cubos, una pala, tijeras de podar, una criba y alguna otra cosa, siempre que pueda averiguar los nombres exactos de lo que busca.

Tampoco sabe nada de herramientas.

Petacas la sorprende por su bullicio. Tarda un buen rato en encontrar aparcamiento; el trazado de las calles es tan caótico y su señalización tan contradictoria que, una vez que se entra en el pueblo, es fácil salirse otra vez en cualquier desvío inesperado. Las casas son modestas, con las fachadas muy deterioradas y sin apenas ornamentos, pero también hay bloques de ladrillo de hasta seis plantas, desperdigados arbitrariamente aquí y allá. Los comercios se acumulan en torno a la plaza central; el ayuntamiento —un edificio ostentoso, con grandes aleros y vidrieras— está rodeado de tabernas y bazares de chinos. En uno de los bazares, Nat compra un pequeño ventilador; merodea luego en busca de una ferretería, sin decidirse a preguntar a nadie. Le llama la atención la dejadez de las mujeres, que van despeinadas y en chanclas. Muchos hombres, incluso los ancianos, visten camisetas sin mangas. Hay pocos niños y los que hay van solos, sorbiendo polos, correteando, revolcándose por el suelo sin vigilancia. Todos —mujeres, hombres, niños—, ruidosos y desordenados, se parecen extrañamente entre sí. Consecuencias de la

endogamia, se dice Nat, y piensa que su casero encaja perfectamente en ese entorno.

Le inquieta la posibilidad de cruzárselo, pero no es a él, sino a Píter, a quien encuentra en la ferretería. Se alegra al verlo: alguien conocido, alguien amable, alguien que le está sonriendo al fin, acercándose, qué haces tú por aquí, le dice. Nat le muestra la caja del ventilador y él frunce el ceño. Le pregunta por qué no se lo pidió al casero. Es su obligación mantener la vivienda en condiciones habitables. Vale que no pueda exigir aire acondicionado, pero sí al menos un ventilador.

—También podías habérmelo pedido a mí. Los vecinos estamos para ayudarnos.

Nat trata de excusarse. Le viene bien comprar uno, dice. Cuando se vaya de La Escapa, se lo llevará. Él la mira de reojo, haciéndole ver que no la cree.

—¿Y aquí qué vienes a comprar? ¿Herramientas para arreglar todo lo que te ha dejado roto?

Nat sacude la cabeza.

—No. Cosas para el huerto.

—¿Vas a cultivar un huerto?

—Bueno, algo básico... Tengo entendido que los pimientos y las berenjenas crecen bien. Al menos quiero intentarlo.

Píter la coge del brazo, se aproxima más.

—No compres nada —susurra.

Le dice que él puede prestarle las herramientas que necesite. Le dice también que a lo mejor debería desechar la idea del huerto. En su parcela no se ha cultivado nada durante años; la tierra está completamente estéril; se necesitarían días y días de trabajo duro para adecuarla, además de un dineral para fertilizantes y abonos. Si ella sigue empeñada —Nat se detiene en la palabra *empeñada*—, podría echarle una mano, pero definitivamente no se lo aconseja. Aunque le habla con suavidad, en el tono de Píter hay una seguridad incontestable, la seguridad del experto. Nat asiente, espera que él termine sus compras. Cables, adaptadores, tornillos, unos alicates: todo muy profesional, muy específico, nada que ver con la inconcreción en la que ella se mueve.

En la calle, a su lado, Píter camina con paso deportivo, erguido pero flexible. Su manera de moverse es tan elegante, tan diferente de la de quienes los rodean, que a Nat le embarga el orgullo de ir con él, ese tipo de orgullo relacionado con la legitimidad. El hechizo se desvanece cuando él le señala las vidrieras del ayuntamiento.

—¿Verdad que son bonitas? Las hice yo.

A Nat le parece que desentonan por completo en ese edificio de ladrillo visto, aunque alaba justo lo contrario: lo bien que encajan. Píter la mira con aprecio. Exacto, dice, es eso lo que busca en su trabajo, la adecuación al contexto.

—Petacas no es el lugar más bonito del mundo pero, en la medida en que se pueda, uno debe contribuir a embellecer su entorno, ¿no crees?

—¿Entonces eres...? —Nat no conoce la palabra exacta que designa a quien fabrica vidrieras.

—¿Vidriero? Sí. Bueno. Algo más que vidriero. Podría decirse que soy un artesano del vidrio y del color. Vaya, que no me limito a tapar ventanas.

—Claro. —Ella sonrío.

Toman una cerveza en una de las tascas de la plaza. La cerveza está helada y a Nat le sienta bien. Píter la observa fijamente —demasiado fijamente, piensa ella—, pero sus ojos son dulces y eso suaviza la incomodidad. La conversación regresa hacia el casero —ese caradura, repite—, las herramientas y el terreno inservible. Insiste en que le prestará lo necesario. Basta con limpiar a fondo la parcela, dejarla despejada para colocar una mesita y unas tumbonas, y plantar luego adelfas y yucas, o especies crasas aptas para la dureza del clima. Cerca de Petacas hay un vivero enorme, muy barato, pueden ir juntos un día si ella quiere. El plan del huerto parece ya totalmente descartado. Nat ni siquiera vuelve a mencionarlo.

Los días siguientes los dedica a la zona exterior de la casa. Se levanta temprano para evitar el calor, pero aun así suda continuamente y la sensación de suciedad la persigue todo el día. Friega a fondo el porche, rasca, lija y barniza el suelo de madera y las traviesas de la pérgola, poda todas las ramas mustias que cuelgan desbocadas, arranca la maleza, saca bolsas y bolsas de basura —papeles, hojas secas, hierros, plásticos, latas vacías, más ramas rotas—. El resultado final es una explanada más o menos amplia de terreno agrietado. Si la casa fuese suya, piensa, plantaría césped o grama, y quizá las adelfas que le recomendó Píter, a modo de valla natural para resguardarse de miradas incómodas, pero qué tontería, la casa no es suya, no va a hacer todos esos esfuerzos para nada.

Una mañana la gitana de las afueras asoma la cabeza y le pregunta si quiere tiestos.

—Tengo una *jartá* —le dice.

Le vende un montón por muy poco dinero. Todos son viejos, pero a Nat no le molestan los desconchones en los de cerámica ni el moho en los de

barro. Hay además dos enormes vasijas que, bien fregadas, le resultan preciosas. Como pesan bastante, el marido de la gitana la ayuda a llevarlas a la casa, acompañado por dos de sus tres hijos. A Nat le agrada esa familia. Son bulliciosos y bienhumorados, no se andan quejando todo el día, como la chica de la tienda. Los niños acarician a Sieso y por primera vez ella lo ve mover el rabo y dar vueltas sobre sí mismo, con el instinto de jugar.

—Ahora coges brotes de por ahí y tienes el jardín listo en un rato —le dice el gitano al despedirse—. No te hace falta ni vivero ni nada.

Es cierto. Nat recoge plantas de las casas cercanas, muchas de ellas deshabitadas, ramas que asoman por las vallas de las parcelas y cuya pérdida no supondrá ningún problema a sus dueños. Sin embargo, cuando Píter se entera, se muestra contrariado. ¿Qué necesidad había? ¿No le había dicho que hay un vivero cerca, uno que es baratísimo? Él mismo podía haberle dado muchos brotes, y hasta plantas completas. De hecho, le regala un robusto cactus en el que ya despuntan unas pequeñas flores fucsias. Nat lo coloca junto a la puerta a regañadientes. Es un cactus espectacular, que desvía la atención hacia sí mismo con su mera presencia.

El cambio es innegable. Los brotes agarran bien, crecen casi por días. Roberta, la anciana de la casita amarilla, se arrima a mirar y la felicita con entusiasmo. Nat se siente de inmediato atraída por ella. ¿Por qué la llamó bruja la chica de la tienda? Si algo destaca en esa mujer es su dulzura. De joven debió de ser bastante guapa. Algo de esa belleza aún puede rastrearse en los estilizados trazos de la nariz y de la boca, aunque lo más llamativo son sus ojos, oscuros, penetrantes y cálidos. El cabello, muy blanco y fino, se extiende como una suave bruma sobre la cabeza. La mujer se deshace en elogios admirando el trabajo de Nat. Le dice que, desde su llegada, todo está muy cambiado, y que los cambios —todos los cambios— siempre son para bien.

—Agua estancada es cosa mala —añade con un guiño.

Nat se da cuenta de que cree que ha comprado la casa. Nadie en su sano juicio, piensa, se metería en todo ese jaleo por una casucha alquilada.

Hasta una vieja loca es capaz de ver eso.

¿Es el calor, la soledad, la falta de confianza, el miedo al fracaso? Le imponen las palabras que otra persona escribió antes que ella, palabras escogidas con cuidado, seleccionadas entre todas las posibles, ordenadas de una única manera entre la infinitud de combinaciones desechadas. Si quiere hacerlo bien —y quiere—, debe tener consideración con cada una de esas elecciones. Pero pensarlo así es llegar a la extenuación y la parálisis. Al

desgranar el lenguaje con ese nivel de conciencia, lo despoja de sentido. Cada palabra se convierte en enemiga y traducir es lo más parecido a batirse en duelo con una versión previa, y mejor, de su texto. Avanza con tanta lentitud que se desespera. ¿Es el calor, la soledad, la falta de confianza, el miedo? ¿O es, simplemente —y debería admitirlo—, su ineptitud, su torpeza?

En cuanto a Sieso, las cosas tampoco marchan como esperaba. El perro se niega a entrar en la casa, va y viene según le da la gana, sin atenerse a normas. Es evidente que, a causa de algún trauma, no se fía de los espacios cerrados; lo que no entiende Nat es por qué tampoco termina de fiarse de ella, después de tantos días a su lado. Recuerda cuando lo vio jugando con los hijos de los gitanos y trata de acariciarlo como ellos lo hicieron —detrás de las orejas, en los costados—, pero el perro se comporta a la defensiva y huye, visiblemente incómodo.

En los últimos tiempos, en torno a las dos o las tres de la madrugada, un concierto de ladridos y aullidos se extiende varios kilómetros a la redonda, como si todos los perros de La Escapa se volvieran locos de pronto, retándose entre sí. Nat se pregunta de dónde salen todos esos perros llenos de tanta desesperación y agresividad. No parecen los mismos que ve durante el día, dormitando o husmeando tranquilamente por los caminos. Y si lo son, ¿a qué se debe esa transformación nocturna? ¿Por qué los perros mansos se vuelven fieros todos a la vez? ¿Y si también Sieso se transforma, y si entra en la provocación y sale mal parado? Ante el temor de que pueda escaparse, decide atarlo a una estaca. Puede que su miedo sea exagerado, fuera de lugar —es lo que piensa cuando amanece—, pero cada noche regresa, y entonces es real e incontestable.

Tener atado a Sieso no entraba en sus planes, pero es lo único que se le ocurre para controlarlo. Antes, cuando veía un perro atado en una parcela, le parecía una crueldad y juzgaba culpables a sus dueños. Ahora ella está haciendo lo mismo, y quizá por los mismos motivos. Se justifica prometiéndose que será una medida transitoria, que en cuanto establezca con él un apego firme lo dejará suelto, y que terminará durmiendo dentro de la casa, junto a ella, para acompañarla.

Sin embargo, Píter no confía en que Sieso cambie. Cada vez que se pasa a saludar a Nat, lo mira de soslayo y le dice que no merece la pena intentarlo: el animal, asegura, está maleado. Insiste en la idea de devolverlo. Cuanto más tiempo deje pasar, más difícil será. ¿Nunca se decidirá a hacerle caso? Nat piensa que Píter, contradiciendo su imagen apacible e incluso el sobrenombre por el que se le conoce, busca siempre el conflicto, o al menos lo busca con el

casero, empujándola a ella contra él. No es solo por el asunto del ventilador —que le recuerda recurrentemente—, sino también por los desperfectos de la casa y, sobre todo, por el perro. Pero Nat piensa: si tan mala persona es el casero, qué se le puede pedir a Sieso, que ha vivido con él y que habrá padecido quién sabe cuántos infortunios bajo su mando. El mismo Píter le contó cuál es la actitud del casero con sus animales: utilizarlos y después abandonarlos. Si tuvo a Sieso desde cachorro, es lo que el perro ha aprendido que harán con él.

Nat tiene la posibilidad de cambiar esto, de dar un giro justo hacia el lado contrario, y solo por eso, porque existe esa posibilidad y está en su mano, se niega a rendirse.

Una mañana lo mete en el coche para llevarlo al veterinario de Petacas. Toma la decisión de improviso, aunque luego no resulta tan fácil como pensaba. Sieso se resiste a subir al coche, da vueltas y la mira de reojo, suspicaz. Finalmente consigue engañarlo usando como cebo un trozo de tocino y empujándolo al interior del coche en cuanto se descuida. Susurrándole para tranquilizarlo, lo acomoda en los asientos traseros, sobre una manta. Sieso se queda con las patas rígidas y una expresión de pánico en los ojos. Gime con suavidad, pero continúa extrañamente inmóvil. Durante el trayecto, Nat lo vigila a través del retrovisor. Lo ve con la boca abierta, jadeando, con la cabeza baja, las patas tiesas, el lomo erizado y el tocino a su lado, sin tocar. El animal siente miedo y ella lástima, pero también, y sobre todo, ganas de acabar cuanto antes.

La clínica veterinaria está en las afueras, en un callejón sin salida. El local está vacío. No solo no hay clientes esperando, sino tampoco sala de espera. El veterinario, claramente un foráneo, la recibe con fastidio, como si hubiese sido importunado o interrumpido en alguna tarea mucho más importante. Mientras se pone unos guantes de plástico, le pregunta el nombre del perro. Sieso, responde ella, avergonzada. Cuando él levanta una ceja, se apresura a aclarar que es un nombre cariñoso, medio serio medio en broma, y que lo cambiará más adelante.

—Los animales no entienden la ironía —dice él—. No es bueno ir cambiándoles el nombre todo el tiempo.

Su diagnóstico es contundente. Sieso tiene ácaros en las orejas y gusanos intestinales. Los andares renqueantes son la consecuencia de haber sufrido una fractura de la pata trasera —tal vez debido a un atropello— sin que se le haya terminado de soldar bien. Además, está desnutrido y no lleva chip. Por lo demás, dice lavándose las manos, es un perro joven, sin duda merece otra vida mejor.

—¿Dónde están sus papeles? ¿Lleva las vacunaciones al día?

—No lo sé. Me lo dieron sin documentación.

El veterinario la mira fijamente.

—¿Y no puedes averiguarlo?

—Sí, supongo que sí.

La gente de campo, suspira él. Nadie lleva control sobre esas cosas. En el campo son brutos, tozudos y muchas veces crueles hasta el salvajismo. Días atrás le habían llevado un galgo desollado. No pudo hacer nada para salvarlo. Ella no se imagina lo difícil que es trabajar en un sitio como Petacas. Como darse chocazos contra un muro, dice, un día tras otro. Nat lo escucha sin abrir la boca. Su problema ahora —el de ella— es económico. Ponerle el chip al perro, desparasitarlo y comprarle un buen pienso le va a suponer muchos más gastos de los previstos y todavía, se teme, queda pendiente el asunto de las vacunas. Pero por mucho dinero que se gaste, por mucho que se le descalabre el presupuesto, el trámite más desagradable, el más costoso, será preguntar al casero.

Coloca el comedero en la cocina para que Sieso se acostumbre a entrar en la casa. A veces consigue que se quede un poco más, tumbado junto a ella. Nunca es por mucho tiempo, nunca se muestra del todo relajado, pero Nat lo considera un gran avance: tenerlo allí, al alcance de su mano. Al recorrer el lomo con la palma, nota bajo el pelaje la agitación que sigue dominándolo, un flujo intermitente pero constante. Ante el menor ruido o movimiento inesperado que ella haga, se asusta y escapa como una exhalación, y hay que empezar a ganarse su confianza de nuevo.

Justo es lo que sucede esa mañana, cuando lo ve tensarse, levantarse de golpe, gemir ligeramente y salir de la casa. Nat tarda todavía unos segundos en oír el jeep aparcando y los pasos en la gravilla, acercándose. Es el casero, dispuesto a cobrar el alquiler en efectivo, tal como acordaron. ¿Acordaron? En realidad, piensa con rabia, ella no acordó nada. Según él, tenían que hacerlo así si pretendía que le rebajase el precio. Nada de transferencias ni de ingresos bancarios, le había ordenado, a ella le daba igual de todos modos, ¿no? Así que, por evitar una discusión, ahora lo tiene dentro de la casa, tras haber dado un golpe seco en la puerta, sin esperar siquiera a que Nat le dé permiso o se levante para recibirlo, mirando alrededor, sopesando los cambios que ella ha hecho, con su media sonrisa irónica bailándole en los labios. Un hombre tan enjuto, piensa Nat, tan insignificante, y sin embargo con el poder de contaminar la casa en tan solo unos segundos. Saca el dinero del alquiler, se lo entrega en un sobre.

—La próxima vez será mejor que me avise —le dice—. Podría no haber estado.

—Bah, tú por eso no te preocupes. Si no estás un día, ya vengo el siguiente.

Le trae también las facturas. La de la luz y el gas, que son mensuales, y la del agua, trimestral. El hecho de que lleve allí solo un mes no es relevante. La casa estaba desocupada antes, le explica, así que esa factura, la del agua, también le corresponde íntegramente. El importe es desorbitado. A Nat le tiembla la mano al sostenerla.

—Ya avisé de que el grifo de la bañera pierde agua. Es imposible que yo haya gastado tanta.

—¿Y qué me estás diciendo? ¿Que la pague yo?

—Solo le digo que yo no la he gastado. Que la culpa es del grifo.

—El grifo no tiene culpa de nada, chica. Eres tú quien vive aquí, ¿no? Pues debiste arreglarlo.

Debió. Nat sabe que él tiene parte de razón, pero se lo advirtió el primer día y no hizo nada, o más bien la solución que le propuso —arreglarlo él mismo— a ella no le convenció. Podía entonces haber pedido ayuda a otra persona. A Píter, por ejemplo, aunque le hubiese reprochado una vez más su docilidad. O podía, simplemente, haber llamado a un fontanero, como hace todo el mundo en estos casos. Sea como sea, se desentendió. Acabó acostumbrándose al goteo constante del grifo. Se dedicó a otras cosas. Y ahora tiene esto: el problema en su mano.

De acuerdo, dice. Pagará la factura junto al importe de la próxima mensualidad, si le parece bien. El casero gruñe para sí, no agradece la concesión lo más mínimo. Sin decir nada más, se marcha resoplando.

Solo al rato, Nat recuerda que no le preguntó por las vacunas de Sieso, ni le planteó el asunto de la cama que quiere que se lleve. Pero da igual, se dice de inmediato, no es tan importante. La mera posibilidad de alargar sus encuentros la intranquiliza tanto que prefiere callar. Ya se las arreglará como pueda.

Un fontanero de Petacas acuerda desplazarse a La Escapa el día siguiente. Esa misma mañana, cuando aún está desperezándose en la cama, Nat oye un ruido en el cuarto de baño. Al principio piensa que Sieso se ha desatado y ha entrado a buscarla, pero se viste de prisa, con el corazón rebotándole, porque esos ruidos no son de animal sino de persona: son pasos, el soltar de una bolsa, un leve carraspeo, más pasos sobre el enlosado. Nat grita quién hay ahí, se asoma aterrorizada a la puerta del baño. Cuando ve al casero dentro, pega otro grito. Primero es el miedo, luego la indignación, pero enseguida, otra

vez, el miedo. Qué hace usted aquí, grita una y otra vez, al borde de la histeria.

El casero se ríe, le pide que se calme.

—Tranquila, chica, soy yo, tampoco es para tanto.

Le dice que ha ido a arreglar el grifo. Hacía falta, ¿no? ¿No decía ella que hacía falta? Creyó que no estaba en la casa, o que estaba dormida, porque no oyó ningún ruido al llegar.

—¡Pero no puede entrar aquí sin avisarme! ¡Ni siquiera debería tener llave! ¿Quién le ha dicho que puede abrir la puerta cuando quiera?

Él vuelve a reír.

—Chica, no te me pongas legalista. Ya te dije que pensé que no estabas.

Le explica que le cogía de camino pasarse tan temprano, tiene que hacer después otros recados en La Escapa, y así aprovecha la mañana. Le dice que, total, va a tardar solo unos minutos en terminar, es una reparación mínima, ese grifo podría haberlo arreglado cualquiera. Cualquier hombre, matiza, porque está claro que ella no ha sido capaz. Nat no puede parar de gritar. Insiste, con la voz deformada por los nervios, en que él no tiene permiso para entrar así, en que no debe hacerlo nunca más. El casero aprieta los labios, endurece la mirada.

—¿Qué piensas, que te voy a violar o qué?

La mira con desprecio, de arriba abajo. Luego se gira hacia la bañera, se agacha murmurando, manejando sus herramientas. Dice bajito —aunque Nat lo oye perfectamente— que está harto de las mujeres. Cuanto más les das, dice, peor les parece. Están todas locas, son unas maniáticas. Continúa trabajando y quejándose. Nat se queda petrificada en la puerta del baño. Después sale al porche y espera allí a que acabe, aún temblando.

—Listo —dice él al rato—. ¿Ves? No era para tanto.

Se va sin despedirse.

Todavía sentada en el suelo del porche, Nat trata de reprimir su ansiedad, conteniéndose para no llamar a la policía, o a Píter, o a quien sea, abrazándose las rodillas hasta que la agitación va dejando paso, poco a poco, a una especie de calma. Con todo, se olvida de avisar al fontanero, que se presenta unas horas después y que, a pesar de no hacer arreglo alguno, le cobra el desplazamiento, como corresponde.

—Dejé a otro cliente tirado para venir. Llegar hasta aquí es un trastorno —se excusa.

Nat no tiene nada que alegar, porque es cierto. Sin duda, es un trastorno.

Al veterinario le dice que Sieso está sin vacunar. Prefiere mentir y correr el riesgo de vacunarlos dos veces a tener que hablar un segundo más de lo necesario con el casero. Así que es lo que toca: abrir la cartera y acabar cuanto antes. Sin embargo, el proceso resulta ser más lento de lo previsto —cruel y lento—. En cuanto le acercan la jeringuilla, Sieso forcejea con una resistencia inesperada. Ella se ve obligada a sujetarlo mientras le ponen un bozal, asustada por la fiereza del perro cuando alza los bellos y muestra los dientes. Le preocupa que eso suponga un paso atrás. Quizá Sieso nunca olvide su traición, cómo ella colaboró para hacerle daño.

Compra un arnés, una correa, huesos de plástico para morder, un silbato de adiestramiento. Convertirlo en el perro cariñoso y tranquilo que necesita va a ser complicado, pero no desistirá tan fácilmente. De hecho, está dando los pasos precisos para conseguirlo. Constatar esa evolución —aunque sea ardua, aunque sea mínima— le produce una íntima satisfacción, como si los progresos del perro también fueran, indirectamente, los de ella.

Sin embargo, la primera tarde que lo saca a pasear con correa resulta agotadora. Sieso tironea sin parar, jadea casi asfixiado. Más adelante se sienta en mitad del camino y se niega a continuar. Nat da la vuelta arrastrándolo tras haber recorrido apenas unos metros. En la distancia, plantado ante la puerta de su casa, distingue a Píter sosteniendo una caja. Al verla llegar, suelta la carga y la mira con los brazos en jarra.

—Eres lo más cabezota que he visto nunca. Estás malgastando toda tu energía tontamente. ¿Cómo se te ocurre amarrarlo? Aquí los perros nunca van con correa.

—Solo trataba de enseñarle. Me lo recomendó el veterinario. Por si tengo que llevarlo a otro sitio.

—¿Dónde vas a llevarlo? Ese animal te dará problemas en todos lados.

Píter le ha traído verduras que acaba de comprarle al alemán. Son demasiadas para él solo, le explica, pero el alemán, muy astuto, las vende siempre así, en lotes grandes, para que no se le echen a perder. Hay rábanos, calabacines, pepinos, tomates y unos bulbos que Nat no consigue identificar. ¿El alemán?, pregunta, todavía dolida por los comentarios de Píter. En sus recuerdos se dibuja un tipo no muy alto, con bigote y gafas, desgarrado, moreno e huidizo, alguien con quien se ha cruzado algunas veces pero que apenas ha mascullado un saludo sin mirarla a los ojos.

—Pues muchas gracias —dice sin entusiasmo—. Aunque no sé qué voy a hacer con tanta cosa.

¿Pisto? ¿Una crema fría? ¿Lasaña de verduras? Hay mil recetas que pueden prepararse con todo eso, responde Píter. ¿Por qué no deja de perder el tiempo con el perro y cocina algo para los dos? Él también puede intentarlo, un segundo plato. Podrían cenar juntos en su casa y así le enseña el taller. Mañana. ¿Qué le parece?

Nat asiente. Son ya demasiadas veces las que él le ha ofrecido que pase por su casa y ella le ha dado largas. Aunque esta vez es distinto. Se trata de una invitación en toda regla: cenar, beber, charlar y todo lo que eso conlleva. Nat no es inocente, conoce las implicaciones que podría tener la propuesta de Píter y aunque algo en su interior todavía ejerce resistencia —una sutil pero persistente repugnancia—, necesita rendirse. Desde que el casero irrumpió en su casa, duerme tensa, le parece oír la llave en la cerradura, la puerta que se abre, pasos acercándose. No le ha querido contar nada a Píter porque sabe lo que le dirá: que lo denuncie a la policía de inmediato. Será inflexible y le reprochará su pasividad y su desidia. Así que prefiere no decir nada, quedárselo todo para ella sola. Sin embargo, estar aislada no es tan sencillo, es bueno tener un amigo, se volverá loca si no. Se pregunta si lo que está buscando es solo amistad o también protección, y si sentiría el mismo alivio —o la misma inquietud— ante la invitación de una mujer. Una amiga cumpliría su función, sin duda, pero no paliaría gran cosa su sensación de desamparo. Al fin y al cabo, se dice, es Píter quien demuestra estar deseando protegerla. Ella solo tiene que dejarse hacer, no le está pidiendo nada que él no esté dispuesto a darle de antemano.

La casa de Píter está en la parte oeste de La Escapa, a unos diez minutos de distancia de la de Nat. Es una bonita construcción de madera con el tejado a dos aguas, amplios ventanales y jardineras. El interior es fresco y agradable, y aunque hay montones de objetos, todos parecen ocupar su lugar exacto y tener una función y un sentido precisos. Cuando Nat cruza el recibidor, la perra se acerca a olisquear la bandeja que lleva entre las manos.

—Calabacines rellenos de carne —anuncia.

Píter suelta una carcajada, la coge del brazo para que lo acompañe a la cocina. Sobre la encimera hay otra bandeja similar, el mismo plato. Ríen, la perra mueve el rabo y se interpone entre ambos, buscando caricias. Suena «My funny Valentine», quizá en la versión de Chet Baker, pero Nat no pregunta —ella nunca pregunta ese tipo de cuestiones—. Píter le sirve una copa de vino y la conduce al sótano para mostrarle el taller. También allí todo está cuidadosamente ordenado, incluso listo para ser exhibido: plantillas y

dibujos, fragmentos de cristal clasificados por colores en cestos y cajas, herramientas colgadas de la pared, una amplia mesa con una vidriera a medio hacer y soldadores que penden del techo. Nat preferiría curiosear a solas, pero atiende con educación a las explicaciones de Píter, que desgrana, paso a paso, el proceso de fabricación de las vidrieras. Una sencilla vidriera, dice, mejora cualquier casa, por humilde que sea. Por supuesto, si le encargan algo más solemne, o incluso institucional, no se echa atrás, pero prefiere trabajar a pequeña escala, para la gente corriente. Nat se acerca a mirar la vidriera que está sobre la mesa. Corderos y palomas danzan en torno a un árbol frondoso. Los distintos tonos de verde de las hojas generan impresión de desorden, o de desencaje. Nat no está muy segura de que le guste. Mirada de cerca, la composición se le antoja convencional y más bien tosca.

—Para esta serie me he inspirado en Chagall. En las vidrieras que hizo para la universidad de Hadassah, en Jerusalén, supongo que las conocerás, son muy famosas...

Nat no tiene la menor idea, pero asiente como si comprendiera, y después se vuelve hacia la pared, donde se apoyan otras vidrieras de la serie, ya terminadas y listas para su colocación. Son para una biblioteca, le explica Píter, por eso ha inscrito versos en ellas: de Pablo Neruda, de Mario Benedetti, de Wisława Szymborska. Nat los lee despacio antes de preguntar:

—¿Y esto de las vidrieras te da para vivir?

Nada más decirlo, se arrepiente. Es el tipo de preguntas capciosas que ella odia que le hagan. Pero a Píter no parece molestarle; más bien al revés, responde alegremente, con orgullo.

—Claro que sí.

Gasta muy poco en materiales, dice. La mayoría de los cristales que utiliza son reciclados. En la basura, de hecho, es donde encuentra los de más valor. Él defiende la austeridad como modo de vida. Sus lemas son: no tirar nada, sacar provecho de todo, respetar la tierra, consumir lo mínimo, ahondar lo máximo.

—Intuyo que, en eso, somos muy parecidos —dice después, y en Nat se asienta, instantáneo, el cosquilleo de la inquietud.

Durante la cena, sus recelos van cediendo. Es el vino, quizá, pero también la amabilidad de Píter, que se muestra cercano y hasta ocurrente, haciéndola reír como hacía tiempo que no reía. Sin embargo, mientras recogen la mesa y él descorcha otra botella, lo mira de reojo y tropieza de nuevo con algo suyo que no le gusta, algo que la hace dar un paso atrás. No es su aspecto físico. De hecho, su cuerpo es atractivo y firme, su robustez resulta indudablemente

erótica. Por otro lado, es innegable que se desvive por agradar: es encantador, buen vecino, sabe de libros, música y películas, todo lo que se presupone interesante en cierto ámbito —el ámbito del que ella proviene—. ¿Entonces? Nat se pregunta por qué vive solo, por qué aún no ha mencionado a ninguna mujer, y baraja la opción de que sea homosexual. Después coge la copa que le ofrece y sonrío, forzándose a espantar todos sus prejuicios.

Salen al jardín a mirar las estrellas. La noche está despejada y la Vía Láctea destaca entre la oscuridad, inmensa y pura. Las puntas de la hierba brillan bañadas por la luz nocturna, se mueven mecidas por la brisa. La perra se sienta al lado, babeando, bella y majestuosa a pesar de su vejez. Los tres contemplan el cielo en silencio. Qué bonito, murmura Nat y, confusamente, piensa al mismo tiempo: la regla. Llegado el momento, puede decirle que tiene la regla.

Él se vuelve hacia ella, la escruta con una sonrisa distinta.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Claro.

—¿Por qué has venido a La Escapa?

Nat titubea. ¿Acaso no había respondido ya antes a eso? ¿Por qué todo el mundo presupone que existen motivos ocultos? Sin decir nada, apura su copa. Píter se disculpa. No pretendía ser entrometido, le dice. No tiene por qué contarle nada si no quiere pero, si quiere, debe saber que estaría encantado de escuchar su historia.

—Dejé mi trabajo —dice ella al fin—. No aguantaba más.

—¿En qué trabajabas?

Nat se retrae. No quiere dar detalles. Era un trabajo de oficina, dice. Traducciones comerciales, correspondencia con clientes extranjeros, cosas así. No un empleo mal pagado, pero sí muy alejado de sus intereses. Píter enciende un cigarrillo, arruga los ojos con la primera calada.

—Pues eres valiente.

—¿Por qué?

—Hoy día nadie renuncia a un empleo.

A Nat le molesta el halago. En otras circunstancias lo hubiese aceptado, pero viniendo de Píter le sobreviene el deseo de rebelarse. Un elogio de ese tipo, en su boca, le suena envenenado. O quizá, piensa, es su percepción, borrosa por el alcohol, lo que la hace tomárselo así, torcidamente. No, ella no es valiente, replica. No se marchó de su trabajo voluntariamente. No del todo. ¿Quiere saber la verdadera historia? Píter se inclina hacia ella. Por supuesto.

Ella robó algo. Había robado sin necesidad, por un impulso. Nunca llegó a entender el motivo que la llevó a hacerlo. No fue por un desafío social y mucho menos por codicia. El objeto estaba allí y ella, simplemente, lo cogió. Pertenece a uno de los socios de la empresa. O, mejor dicho, a la mujer de uno de los socios, algo valioso que había olvidado en una visita. Más tarde se hizo complicado devolverlo. Aunque hubiese querido —y claro que quería—, ya era imposible restaurar el orden. Podía restituir lo robado, pero no sin consecuencias. Optó por callarse. Al final la pillaron. La llamaron en un aparte, se comportaron con discreción. Hasta entonces había sido una buena empleada, cualificada y responsable, así que solo le preguntaron por sus razones, que no supo dar. Bueno, le dijeron, a veces uno no sabe por qué hace lo que hace, ¿verdad? Tanta amabilidad la hizo sospechar. No podía creer que con una simple advertencia fuese bastante. Quizá alguien había mediado para obtener su perdón. Alguien que más tarde le haría saber que le debía un favor. Su absolución tenía ahora un precio, y no estaba segura de querer pagarlo. No quería quedarse en un sitio donde, a partir de ese momento, la mirarían por encima del hombro, con condescendencia, sabiendo que tenía algo que callar y que, si seguía trabajando allí, era gracias a la generosidad y la compasión de sus superiores, bajo las nuevas cláusulas de un contrato no escrito.

Píter la escucha asintiendo, muy concentrado en el relato, pero cuando Nat termina de hablar, lo único que hace es repetir su elogio inicial: es valiente, diga lo que diga ha sido valiente al romper con todo. Otro, en su lugar, hubiese agachado la cabeza, está seguro. No debería sentirse culpable. A veces, ciertos errores acarrear un acierto, un cambio de rumbo o incluso una revelación. ¿No es un acierto que ahora esté ahí, empezando una nueva vida?

Brindan y beben, pero una sombra ha caído sobre ellos, viciando el aire. Una nueva vida, piensa Nat, y de inmediato se siente avergonzada. Todo lo que ha contado es verdad; sin embargo, debido a la forma de contarlo —la selección de palabras, la cadencia, las pausas y rodeos—, se ha cubierto de un halo de falsedad que le repugna. Su necesidad de justificarse, piensa, es lamentable.

Al verla decaer, Píter cambia amablemente de tema, le pregunta por su trabajo actual, por la traducción. Es el primer encargo que recibe, explica ella. El primero de traducción literaria, matiza, nunca antes se había enfrentado a algo así. De hecho, podría considerarse que está a prueba. La editorial que le ha ofrecido el trabajo confía en sus capacidades, pero se trata de un salto cualitativo, eso es innegable. La traducción comercial es puro trámite y

esto..., bueno, lo que ella hace apunta a la esencia, hacia el meollo mismo del lenguaje.

Píter no está tan interesado en disquisiciones teóricas como en el libro en sí. De qué va, le pregunta. ¿Es novela, es ensayo, qué es? No es posible explicar de qué va, dice Nat. No tiene un argumento que se expanda y que pueda reducirse a una sola frase o a dos. Son piezas teatrales muy cortas, casi esquemáticas, de tono filosófico. Su autora no las escribió en su lengua materna, sino en la del país adonde se exilió, así que el lenguaje es muy rudimentario, incluso plano. Al principio Nat pensó que sería una ventaja para la traducción, pero se le está empezando a revelar como lo contrario, como una dificultad. Ahora se ve obligada a dilucidar si la aparición de cada palabra inesperada o ambigua se debe a un error debido al desconocimiento del lenguaje o si es un efecto buscado tras una intensa meditación. No hay modo de saberlo.

—¿Y no puedes preguntarle a la autora?

Nat niega con disgusto. Esa mujer murió, a lo mejor es preferible así, de ese modo se ahorra el disgusto de ver el estropicio que está haciendo con su libro.

Píter sonrío, mira otra vez el cielo. Bonita profesión, dice, la traducción. Interesante y útil, añade. Necesaria. Deja la copa a un lado y con una servilleta le limpia a su perra la baba. El animal se deja hacer con mansedumbre y, en esa placidez —y en la actitud de Píter—, Nat encuentra una gran delicadeza, pero un tipo de delicadeza artificial e impostada. Sieso jamás se dejaría limpiar así. Quizá por eso Píter lo hace con su perra, para marcar las diferencias. Cuando acaba, le llena de nuevo su copa. Difusamente, Nat piensa: me está emborrachando. En la distancia se perfila una palabra —*así* y después una frase completa: *así es como comienzan los disfraces*.

¿Por qué Píter no cuenta nada de sí mismo? ¿Por qué se limita a indagar en ella, a tratar de sonsacarla? ¿De dónde saca la autoridad para darle consejos? Es hora de irse, anuncia, pero al levantarse toma conciencia de lo mareada que está. Tambaleándose, disimula cuando Píter la acompaña hasta el baño, donde se queda un buen rato hasta que se le disipa un poco el efecto del alcohol.

Es muy tarde cuando él se ofrece a llevarla a su casa. La deja en la puerta, le pregunta si estará bien. Nat asiente, le da las gracias. Píter roza con suavidad su mejilla, le desea buenas noches —descansa, dice—, y eso es todo. Nat está sorprendida, incluso decepcionada. ¿No iba él a besarla, o a intentar besarla? ¿No trataría de llevársela a la cama? ¿No es eso lo

previsible, lo que se espera de un hombre? ¿Para qué Sam Cooke y Miles Davis, para qué tanto vino, para qué la Vía Láctea? Tenía preparada una excusa para nada, aunque ¿acaso quería ella algo diferente? No, definitivamente no, pero tampoco eso, tampoco el traspíe en la entrada, el paso desmañado, el vértigo y la completa soledad de la casa cerrada. Nat da tumbos buscando la cama y entonces oye algo, un ruido acercándose entre las sombras. Siente que el corazón se le desploma de golpe hacia los pies, hasta que nota a Sieso lamiéndole la mano, cuyo temblor ya no es capaz de controlar. Es la primera vez que el perro le ha dado una muestra de afecto, un recibimiento. Emocionada, se agacha, llora, le habla.

—¡Me habías asustado!

Se abraza a él. Su pelo áspero se le entremete en la nariz y en los ojos, pero aun así lo abraza, con tanta fuerza que Sieso termina escapándose con un gruñido.

A partir de esa noche, su relación con Píter se estrecha. Haberle revelado ciertas cosas coloca a Nat en desventaja, pero esta asimetría no le preocupa, puesto que no se lo ha contado todo ni mucho menos. Tras las confidencias, la actitud de él no ha cambiado, en todo caso se ha vuelto aún más afable, más cariñoso incluso. Los dos se pasan el día mandándose mensajes y a menudo Nat va a verlo a su casa, ya sin necesidad de invitación, sino cuando le apetece o cuando se aburre. Siguiendo su intuición, le escamotea las informaciones que cree inconvenientes. Por ejemplo, no le habla de los lentos avances de Sieso ni de su miedo ante el casero, porque ¿para qué? La tendencia de Píter a entrometerse en todo, ese tono de consejo basado en la supuesta voz de la experiencia —por ser hombre, por ser mayor, por llevar más tiempo en La Escapa, por ser amigo de aquellos a los que Nat apenas pone nombre—, no resulta tan grave como para impedir su amistad.

Lo que se puso de relieve en la cena —que entre ellos dos no hay atracción sexual— contribuye, paradójicamente, a acercarlos. Sin embargo, el desinterés de Píter ha hecho saltar una alarma en Nat: la señal de que empieza a perder un poder que había poseído inconscientemente hasta entonces. Como el dinero, se dice, también el capital erótico se va escurriendo sin que uno se dé cuenta, solo se toma conciencia de él cuando desaparece, y se escudriña en el espejo con una mirada desprovista de piedad, evaluando las partes de su cuerpo o de su cara donde puede radicar el error. Es cierto que desde que está en La Escapa se ha descuidado. Lleva el pelo desarreglado y áspero, la ropa de trabajo no le favorece y las horas bajo el sol, más que broncear su piel, la

han enrojecido y resecao. Pero debe de haber algo más. Algo que tiene que ver con la edad, con el peso —más que con el paso— del tiempo.

Prefiere no pensarlo y, como tantas otras cosas, deja la idea aparte, en cuarentena.

A veces tiene la sensación de que el casero ha vuelto a usar la llave y ha entrado en su ausencia. No hay nada objetivo que lo demuestre, ninguna cosa cambiada de lugar ni restos de su paso, pero la mera posibilidad —una posibilidad real, como ya ha visto— tiene peso de sobra para angustiarla. Para ahuyentar las sospechas y no obsesionarse, se fuerza a ser racional. Sin embargo, basta con que cierre los ojos y afloje la conciencia para que el espectro campe otra vez a sus anchas en forma de pesadilla.

Un sueño recurrente es que descubre una ventana al lado de su cama, una ventana nueva de la noche a la mañana, con la persiana a medio echar y unas cortinas blancas que tapan parcialmente la vista. Tras la ventana, o lo poco que se puede ver a través de ella, se adivina un paisaje irreconocible pero muy realista. No siempre es el mismo: a veces son montañas nevadas bajo el cielo tiznado, otras un mar embravecido o bloques de edificios muy altos, como de periferia, con todas sus luces encendidas. Cuando, fascinada, trata de incorporarse para observar mejor, se da cuenta de que está atada al cabecero de la cama —o al somier, o a las patas—, con unas cintas anudadas en las muñecas. Parecen poca cosa, las cintas, pero la inmovilizan por completo. Nat no sabe quién la ha atado ni en qué momento sucedió. Observa los nudos que presionan sus venas, las rozaduras que han dejado en su piel y los dedos adormecidos, hormigueantes, por la falta de circulación. El miedo se abre paso en ella. Es entonces cuando oye la puerta abriéndose y al hombre entrando, sus pasos lentos y arrastrados, sin intención de ocultarse. Nat se pregunta dónde está Sieso, por qué no ha ladrado para avisar. Sin moverse de la cama, consigue ver al hombre que se pasea por todas las estancias de la casa —una casa mucho más grande de lo que creía, con multitud de habitaciones cuya existencia ignoraba: traseros, altillos, pequeños cuartos dentro de otros cuartos—. Ve al hombre, la espalda del hombre, ve su nuca desnuda y decidida, entrando en todos los sitios, profanando el espacio con su simple presencia, pero no es capaz de distinguir su rostro. El hombre se aproxima a su cama. Algo en su garganta crece y se esponja, amortiguando el grito. Nat se asfixia.

Despierta sudorosa, con las extremidades entumecidas y las encías reseca. Los ruidos de la noche se entremezclan en su percepción todavía

confundida: los relinchos nerviosos de un caballo, un autillo ululando, el denso cantar de los grillos, y los perros, siempre los perros, solapando sus ladridos unos con otros.

Pero son peores los ruidos que descubre, y que incluso busca, dentro de la casa, cada día, cada noche, sueñe o no. Crujidos y chirridos, el aire entrando por las contraventanas, el murmullo del ventilador, los pasos de Sieso, golpeteando con las uñas el viejo suelo de madera del porche o dando vueltas en torno a la estaca. Ninguno de esos ruidos tiene relación con el casero, pero ella no baja la guardia. El día en que él vuelve, con las facturas del segundo mes, lo hace llamando a la puerta. El alivio que siente Nat es tan grande que paga sin rechistar. Es mejor así, se dice. No pedir nada, terminar pronto y no volverle a ver la cara hasta el mes siguiente.

Después de tantos días y de tantos paseos, se conoce al dedillo todos los caminos, todas las casas y quienes las habitan, aunque persiste la impresión de que algo se le escurre, de que hay cosas que no es capaz de ver ni de entender. La silueta de El Glauco es omnipresente, está ahí mire donde mire, incluso cuando le da la espalda, acechante. No se puede escapar de ese monte, le dice a Píter, es como si la estuviese vigilando todo el tiempo. Pero él le pide que imagine La Escapa sin El Glauco: sería una tierra plana, sin personalidad, idéntica a tantas otras. Lo que le incomoda es la diferencia, asevera con solemnidad, y ella comprende que hablan de cosas distintas, como casi siempre.

Una casa abandonada le llama poderosamente la atención. En sus muros medio derruidos alguien ha escrito CASTIGO DE DIOS y también VERGÜENZA, en grandes letras rojas. Píter le cuenta que tiempo atrás vivió allí una pareja, hermano y hermana, que según los rumores mantenían una relación incestuosa. Llegaron a La Escapa huyendo de otro pueblo y se quedaron varios años sin alternar con nadie y en un notable estado de pobreza —pues nadie les dio trabajo—, sorteando como podían los insultos e incluso los ataques —una vez, cuenta Píter, les rompieron los cristales a pedradas; otra, prendieron fuego al cobertizo—. El hombre, que debía de rondar la cincuentena, murió repentinamente de un infarto; su hermana, más joven y al parecer con retraso mental, se marchó a los pocos días dejando la casa tal como estaba. Los mismos que los repudiaban asqueados se presentaron de inmediato a arramblar con todos los enseres que consideraron útiles, y destruyeron el resto con saña en una gran hoguera. Después hicieron las pintadas.

Pero todo eso sucedió hace ya tiempo, se apresura Píter a aclarar, es una especie de leyenda negra. Él ni siquiera vivía allí, habla solo de oídas. Ella no debería quedarse con una mala imagen de La Escapa, las cosas han cambiado mucho desde entonces, la gente es cada vez más tolerante, más civilizada. Nat piensa que, si fuera verdad, alguien se habría molestado en borrar las pintadas. Que permanezcan así, a la vista de todos, tiene algo de recordatorio, e incluso de advertencia.

Puede pasarse el día entero dando vueltas y, salvo a las cuadrillas de trabajadores, solo se encontrará con el gitano que recoge chatarra o hace recados, con el viejo Joaquín —el marido de Roberta— o con el alemán, que va y viene con su furgoneta a Petacas, ella supone que para repartir las verduras de su huerto. Si no fuese por Píter, es posible que no hablase con nadie durante días. Ahora que ya no es una novedad, ni siquiera la chica de la tienda tiene interés en ella. Se limita a despacharle sin despegar la mirada del televisor que cuelga en una esquina. Su aburrimiento desprende un halo de desesperación. Nat la ve estirándose los dedos hasta crujírselos, tarareando absorta con un hilo de voz. En su rostro todavía adolescente se adivina cómo será cuando tenga cincuenta, sesenta años, cuando esté aquejada por las mismas jaquecas que ahora padece su madre. Nat quisiera ser amable con ella, pero no se le ocurre qué decirle.

A veces va con Píter al bar del Gordo, un almacén con techo de uralita iluminado por una sola bombilla que arroja una luz fría... Toman botellines con los hombres que paran por allí —agricultores y albañiles sobre todo—, gente que habla de asuntos en los que Nat no puede aportar nada. Píter conversa con ellos con naturalidad, aunque a ella le da la impresión de que actúa para ponerse a su nivel. El Gordo a veces cobra de más, a veces no cobra nada, y no permite que nadie le discuta al respecto. Las bromas que hace con los clientes tienen siempre un matiz agresivo y provocador; sin embargo, todos ríen con despreocupación, Nat incluida. Ella jamás iría sola a ese sitio, pero con Píter es distinto.

Los fines de semana son más animados. La casa que linda con la de Nat, bautizada como El Chaletito —así reza en un letrero de colores en la verja—, es ocupada por un matrimonio joven con dos hijos pequeños —niño y niña— que se pasan el día en el jardín pegándose voces, como si esa fuese la manera más natural o la única posible de comunicarse. La vecina, una mujer espigada y charlatana, se muestra acogedora, aunque mira a Nat con cierta suspicacia, quizá por no entender del todo qué hace ahí sola, en esa casucha sin

comodidades, con ese perro arisco. Píter, que es amigo de la pareja hace tiempo, fabricó para ellos las vidrieras de las ventanas superiores, que dan calidez al interior, un tono rojizo o anaranjado según caiga la luz del sol. La vecina le cuenta a Nat que heredó El Chaletito de una tía abuela sin esperarlo. Al principio intentaron venderlo, pero no hubo manera, nadie quería comprar esa casa tan destartada y oscura. Así que lo que hicieron, cuenta con un suspiro resignado, fue aprovechar sus posibilidades, hacerle algunas reformas para que los niños disfrutaran al menos de la vida al aire libre. Su marido, más entusiasta que ella, corta el césped con exquisita regularidad y se distrae construyendo casitas y columpios para sus hijos.

Muchas veces Nat agradece que llegue el lunes para quedarse tranquila de nuevo.

Un domingo los vecinos organizan una barbacoa a la que invitan a un montón de gente, casi todos amigos de la ciudad que se desplazan a La Escapa expresamente para asistir. También están invitados Nat y Píter. A Nat le apetece ir, pero luego se mantiene aparte con timidez, bebiendo y observando a los demás desde un rincón. No entiende bien que muchos de los invitados se paseen por el jardín en bañador. Es ilógico, se dice, porque no hay piscina, ni siquiera una hinchable, solo una manguera con la que se refrescan de vez en cuando o que utilizan para jugar, como niños pequeños. Hay algo obsceno ahí, piensa: la impudicia de un desfile de cuerpos imperfectos, semidesnudos y mojados. Hablan de gastronomía y de política, sin transición, a veces de ambas cosas al mismo tiempo. Aparentan estar bien informados, lo que hace que Nat se repliegue aún más. Algunos se le acercan para preguntarle sobre su vida. Les llama la atención su presencia en La Escapa, sin una razón visible que la justifique. Otros piensan que es la nueva novia de Píter y actúan en consecuencia, empleando un *vosotros* que ella no se molesta en desmentir. A todos parece atraerles la idea del retiro campestre, que revisten de un sentido romántico; cuando hacen algún comentario elogioso al respecto, a Nat le dan ganas de responder que está allí solo porque es el sitio más barato que encontró. Más tarde descubre la mirada de la vecina posada en ella desde el otro extremo de la parcela.

—Me temo que está celosa —le dice Píter en un aparte—. Su marido no para de hablar de ti. ¿No te habías dado cuenta?

Sí, se había dado. Es él quien se ha encargado de presentársela a sus amigos —y había orgullo en su voz al pronunciar su nombre—, quien insiste en resaltar ciertos detalles —que ha trabajado duro para adecentar la casa, que

ha rescatado un perro vagabundo, que es traductora—, quien se encarga de proveerla de bebida, como un anfitrión intachable, aunque a cambio descuide al resto de los invitados. Así que no está todo perdido, piensa Nat con agrado. Sin embargo, su complacencia incluye también una dosis de burla. Siempre es así, no puede evitar verlo desde fuera: el macho a la caza de una nueva presa que caiga rendida de admiración, la mirada penetrante y con voluntad de seducción, pero también la espalda combada, los pies planos y la ridícula tonsura en la cabeza al darse la vuelta. Qué absurdos son algunos hombres, piensa divertida.

Otro día, Píter la anima a participar en una asamblea de vecinos; no estarán todos los de La Escapa, pero ella sí debería ir, su opinión cuenta. ¿Qué tipo de asamblea?, pregunta Nat con reticencia. Le molesta la obligación que se esconde tras la invitación de Píter, y tampoco tiene claro cuál es su papel como vecina, pues no se considera más que una recién llegada, sin voz ni voto. La Escapa es una pedanía, explica Píter, dejada de la mano de Dios a pesar de contar con un alcalde pedáneo, que es, como puede imaginarse, el dueño de la tienda, al que le gusta mandar más de lo que aparenta. De todos modos, su autoridad no sirve de mucho, los demás también deberían coger las riendas y exigir al ayuntamiento de Petacas —el verdadero responsable administrativo de La Escapa— que haga algo. Paradójicamente, quienes están tras la asamblea son los dueños de El Chaletito, el mismo Píter y algunos otros de la nueva hornada —esa es la expresión que él utiliza: *nueva hornada*—, gente con ganas de mejorar las cosas. Pero qué cosas, pregunta Nat, qué cosas.

—No te veo muy motivada.

—No es eso. Es que no sé qué pinto en la reunión. Solo soy una inquilina, en todo caso debería ir mi casero.

—A tu casero los problemas de aquí le dan igual. Ya sabes cómo es.

Sí, lo sabe. También sabe que Píter tiene su parte de razón, aunque le cuesta concedérsela. Él menciona la necesidad de mejorar el servicio de recogida de basuras, la falta de iluminación de los caminos —tan peligrosos por la noche— y el peligro de todos esos baches y hondonadas que se cargan los neumáticos de los coches.

—También los del tuyo, ¿no?

Ella asiente: también los del suyo, y accede a ir finalmente.

La reunión se celebra en la tienda. Al llegar, Nat se sorprende al ver que casi no se cabe dentro, aunque, como le anunció Píter, no están todos. No

están, por ejemplo, los gitanos —ella presiente que, para algunos, son un problema al mismo nivel que los baches, o incluso más—, tampoco el Gordo, que al parecer no se lleva bien con el dueño de la tienda —se llevan a matar, susurra Píter—. El viejo Joaquín ha llegado con Roberta, posiblemente por no tener con quién dejarla. La anciana no está en su mejor día. A mitad de la reunión, arranca a hablar sin coherencia, con su voz quebradiza. Aunque articula perfectamente su discurso, utiliza palabras cultas, sin conexión entre sí, palabras de significados restringidos como *manatí*, *humedal*, *turbidez* y *glándula*. Nat recuerda que justo esas palabras aparecieron en un documental que emitió la televisión ese mediodía, un documental sobre Las Antillas tremendamente aburrido, pero que debió de llamar la atención de la anciana, descolocándola, porque en su manera de hablar hay un desesperado tono de pregunta: qué significa todo esto, parece decir, por qué están todos discutiendo sobre cosas que no entiende —cosas como *arcenes*, *farolas* o *contenedores*—, mientras por su cabeza desfilan imágenes del océano y palabras desvinculadas las unas de las otras.

Mientras su mujer habla, Joaquín se limita a esperar sin asomo de vergüenza, confiado en que todos hagan lo mismo —esperar resignadamente y con cortesía—, pero Nat percibe la impaciencia, la mirada baja y los carraspeos. Píter sonríe condescendiente, la pareja de El Chaletito cuchichea entre sí, el dueño de la tienda hace muecas y solo el alemán, apoyado sobre unas cajas de conservas, se mantiene imperturbable, con la cabeza inclinada y los ojos clavados en sus botas, que mueve con lentitud a un lado y a otro. Nat se fija en él. ¿Cómo es que ha ido a la asamblea, tan solitario e independiente como parece? Ella no sabe por qué lo llaman así, *el alemán*, dado que no es alemán ni tiene el aspecto que se le presupondría a un alemán según la caricatura —claro está— del germánico alto, rubio y fuerte. Al revés, ese hombre es menudo y oscuro, y tiene el pelo ralo, con entradas. Su nariz ancha y fea, el bigote que se curva hacia abajo y las gafas de miope no lo hacen precisamente exótico, sino al revés, rematadamente local. *Alemán* debe de ser un mote, al igual que a Píter lo llaman el *hippie* o a Roberta la *bruja*. En los pueblos suelen manejarse con motes, ¿no es así? Nat se pregunta si ella también tendrá un mote, pero no está segura de querer conocerlo.

Entre la pila de la leña descubre una pequeña víbora enroscada. Es una víbora holicuda, con su insolente cuernecillo sobre la boca y la expresión ceñuda y concentrada. Nat da un salto hacia atrás. De niña oyó que el veneno de esas víboras es mortal, que es capaz de acabar con la vida de un hombre en media

hora. Tiene que quitársela de en medio cuanto antes, pero teme que se revuelva contra ella si intenta matarla. Además, ¿cómo hacerlo? La idea de machacarla con un palo le repugna. Sale a buscar ayuda, aunque tarda un buen rato en encontrar a alguien que acceda a echarle un cable. Píter está en Petacas y los albañiles a los que les pregunta dicen estar muy atareados. Uno de ellos le promete pasarse en cuanto acabe lo que tienen entre manos, pero Nat no puede esperar. Finalmente consigue que vaya el gitano, que no solo no pone ninguna pega sino al revés, va rápido y dispuesto, remangándose. La víbora no se ha movido de su sitio. Aletargada bajo el sol que pega de lleno en la leña, se mantiene inmóvil pero también expectante, como si anticipara de refilón —con su ojo dorado y su terrorífica pupila vertical— el peligro. El gitano utiliza una piedra para aplastarla hasta la muerte. La sangre brilla sobre sus escamas rotas y las náuseas sacuden a Nat al mirarla, pero el alivio que siente es mucho mayor que el asco. Rebusca en su cartera para darle una propina al gitano; él alza la mano, tranquilizador, quizá también ofendido.

—Déjate de tonterías. Pues no habré yo matado bichas de estas... Si cada vez que lo hiciera me pagaran, tendría ya un Audi y un chalet de tres plantas.

Píter le dirá luego que no debió matarla. Las víboras holicudas no son venenosas, eso no es más que un cuento chino. Prejuicios y miedos infundados, siempre es lo mismo, dice moviendo la cabeza con tristeza. ¿De verdad cree que una víbora de poco más de medio metro va a malgastar su veneno, supreciado y escaso veneno, en morder a un ser humano? No, una víbora así jamás ataca, a menos que se la hostigue como ellos hicieron.

—¿Y qué tenía que hacer entonces? —pregunta Nat.

—Nada. Dejarla en paz. O cogerla con cuidado y llevártela a otro lado. Ellas vivían aquí antes que nosotros, ¿no?

Nat le da la razón —no le queda más remedio que dársela— pero piensa: hasta una vulgar víbora tiene derechos de preferencia sobre el terreno. En cambio, ella, pase el tiempo que pase, nunca va a dejar de ser una intrusa.

Una noche, el viento cambia de dirección y comienza a hacer fresco. Nat está leyendo en el porche; primero va a buscar una rebeca, luego entra en la casa, aterida. Enseguida caen unos gruesos goterones calientes y en un par de minutos rompe el chaparrón, levantando de la tierra mojada un olor nuevo y esperanzador. Nat se alegra como una cría. Siente que ha superado al fin una etapa, la primera y más dura, y que la lluvia marca el inicio de la siguiente, mucho más prometedora. Pero la alegría dura poco: justo el tiempo en que tardan en hacerse visibles las goteras y en el piso se forma un charco que

crece por minutos. Nat corre a buscar un par de cubos; cuando vuelve, con el pelo y la ropa empapados, ya ha empezado a formarse barro en el interior. Increíble, se dice. ¿Qué se hace en estos casos? ¿Y cómo no se dio cuenta antes? ¿Acaso no había visto mil veces las manchas amarillas en el techo? ¿Qué pensaba que eran? Se pasa media noche vaciando los cubos y volviendo a colocarlos, hasta que amaina y puede echarse un rato a descansar. Duerme a intervalos, temiendo que arranque a llover de nuevo, sabiendo que esta vez no le quedará más remedio que avisar al casero. Pero por la mañana el cielo está radiante, sin asomo de nubes. ¿Podría posponerlo? ¿Al menos hasta la siguiente vez que se presente con las facturas? Con suerte, no lloverá hasta entonces; es preferible esperar, no despertar al monstruo antes de tiempo. Sabe que se está poniendo excusas para no afrontar el problema, pero también se dice: no son excusas, son hechos reales, el cielo no presagia más lluvia, ha sido solo la típica tormenta de agosto, nada que sea preocupante por ahora.

Acierta en sus pronósticos: no vuelve a caer ni una gota en los días siguientes. De este modo, casi consigue olvidarse del asunto, aunque no por completo. Al levantar la vista al techo tiene que enfrentarse cada vez a las manchas, como de orina y cal, que tanto le asquean. Cuando acaba el mes y el casero aparece con su mono mugriento, Nat se las muestra y él achica los ojos para mirarlas. Le cuenta lo que sucedió la noche del aguacero, lo de los charcos y los cubos. Le explica que es la causa de que la madera del suelo esté podrida. Es una prueba irrefutable, piensa, ahora no podrá negarse a la evidencia.

—Bueno, chica, pero tampoco hay tormentas así todos los días.

—Todos los días no. Pero puede pasar otra vez. Quiero decir, lloverá seguro este otoño, ¿no? Aunque no sea tan fuerte, pero las filtraciones están ahí y... —titubea—... el suelo se está echando a perder.

Mientras ella está hablando, el casero le mira los pechos. Lo hace queriendo, piensa Nat. Para desestabilizarla, piensa. Para humillarla. Con los labios torcidos, él le dice que si el suelo se pudre no es problema de ella. No es su casa, ¿no? Es solo una inquilina, repite, una inquilina que no ha hecho más que quejarse desde que llegó.

—¿Qué quieres que haga yo? ¿Crees que con la mierda de alquiler que me pagas me da para meterme en obras?

Nat está fuera de sí, pero es incapaz de mostrar su enfado. Quiere ser contundente, pero solo suena dudosa y asustada.

—¿Entonces? ¿Cuando diluvie otra vez pongo cubos y punto?

—¡Exacto!

La señala con un dedo y ella se viene abajo. Le arde la garganta, un picor que le abrasa hasta los ojos. ¿Se va a echar a llorar? No, no debe permitirlo. Tiene que aguantar como sea las ganas.

—Creo..., todo esto es..., no me parece normal.

—¿No? ¿No te parece normal? ¿Y qué te parece normal a ti, chica? ¿Venirte al medio del campo pero con el confort de la vida en ciudad?

Luego empieza a hablar en plural, moviendo mucho los brazos, dando vueltas.

—Sois todas iguales. Os pensáis que esto es el cielo con estrellitas por la noche y los corderitos balando por la mañana. Y luego venís con que si los mosquitos, que si la lluvia, que si los hierbajos. Mira, demasiado que te rebajé el precio. ¿O no te lo rebajé? ¿Ya no te acuerdas? Cuando has tenido algún problema, ¿no te lo he solucionado? ¿No vine a arreglarte el grifo? Oh, entonces también te pareció fatal. A vosotras no hay quien os entienda. Mira, tengo cosas más importantes que hacer. Dame el dinero del mes y déjame en paz.

Nat le paga y él se marcha dando un portazo. Entonces sí llora, llena de rabia por no entender qué es lo que la aterra de ese hombre. Un hombre maleducado y mezquino, sin verdadero poder sobre ella. ¿No es claramente inferior? Inculto, sucio y pobre, ¿qué daño puede hacerle? ¿Por qué le afecta tanto? Lloro y, a la vez, se intenta convencer de que quizá no habrá más filtraciones, quizá con poner un par de cubos en los días malos será suficiente, quizá aquel fue un aguacero fuera de lo común, quizá es verdad que no es para tanto, quizá podrá aguantarse por unos meses; total, es verdad que esa no es su casa, ella se terminará marchando tarde o temprano, y mientras tanto es preferible vivir tranquila, no alterarse, no permitir que nada la trastorne, esa será su manera de ganarle, de quedar por encima.

Pero las manchas siguen hablando por sí mismas. Esta vez es el alemán quien las ve, cuando llama a su puerta para ofrecerle una caja de verduras. Al dejarla en la entrada, se detiene ante los tablones estropeados, levanta la mirada y observa fijamente el techo.

—Ahí hay goteras —constata.

Habla de una forma peculiar, entrechocando las sílabas entre sí, con cierta brusquedad o cierta prisa. Sin mirarla a los ojos, le pide una silla y sube para ver más de cerca. Nat se fija en sus botas —recias y descuidadas, las mismas que llevaba el día de la asamblea—, mientras él le explica la causa del problema.

—Tiene toda la pinta de llevar así mucho tiempo. Seguro que hay un buen montón de tejas rotas ahí arriba. Habría que comprobarlo y ver si pueden arreglarse, pero me da que no. Cuando las goteras son superficiales basta con cubrir las tejas con betún o con cal, pero me temo que esto es más complicado. ¿Qué ha dicho tu casero?

—Que solo hay filtraciones cuando llueve mucho. Que no es su problema. Y que no va a hacer nada.

El alemán se baja de la silla, sacude la cabeza.

—En cuanto llueva otra vez, aunque sean cuatro gotas, se te va a inundar todo de nuevo. Yo podría arreglártelo.

A Nat le gusta que no opine sobre la actitud del casero. Le gusta que no la juzgue, que no califique la situación de justa o de injusta, que no la inste a discutir ni a defender lo suyo. El alemán se ciñe a la realidad de los hechos, enfoca la situación de frente y sin interpretaciones. Precisamente esa actitud propicia que ella se desahogue y proteste.

—Es abusivo que lo tenga que solucionar yo. Debería hacerlo él, ¿no? Es su casa.

—Ya. Pero el problema lo tienes tú. Yo puedo ayudarte, en serio. Sé arreglarlo.

Para demostrarlo, le detalla el procedimiento que hay que seguir: primero, evaluar hasta dónde llega la rotura; después, buscar tejas similares y entejar la zona afectada. Por último, canalizar el exceso de agua para que no vuelva a pasar nunca más, con rejillas o canalones, eso ya se vería. Pero no son amigos, piensa Nat. Tendrá que pagarle. ¿Y cuánto costará algo así? No tiene mucho dinero, pero no va a aceptar ningún favor. No desconfía de él, pero no quiere deberle nada.

—No sé si me lo puedo permitir —dice.

El alemán se queda callado. Ella sospecha que se acerca el momento en que va a ofrecerse a hacerlo gratis. Pero, pasados unos segundos, le dice que lo entiende. Él tampoco es capaz de calcular con precisión los gastos antes de empezar. No quiere sacarla de un engorro para meterla en otro. Se encoge de hombros y la mira, por primera vez, a los ojos. No hay decepción en su mirada. Tampoco resignación. Solo un rastro de timidez y amabilidad, y quizá de vergüenza. Puede ser que él también ande escaso de dinero y haya visto una oportunidad para conseguir un ingreso extra. A Nat le parece honesto, pero improcedente. Solo le queda cruzar los dedos para que no llueva y comprar cubos más grandes por si acaso. Le paga las verduras, le da las gracias y lo acompaña hasta el exterior.

Lo que sucede tan solo dos horas después será recordado más tarde por Nat meticulosamente, con la necesidad de fijar los detalles para no olvidar nada, para que la memoria no lo pervierta, lo adultere ni lo disfrace.

En su recuerdo resonará una palabra —*droit*— y una frase —*le droir de sauver*—, un diálogo que estaba traduciendo en ese instante. *Usted no tiene el derecho de salvar a quien quiera*, protestaba uno de los personajes, y el otro respondía: ¡*No es un derecho, es un deber!*

Nat está escribiendo justo esas palabras cuando escucha que alguien la llama. Se levanta y sale, y es él, el alemán, que la espera en la entrada sin pasar aunque la verja se quedó abierta desde su marcha. Ella nota que se ha cambiado de ropa: los pantalones grises y despintados por otros azules y limpios, la camiseta negra con publicidad de un taller de coches por una camisa *beige* desgastada, casi transparente. No sonrío, pero tampoco está serio. Más bien da la impresión de concentrarse en algo, algo que va a hacer o decir y que ni siquiera parece tener relación directa con Nat. Ella llega a pensar que se ha dejado algo olvidado, o que se equivocó al pagarle las verduras, o que finalmente va a ofrecerse para arreglarle gratis las goteras, tal como sospechó desde el principio. Cuando lo ve levantar la vista hacia las tejas, confirma que se trata de la tercera opción. Era previsible, piensa, aunque nada a partir de ese momento vaya a serlo.

—No quiero que te enfades —dice él.

Se detiene ahí, observando el tejado con los ojos engurrñados por el sol. Sieso se acerca lentamente, le olfatea los bajos del pantalón.

—¿Enfadarme? ¿Por qué?

Él busca las palabras adecuadas, pero si tarda no parece ser por incomodidad ante el mensaje, sino más bien por una indecisión referida al uso del lenguaje mismo. Nat espera a que hable, intrigada, aunque también con una ligera indiferencia, como si lo que él fuese a decir —o a proponerle, pues ya sabe que se trata de una propuesta— no le afectara.

—Supongo que estás en tu derecho de enfadarte. Es un riesgo que corro.

¡*No es un derecho, es un deber!*, piensa Nat, pero sonrío, animándole a hablar.

—Di lo que sea. Dilo ya, que no pasa nada.

Y entonces él lo dice. Le dice que lleva mucho tiempo solo. Mucho tiempo sin una mujer, precisa. Vivir en La Escapa no facilita las cosas. Tampoco tener un carácter como el suyo, aislado y taciturno —aunque él no utiliza esos adjetivos: él dice, solamente, *un carácter como el mío*—. No es que se encuentre mal. No está triste ni deprimido, no es eso. Se vale por sí

mismo en la vida. Siempre ha sido así. Pero es innegable que los hombres tienen ciertas necesidades. Al decir esto, la voz se le quiebra un poco, aunque enseguida se recompone. Tampoco es ya tan joven, continúa. Unos diez o doce años mayor que ella —la mira, evaluándola—. No se siente viejo, pero tampoco con fuerzas para conquistar a nadie. Sonríe avergonzado y Nat intuye que no es por el sentido de lo dicho, sino por la expresión que ha usado, *conquistar*, tan eufemística y anticuada, tan fuera de lugar. Para buscar mujeres, corrige, y deja de sonreír. Tampoco quiere recurrir a las prostitutas. Las de Petacas, dice, son miserables, a él le produce rechazo todo eso. Ella asiente mecánicamente.

La cosa es muy sencilla, continúa el alemán. O debería serlo. Aunque los hombres y las mujeres no suelen plantearlo en esos términos. Nadie se atreve a hablar con claridad. Lo normal, o lo habitual, es andarse siempre con segundas intenciones. Él piensa que quizá con ella sí pueda hablar sin rodeos. Es tan solo una intuición, ella puede malinterpretarlo y ofenderse, o incluso interpretarlo correctamente y ofenderse igualmente. No la conoce lo suficiente como para anticipar su reacción, así que la única forma de saberlo es lanzarse. Espera unos segundos, sondea en su mirada.

—Puedo arreglarte el tejado a cambio de que me dejes entrar en ti un rato —dice.

Nat se repetirá esas palabras después, una y otra vez, hasta temer haberlas inventado. Él no dice *a cambio de acostarme contigo*. No dice, ni mucho menos, ninguna otra expresión más o menos ofensiva que signifique algo parecido. Lo que dice es que ella *le deje entrar*. Ni siquiera *entrar en ella*, sino que ella *le deje entrar*. Una forma extraña de proponerlo, que no puede deberse a un manejo deficiente del idioma —¡él no es alemán, después de todo!—. Dejarle entrar, se repite. Un rato, ha dicho. *Un rato*. Nat parpadea. Necesita oír más, o quizá oírlo más veces para entenderlo. Pero la actitud de él —los brazos caídos, las piernas separadas, la mirada humilde y evasiva— indica más bien que ha acabado de hablar y que ahora solo espera una respuesta.

—¿Y cómo sería eso exactamente?

El alemán la mira un instante, se esfuerza en sonreír, pero el resultado se asemeja más a una mueca. ¿De alivio? ¿De satisfacción porque ella no se ha enfadado? Nat no sabría interpretarla. Una sola vez, precisa él. Un rato, repite. Lo mínimo, dice después.

—No te daré la lata. No quiero molestarte. No eres prostituta, no quiero que pienses que te tomo por tal. Es solo —vacila— que me gustaría entrar en

ti un rato. Tan simple como eso. Te tumbas y acabo pronto. Solo eso. Hace mucho que no he estado con una mujer. Mi cuerpo lo necesita. Pensé que podría pedirte.

Nat también recordará más adelante estas palabras. La frialdad de los enunciados, tan cortos y tajantes. Su sequedad. Él pudo haber dicho lo que suele decirse en esos casos. Pudo haber dicho, por ejemplo, que Nat le gustaba, que se sentía atraído por ella, que se arriesgaba haciéndole esa petición tan directa pero que le costaba reprimir su atracción. Pero ese final —*pensé que podría pedirte*— no significa nada. No se lo pide a Nat porque le guste, sino porque a ella —supone— puede pedirse. Entonces, ¿a quién no puede pedirse? ¿A quién no se lo pide porque —cree— no puede pedirse?

Sutil pero espontánea, Nat se deja manejar ahora por la irritación, y también por la impaciencia. La reacción dura solo un instante, pero es determinante en su negativa, que brota brusca y áspera, casi sorprendiéndola.

—Gracias, pero no.

De acuerdo, dice él, y se marcha pacífico, sin insistir, pero también sin disculparse. Nat se despide como si, en efecto, no hubiese ocurrido nada extraño.

Pero cuando vuelve a su mesa ya no puede retomar el trabajo.

No podrá retomar en varios días.

## **II**

Llueve. No es una lluvia fuerte, sino mansa y constante, sin altibajos. Empieza a medianoche. Nat obliga a Sieso a entrar en la casa, coloca los cubos y permanece atenta para vaciarlos cuando están a punto de rebosar. De los tablones del suelo se desprende un calor húmedo y pegajoso que la adormece. Se hunde con pesadez en un sueño alambicado, un sueño que va retomando tras cada interrupción, sin conseguir romperlo del todo. En ese sueño Sieso se ha fugado y ella debe correr tras él, pero está descalza y lo único que tiene a mano son unas botas recias de piel, como las del alemán. No es el calzado más adecuado, apenas avanza, porque las botas pesan tanto que casi no puede levantar los pies del suelo. Da igual lo desesperada que esté, da igual la prisa que se dé: ya ha perdido de vista al perro y solo escucha sus gemidos, cada vez más débiles. Cuando despierta, se da cuenta de que los gemidos de Sieso eran reales y que se habían entremezclado en el sueño. Pero ¿y las botas? ¿También son reales? Reales o no, no son la solución a su problema, piensa.

Con el amanecer desaparece la lluvia, y también la revelación. Nat contempla el cielo. Sobre El Glauco se concentran espesos nubarrones negros; no tardará en llover de nuevo. Sin embargo, ahora, a plena luz del día, está tranquila. Piensa que las goteras no son tan importantes. Tan solo tiene que reponer los cubos cuando haga falta; sin duda hay gente que vive en peores condiciones y tira para adelante, sin quejarse. La propuesta del alemán, su voz —su voz haciendo la propuesta—, resuena todavía en su cabeza, pero sin perturbarla. El alemán está ahí, en su recuerdo, tal como estaba en la entrada de su casa hace unos días, hablando con sorprendente serenidad. Ella lo enfoca del mismo modo, sin pasiones.

El temporal continúa toda la semana, aunque en ningún momento se descontrola. Llueve y para, llueve y para, una alternancia calmada, buena para los cultivos. Aun así, las goteras persisten porque no da tiempo a que el tejado se seque entre un chaparrón y otro. Nat se pasa horas y horas pendiente de los cubos, apenas puede salir salvo para comprar lo imprescindible. Los días se suceden y el cansancio se acumula. Mira al cielo con abatimiento y una angustia creciente se adensa en ella.

Un mediodía, aprovechando que acaba de escampar y que en el horizonte asoman varios claros, sale a desentumecer las piernas. Sieso la acompaña hasta la verja, donde se queda clavado a pesar de que lo llama con insistencia.

—Pues ahí te quedas —dice, molesta—. Tuya es la culpa.

El perro la mira alejarse por el camino. Aunque ha refrescado, Nat va vestida de verano, con un simple pantalón corto y una camiseta de algodón. Cruza los brazos para protegerse del aire y continúa caminando con el viento de cara. Pasa por delante de la casa de Píter sin apenas mirarla. Avanza decidida, absorta, casi como una autómatas, aunque no sería tan necia como para negar que sabe perfectamente dónde va. En efecto, sabe dónde va, pero no para qué ni por qué, como tampoco sabe de dónde procede su enfado o, más que su enfado, su irritación.

Una reflexión fugaz cruza por su cabeza, tan rápida que no le da tiempo a agarrarla y entenderla. Algo sobre intercambios primigenios. El trueque como relación social básica. Por qué no, se dice. Hay algo hermoso ahí. Algo esencial y humano.

La casa ante la que se detiene es muy parecida a la suya. Humilde, de un solo piso, con ventanas bajas. La diferencia principal es que la parcela se sitúa a la espalda, y no delante, así que tiene que plantarse directamente ante la puerta, que solo está entornada. Carraspea y llama con timidez. De pronto se da cuenta de que no conoce el verdadero nombre del alemán. Asoma la cabeza, dice hay alguien ahí, pero suena más bien como si lo afirmara, no como una pregunta. Su voz, de hecho, no parece su voz, suena postiza, como si estuviese leyendo el papel de una obra. Hay alguien, repite. Como no hay respuesta, entra en la casa, que huele a madera mojada y pan tostado. Hay pocos muebles, prendas extendidas sobre un tendedero plegable, un pequeño y obsoleto televisor en una balda. Un gato atigrado la observa desde lo alto de una mesa, completamente inmóvil. Nat pasa junto a él, atraviesa la vivienda y sale por la puerta trasera, que da al huerto. El alemán está agachado junto a unos surcos de tierra. Al oírla, se vuelve y la mira sin sorpresa, como si su llegada hubiese sido solo cuestión de tiempo. Se limpia con el antebrazo el sudor de la frente.

—Has venido —constata.

Se acerca a ella, vacilante. Nat lo mira, manchado de barro, con las gafas caídas, sudado, desgarrado, y recuerda lo que le dijo días atrás —*hace mucho que no he estado con una mujer*—, y se da cuenta, justo en ese momento, de la trascendencia que tiene esa frase en la propuesta, la dimensión que la

propia Nat alcanza ante esas palabras. ¿Qué está a punto de hacer? ¿Sexo por caridad?

—¿Has cambiado de opinión? —pregunta él—. ¿Tanta lluvia te ha hecho cambiar de opinión?

Nat asiente.

—¿Quieres ahora? ¿Quieres que sea aquí?

Ella asiente de nuevo, instintivamente. De pronto, la pregunta le resulta impertinente, casi absurda, pero él ya está soltando las herramientas, sacudiéndose las manos.

—Dame unos minutos. Voy a ducharme.

Le sonrío al entrar en la casa: una sonrisa tensa, posiblemente avergonzada, aunque también centelleante, rápida. Ella se queda fuera, mirando el huerto. Otro par de gatos huidizos, más delgados que el de dentro, cruzan hacia el cobertizo del fondo, donde se almacenan sacos, leña y herramientas. La tierra exhala un fuerte aroma a abono, o a basura. Nat contempla el cielo, las nubes que se apelotonan a lo lejos: pronto arrancará a llover de nuevo. El olor, el viento en su piel, los tonos verdes y marrones mezclados —hojas y tierra—, el gusto acre de su saliva —de los nervios—, todo lo que la ata a ese instante se expresa a través de los sentidos y, sin embargo, la sensación de irrealidad es abrumadora, la abstracción vence a lo concreto, como si, más que estar al borde de una nueva vivencia, estuviese representando una escena en un decorado y con unos actores: una gran mentira. El alemán tarda poco. Sale a buscarla con el pelo mojado, peinado hacia atrás. Le señala las matas de pimientos que se han echado a perder.

—Lo que le viene bien a algunas plantas acaba con otras.

Ella nota que habla para rebajar la tensión. Sin embargo, con esos comentarios, la acrecienta. Un hilo de rabia trepa hacia su boca. Necesita acabar cuanto antes. Él parece notar lo, así que la conduce al interior, donde, tras tomarla suavemente del brazo, le muestra una habitación a oscuras. Baja la voz mientras le explica que es mejor así, sin luz. No quiere que esté incómoda, dice. No quiere que se sienta molesta ni ofendida, repite.

—Acabaremos pronto.

Cuando se le acostumbran los ojos a la oscuridad, Nat distingue una cama pequeña, sin hacer. Él le pide, por favor, que se tumbe boca arriba. Puede desnudarse entera o solo lo estrictamente necesario, lo que ella prefiera. Nat se tumba, se desnuda de cintura para abajo, mientras el alemán se gira hacia un lado, como si prefiriera no mirarla. Las sábanas están ligeramente húmedas pero limpias, como si las acabara de poner sin secarse del todo. Todavía

girado, le explica lo que harán. En sus palabras, más que indiferencia, Nat descubre una especie de desapego profesional, como para que ella no olvide que ese encuentro constituye un acuerdo comercial. Sin embargo, en el fondo de su voz, vibra también la incertidumbre, la incapacidad de contener del todo la inquietud. Nat siente entonces una tenue ternura, algo efímero que enseguida desaparece. Piensa que es un hombre que jamás la habría atraído y que tiene que ser así, de esa manera, en la penumbra: un hombre intentando ocultar su nerviosismo mientras se quita el pantalón y la camisa; una mujer que espera dispuesta a entregarse sin entender del todo la razón de esa entrega.

Así es como lo ve en ese momento: como una entrega, una rendición. Algo que ella le cede a él a cambio de otra cosa.

Todo se desarrolla de acuerdo con el plan descrito. Él está ya muy excitado cuando se pone sobre ella. Primero de rodillas, midiendo el espacio entre sus piernas, con la cabeza inclinada, sin mirarla a la cara. Nat distingue la forma de su pene; lo observa con curiosidad mientras desenrolla un condón y se lo pone cuidadosamente. Después él se aproxima, poco a poco. Ella se abre, levanta la cadera para facilitar el acceso. Ella *le deja entrar*. Le deja estar dentro. Era esa su petición: estar dentro, un rato. Suave, despacio, siente la dureza de él en su interior, raspándole al rozarla a pesar de la delicadeza con que procura moverse. Cierra los ojos. El alemán sostiene su torso con los brazos erguidos para no aplastarla con su peso, rectos sobre el colchón a ambos lados de ella, pero después se deja caer, pasa las manos por sus costados y los recorre demoradamente, hasta el final de la camiseta —donde empieza su carne—, en la cintura desnuda —donde se detiene—. Nat escucha un ligero gruñido, nota la sacudida de la descarga, y lo deja estar dentro un poco más, su cuerpo destensándose. Ha empezado a llover otra vez y las gotas repiquetean rítmicamente en la chapa metálica del cobertizo. Uno de los gatos maúlla, lastimero, y el alemán se separa, se viste y se va de la habitación para que ella pueda también limpiarse y vestirse con tranquilidad.

Al salir no hablan de lo ocurrido. Ella no sabe si el silencio es parte del acuerdo. No sabe si ha sido, o no, lo que él esperaba. Tanto tiempo sin estar con una mujer, había dicho, y ahora ha estado con ella. ¿Cumple sus expectativas? A pesar de la brevedad del encuentro, de la distancia entre ambos, ¿ha obtenido el placer que buscaba? Esto, la brevedad y la distancia, eran las condiciones que él mismo había impuesto. Tal vez creyó que así molestaba menos, o tal vez esas premisas de partida responden a una preferencia íntima, a una elección.

Una necesidad imperiosa de saber su nombre la asalta de pronto. Alguna vez ha oído que lo llaman Andrea, pero tiene sus dudas, porque Andrea es nombre de mujer. Quizá es Andreas, con una s que allí, en La Escapa, nadie va a pronunciar jamás. Que ella sepa, Andreas es un nombre griego, pero quizá también se usa en Alemania. ¿Por eso todos simplifican y prefieren llamarlo, a secas, *el alemán*? Nat no va a preguntarle nada, si algo tiene claro es que ese tipo de preguntas carecen de sentido en lo que acaba de pasar entre ellos. Acaricia el gato atigrado —que resulta ser gata—, mientras el alemán —Andreas o como se llame— busca un paraguas para prestarle, pues aunque la lluvia está arreciando se sobrentiende que ella no quiere quedarse allí más tiempo. ¿O quizá es él quien no quiere?

Cuando se despiden, no le da las gracias. Como debe ser, piensa Nat, esto no ha sido caridad ni altruismo. Aun así, tiene el pecho encogido de frío y echa de menos algo. Quizá, sí, una pequeña muestra de agradecimiento.

Esa noche apenas puede dormir, bombardeada por sus propias dudas. ¿Se ha comportado como una puta? ¿Cómo debe interpretar lo que ha pasado? ¿Cómo lo calificaría un tercero? Si hubiese obtenido dinero en el momento, dinero en metálico, si por ejemplo él se lo hubiese dejado en la mesita junto a la cama, ¿el significado sería diferente? Para ella lo sería, puesto que no quiere dinero, solo quiere que le solucionen el incordio de las tejas, que en última instancia es el incordio del casero. Pero ¿acaso no sería la misma transacción económica si él le hubiese dado dinero y con ese dinero ella contratara a un albañil? ¿No sería el resultado el mismo? No, no lo sería, concluye, porque habría introducido más elementos en la cadena —el dinero, el albañil—, elementos que no formaban parte del pacto.

Eliminar el asunto del dinero, del dinero que se ve y que se toca, logra que finalmente decida no calificarlo de prostitución. Sin embargo, las dudas no desaparecen. ¿No está buscando la manera de justificarse, de hacer limpio lo que no lo es? ¿De verdad cree que debía llegar a eso para reparar las goteras? ¿O simplemente esperó a que lloviera para conseguir una excusa? ¿No era posible conseguir el dinero de otro modo? Si tuvo para todas las vacunas y los tratamientos de Sieso, ¿por qué no iba a tener para algo así? Podría haber amenazado al casero con marcharse si no arreglaba el tejado. Y haberlo hecho, incluso. Nada la ata a La Escapa. Zonas iguales las hay a montones en torno a esos pueblos: encinares, sembrados, caminos de tierra. Casas baratas no faltan, y además sin goteras.

Trata de ver el asunto desde fuera. De contemplarse a través de los ojos de los demás, mirándola y juzgándola. Nadie se tragaría sus razonamientos. ¿Por qué iban a tragárselos? Dirían que lo ha hecho porque en el fondo lo estaba deseando. Que le gustó hacerlo. Que en el sexo no existe zona intermedia entre el placer y el asco: si no había sentido asco, estaba claro entonces lo que había sentido. ¿Habría sido más digno por su parte experimentar repulsión, que le hubiese asqueado o dolido, haberse sentido utilizada o humillada? ¿Que hubiese sido un encuentro más largo? ¿O que él la hubiera forzado a moverse, chupar, morder o contorsionarse?

Pero aquello solo había durado unos minutos. No caben tantas preguntas en tan poco tiempo. Tal vez, se dice, haya que encararlo de forma más sencilla. El alemán hizo un ofrecimiento; al principio ella no lo vio adecuado, pero más adelante sí. No tiene por qué definir ese hecho con ninguna palabra. Él fue sincero y limpio. No hubo ningún rodeo, ningún acercamiento baboso como el de su vecino en la barbacoa. El alemán expuso sus necesidades, hizo su petición, ofreció algo a cambio, algo que además ella necesita realmente. El encuentro fue todo lo frío que debía ser, pero no sórdido ni denigrante. Intenta recordar lo sucedido paso a paso, gesto a gesto. ¿Qué dijo él, con qué palabras, en qué preciso instante? Lo que quizá podía temerse —la repugnancia o el arrepentimiento— no se había producido. El alemán había demostrado sensibilidad. Una delicadeza que —tiene que reconocer— no hubiese imaginado en él, con su aspecto rudo y no precisamente sofisticado. Trató de no hacerle daño, apoyando su peso sobre las manos para no aplastarla, yendo despacio. Al recordarlo, todavía siente el calor entre sus piernas, un calor mucho más mental que físico. Aunque todo fue rápido, la sensación que persiste es la de lentitud. ¿Cómo puede explicarlo?

Ahora deberá evitar a toda costa los equívocos, que él crea que habrá más oportunidades, porque no las habrá. En el supuesto de que se produjera algún malentendido, será firme y lo cortará de raíz. El posible atractivo de lo que ha sucedido entre ellos —luego decide que *atractivo* es una palabra impropia, y la sustituye por *incentivo*—, el posible incentivo, piensa, radica en lo irreplicable del planteamiento. Incluso si él le propusiera un nuevo encuentro con las mismas premisas sería muy diferente, porque la piel tiene memoria, y repetir es profundizar, y lo último que ella desea ahora es profundizar.

El alemán se presenta por la mañana con su furgoneta y empieza a trabajar. Nat le ofrece un café; él lo agradece pero dice no, ya ha tomado. Mientras está

fuera de la casa, estimando los daños en las tejas, ella se sienta ante su ordenador.

—Si me necesitas para algo, aquí estoy —dice.

Luego piensa en la ambigüedad de sus palabras, y se avergüenza. Pero nada de lo que pueda decir es ya inocente. Esta constatación la irrita. No es una consecuencia que hubiese calibrado de antemano.

Con él fuera, tan cerca, le resulta imposible concentrarse. Tarda muchísimo en traducir cualquier frase, incluso las más simples. De hecho, son las más simples las que ejercen una mayor resistencia. Una vez más, aflora la tentación de abandonar. ¿Por qué empeñarse en algo que, a todas luces, se le da tan mal? Se levanta un par de veces a mirarse al espejo: ojerosa, pálida, no está en su mejor día, piensa. Se peina, se maquilla un poco. Vuelve a su sitio. Insiste, dando vueltas y vueltas en torno al mismo párrafo.

El alemán asoma la cabeza por la puerta, sobresaltándola. Le dice que va a Petacas a comprar tejas nuevas, ya sabe la cantidad exacta que necesita. Cuando regrese tendrá también que trabajar en el interior de la casa, espera no molestar, tratará de acabar pronto. Bien, dice Nat, y un estremecimiento la sacude cuando él se marcha. No molestar, acabar pronto: las mismas expresiones que usó el día anterior, dichas incluso con la misma pronunciación, ese apelotonamiento incoherente de las sílabas. ¿Es que no sabe hablar de otra manera?

La reparación le lleva todo el día. El alemán impermeabiliza la superficie, tanto por fuera como por dentro de la casa, y coloca las nuevas tejas que ha comprado. También un canalón, le explica, para encauzar el torrente cuando llueva y evitar que el agua se acumule en el tejado. Nat no tiene ni idea de cuánto han costado las tejas, el canalón y la pintura impermeable, además de algunos otros productos que él ha usado y de cuya utilidad no tiene ni idea. Todo eso más las horas de trabajo, la destreza y el conocimiento necesarios es el precio que le puso a su cuerpo la tarde antes. ¿Es mucho, es poco? Él no ha dicho ni una sola palabra al respecto. Ha hablado solo lo imprescindible. Únicamente ha descansado para fumar, merodeando por la parcela en completo silencio. Nat piensa: quiere dejarme tranquila, cree que de otro modo podría incomodarme. Pero lo que verdaderamente le incomoda es su reserva. Qué frialdad, se dice. Y al mismo tiempo: ¿Qué esperaba? ¿Calidez? Si sucediera lo contrario, que él se mostrara cariñoso o incluso insinuante, como recordándole que ha accedido a su intimidad y que ese paso ya no se puede deshacer, sería peor, mucho peor.

Según avanzan las horas, su rabia aumenta. No puede traducir, no puede leer, no puede distraerse con nada, hasta la presencia de Sieso le molesta. Cuando al fin lo ve recogiendo sus cosas, considera la posibilidad de ofrecerle una cerveza, pero él se asoma otra vez a la puerta para decir adiós —sin entrar, sin traspasar siquiera el marco—, y ella renuncia. Tendrá otras cosas mejores a las que dedicarse, piensa. Su huerto, por ejemplo. O cualquier otra faena, reparaciones como la que acaba de hacerle a ella, quién sabe. Se despide con desapego y solo al final le da las gracias, aunque realmente, se dice, ha vuelto a equivocarse: no es ella quien debería dárselas a él sino al contrario.

—Vi ayer al alemán trasteando en tu tejado —le dice Píter.

Pronuncia *trasteando* con un sutil desprecio, y Nat, sintiéndose pillada, se deshace en explicaciones. Hubo un pequeño problema de goteras y él lo arregló, dice. Cobró poco y además hizo un buen trabajo, limpio y rápido —al instante, tras decir esto, se sonroja: *limpio y rápido*—. Pero ¿en serio lo tuvo que pagar ella?, pregunta Píter, escandalizado. No, claro que no, el casero se hará cargo del gasto. Con una ceja alzada —un gesto que repite a menudo—, Píter afirma que el alemán es un chapucero. No entiende por qué lo ha llamado cuando él mismo podría haberla ayudado. Unas goteras no son nada complicadas de solucionar.

—Yo creo que ha hecho un buen trabajo —insiste Nat—. Se llevó todo el día. Le echó un montón de horas.

—Eso no significa nada. Echar muchas horas no es sinónimo de tesón. Puede ser también señal de torpeza. O de caradura: así justifica los gastos. ¿Cuánto ha cobrado?

Nat balbucea.

—No he pagado yo, ya te lo he dicho.

—Pero ¿ni siquiera sabes cuánto va a cobrar?

—No tengo ni idea, eso lo ha acordado él con el casero.

—Antes dijiste que era barato.

—Bueno, es una deducción. Con lo tacaño que es el casero, seguro que no ha sido mucho.

—¡Un acuerdo entre el alemán y el casero! —Píter chasquea la lengua—. No sé cómo te fías.

Nat se ríe, admite su error, pero ya ¿qué va a hacer?, dice. No sabe si el alemán es un chapucero, pero un tipo extraño sí que es, no cabe duda. ¿Por qué lo llaman alemán? ¿No es su nombre Andreas o algo así? Sí, Andreas,

confirma Píter. Su madre era alemana, o kurda, o kurda viviendo en Alemania, no lo recuerda. Pero ¿nació él allí, en Alemania? No, no cree, no lo sabe. Llegó a La Escapa hace unos cinco años, no ha dado nunca explicaciones sobre su pasado. Siempre va solo, trabaja en lo que le va saliendo y, sí, repite, es un chapucero. Que él sepa, ha trabajado como encofrador en Petacas, y también de repartidor. Hace reparaciones de fontanería, pequeñas obras, cosas así. Ahora se dedica al huerto. Menudencias con las que va tirando. Pero no habla con nadie, no tiene amigos. A Píter la excusa de que sea reservado no le vale. En un lugar tan pequeño como La Escapa tanto aislamiento resulta sospechoso. Por eso, y por algunas otras cosas, es por lo que dice que no es de fiar.

—¿Por qué otras cosas?

—Cosas, no sé, cosas que hace o que he oído que hace.

—¿Cosas como qué?

—Ay, Nat, ahora mismo no me acuerdo.

—Pero si no te acuerdas, ¿cómo lo sueltas así, como si fuera algo muy grave?

Píter sonríe, pero no es una sonrisa que provoque cercanía, sino justo lo contrario: la lejanía del que sabe más, o insinúa saber más.

—Lo que no entiendo es tu interés de pronto. ¿Qué más te da a ti el alemán? Estás como a la defensiva.

Nat también sonríe. Es simple curiosidad, asegura. Después de todo, pasó el día entero en su casa. Y sí, ha de reconocerlo: su silencio es un tanto peculiar. No dijo ni una sola palabra más allá de las estrictamente precisas.

El sonido de la lluvia la despierta. Es un repiqueteo caprichoso y desordenado, las gotas cayendo sobre el canalón que compró y colocó el alemán, el canalón que, según prometió, conducirá ordenadamente el agua hasta el suelo y evitará su acumulación entre las tejas. A Nat ese sonido la transporta al día en que estuvo en su casa, cuando también llovía sobre la chapa metálica del cobertizo. Él le pasó las manos por los costados justo cuando arrancó a llover —la única caricia que recibió—, desde las axilas hasta las caderas, desde la tela de su camiseta hasta la piel desnuda, lenta y suavemente. Se sobresalta con el recuerdo. Enciende la luz e intenta leer, pero es inútil. Un escalofrío le recorre la columna. Siente ansiedad, como un animal en celo. ¿Qué le está pasando?

Al amanecer, vuelve a la traducción. *Ce n'était pas une vision. J'ai touché ses cheveux...* Las palabras resuenan en su cabeza un buen rato: huecas, mudas, sin forma, hasta que empiezan a tomar sentido, todos los sentidos

posibles. ¿Tocar los cabellos o acariciar los cabellos? *Tocar* suena mal, pero es lo que aparece en el texto original. Si se refiriera a acariciar, ¿no habría escrito la autora *caresser*? ¿Y cabellos? ¿Por qué no *pelo*? ¿No es más natural, después de todo, acariciar el pelo, tocar el pelo? ¿Cómo lo diría ella? ¿Tocar la cintura o acariciar la cintura? ¿Qué diferencia hay entre tocar y acariciar? Traduce: *No fue una visión. Toqué su cabello*. Al releerlo, siente crecer el asco en su interior. Se levanta y da vueltas por el cuarto. Sieso la sigue con la mirada, pero no es una mirada limpia: parece haber un juicio tras sus ojos.

Un par de horas después, alguien llama desde fuera, su nombre pronunciado con claridad. El alemán está al otro lado de la valla: paciente, firme, tranquilo, con su ropa de faena y las gafas caídas. Solo viene a preguntar qué tal va todo. Con la lluvia de anoche, repite, qué tal todo. Entonces era eso, piensa Nat. ¿Solo eso? ¿Preguntar por la obra? Responde con aspereza.

—Bien, gracias. No ha entrado ni una gota.

Él esboza una sonrisa ladeada: la satisfacción por el trabajo bien hecho. Es lo único que lo mueve hasta allí, piensa Nat. ¿Nada más? ¿De verdad nada más? ¿No cree que le debe una disculpa, una explicación, una muestra de gratitud al menos? Nat quisiera decírselo, pero se limita a repetir: perfecto, ni una gota. Muy bien, dice él, es justo lo que quería oír.

—Si hubiese algún problema, me avisas —añade antes de darse la vuelta hacia el camino.

Nat se queda inmóvil. Furiosa. No quiere que se marche, pero a la vez necesita que se vaya de inmediato. Detesta su tono de voz, esa falta absoluta de tacto en la elección de sus palabras. Si hubiese algún problema, ha dicho. ¿Y qué hay de los otros problemas? Hacía mucho tiempo que no se sentía tan mal, tan miserable.

¿Cuál es el sentido de presentarse en su casa sin avisar? ¿Con qué derecho aparece? En los pueblos lo hace todo el mundo, sí, pero ¡qué costumbre tan maleducada! Ella estaba tranquila —o tratando de tranquilizarse—, no quería ver a nadie, y mucho menos verlo a él. Pero de pronto apareció y ella —con el pelo sin lavar, la cara sin lavar, en pijama—, ella debía comportarse como si todo fuera de lo más normal, venciendo su orgullo, simulando una convivencia vecinal de lo más amigable tras haber realizado el trueque básico —¿sexo a cambio de que le arreglaran el tejado?, ¿qué disparate es ese?—. El acuerdo, la tolerancia, qué tal todo, cómo ha ido con la lluvia, si hay algún problema me avisas. Ni siquiera es consciente de mi enfado, piensa Nat. Ni

siquiera eso. La metió en su dormitorio hace dos días y ahora la ha mirado con completa frialdad, como miraría a una cabra o a un perro. Puede que hasta él se arrepienta de lo que le hizo, al verla ahora, a la luz del día. Tanto tiempo sin una mujer para llegar a ella, a esa bazofia.

De camino a la tienda se encuentra con Joaquín y Roberta. Los viejos avanzan con dificultad por el arcén embarrado, cogidos del brazo. A Nat no le cuesta alcanzarlos. No van a ningún sitio concreto; más bien pasean o vagan sin rumbo. Joaquín le dice que es para estirar las piernas. El médico les ha recomendado que caminen: es bueno para la salud, la física y también la mental, y le hace un guiño cómplice. Roberta da muestras de reconocer a Nat, le sonrío afectuosa y la saluda con educación. Pero Nat se da cuenta de que no sabe dónde ubicarla; por momentos la confunde con la chica de la tienda, después con una tal Sofía, que debe de ser alguien de su familia. Habla con corrección, ordenadamente, con un vocabulario preciso y estructuras complejas, pero lo que dice no tiene ningún sentido, hay una grieta enorme entre la lógica del lenguaje y la de la realidad. Joaquín levanta las cejas expresivamente, como pidiendo disculpas. Entonces Roberta pregunta por el perro.

—¿El perro?

—Sí, el perro flaco. ¿Está mejor?

Nat se alegra de reconducir la conversación a un terreno seguro.

—Lo llevé al veterinario. Ya está vacunado y comiendo un buen pienso. Creo incluso que ha engordado un poco. Pero todavía no se fía de mí. Es posible que lo hayan maltratado.

—Con los ladrillos.

—¿Con los ladrillos? No sé con qué, con piedras o... A saber con qué.

Roberta le clava los ojos, oscurísimos, limpios.

—¡No! ¡El perro no! ¡El alemán y los ladrillos!

*El alemán.* No puede haberse confundido. La anciana lo ha nombrado claramente.

—¿Qué pasa con los ladrillos? —dice Joaquín.

—¡Todo!

Habla ahora con frustración, deseando hacerse entender. Señala a Nat con un dedo.

—Ella le da fruta y él pone los ladrillos.

Nat se queda atónita, entreabre la boca sin pronunciar palabra. El viejo insiste.

—¿La fruta? La fruta no es de la chica. Es del alemán. De su huerto. Es él quien la vende. Nosotros también se la compramos. ¿No te acuerdas?

Roberta ríe bajito, como si hubiese recordado algo muy gracioso. Murmurando para sí, con la cabeza inclinada, repite: *ella le da fruta y él pone los ladrillos*. Nat trata de entender. Quizá la anciana ha visto a Andreas subido al tejado, igual que lo vio Píter, igual que lo habrán visto más personas en La Escapa. Puede que al decir ladrillos se refiera a las tejas. Pero ¿a qué se refiere con la fruta? ¿A la verdura del huerto? ¿O a otra cosa? Sacude la cabeza.

No debería darle importancia a lo que diga una vieja loca. Es ella, la susceptibilidad de ella, la que la lleva a entender todo desde el ángulo erróneo.

Se presenta de noche, pero esta vez no se debe a un impulso. Lo ha pensado antes con detenimiento y se ha tomado su tiempo para prepararse: depilarse, ducharse, lavarse el pelo, secárselo, perfumarse, escoger la ropa que cree que le favorece. Una parte de ella es consciente de la contradicción de sus preparativos. Si lo único que pretende es hablar —saldar cuentas, aclarar la situación o como quiera llamarlo—, no es necesario tanto arreglo. Pero una cosa no quita la otra, se dice luego, como si estuviese defendiéndose ante un juez implacable. Sale nerviosa, con el pecho oprimido. Va en coche porque la noche ya ha caído por completo y, de momento, las peticiones de los vecinos de mejorar la iluminación no han tenido resultado. Conduce despacio, procurando no hacer ruido; su plan consiste en aparecer en su puerta de pronto, sin avisar, devolverle la jugada. Sin embargo, el silencio es total —más denso, más profundo que nunca—, y todo lo que ella hace al llegar —frenar el coche, apagar el motor, poner el freno de mano— adquiere una resonancia en su contra. Pisando con cuidado los guijarros, se acerca a la casa y golpea en la puerta, pues no hay, o no encuentra, timbre. Escucha el sonido del televisor que desciende y los pasos al otro lado, aproximándose. El alemán abre la puerta, la mira con sorpresa, le pide que pase. Al verlo, al mirarlo a los ojos —esa expresión cerril y lenta, como de no comprender lo que ocurre—, Nat siente el latigazo de la furia, y también del rencor, y se pregunta si no estará equivocándose de nuevo. Con la voz alterada, le pregunta si puede hablar con él unos minutos. Claro, por supuesto, responde él, y baja del todo el volumen del televisor —aunque sin apagarlo—, hace un sitio en el sofá para que ella se siente —aparta cojines, echa abajo a la gata atigrada—, le pregunta si quiere tomar una cerveza —ella dice que no—, y se

sienta enfrente, en un sillón feo y ajado —a ella le da tiempo a darse cuenta de eso: de que es feo y está ajado.

Pero no hablarán. No en ese momento, ni en las siguientes horas, ni en toda la noche.

Desde ese día, la línea de sus pensamientos cambia por completo. Ya no se dirigen al mismo lugar donde solían. Ahora van por libre, hacia otros lugares, sin que ella consiga sujetarlos.

Es como si se proyectase una película. Por su cabeza desfilan las imágenes de Andreas y ella, de ella y Andreas, en la cama. El cuerpo de él, el suyo, cada movimiento, los pliegues de las sábanas, cada una de las —pocas— palabras que se han dicho. La película acaba demasiado pronto, es desesperadamente corta, ella vuelve a verla una y otra vez, se recrea en los detalles, estira cada plano para que dure más, incluye las escenas previas —su llegada a la casa— y las escenas posteriores —la despedida, su marcha—, aunque estas últimas le dejen un regusto amargo y turbio. Sigue siendo muy poco. Muy lejos de ser suficiente. Nat no comprende muy bien por qué quiere alargar esa película. Es una necesidad que no se ha preocupado todavía de entender. Simplemente la lleva consigo, la lleva a todos lados, no es capaz de desprenderse de esas imágenes que se han calcado en ella, en el interior de ella, y se proyectan ahora a través de sus ojos, allá donde mire, en cualquier sitio.

¿Es una obsesión? Sí, claramente es una obsesión. Pero no solo eso, se dice. Es un rapto, una metamorfosis, una transformación radical de lo esperado. Lo que estaba fuera, en la lejanía del paisaje, lo que era invisible y carecía de interés, está ahora dentro de ella, habitándola, sacudiéndola.

Todo ha cambiado de rango. Todo se ha desordenado por entero.

Para explicárselo, tiene que apelar a algo ajeno, a una fuerza externa. La primera vez, el día en que cerraron aquel extraño trato, Andreas inoculó en ella su veneno, eso es lo que pasó. Nat no era consciente de la trampa, pero cuando se vistió y se fue, lo transportaba consigo, y el veneno continuó expandiéndose por sus venas, invadiéndola con sus devastadores efectos. Desde aquel día, desposeída de su voluntad, no le quedó más remedio que volver: el veneno precisa más veneno, no hay antídoto posible. Ella no eligió a Andreas, no lo buscó: él se impuso. Debería rebelarse, pero es imposible luchar contra esa imposición: está atrapada. Es así como lo ve ahora. Es su interpretación, una interpretación infantil y mágica —ella es consciente de su inconsistencia—, pero tremendamente útil para no ejercer resistencia.

¿Y por qué resistirse?, se pregunta. ¿Qué va a ganar si lo hace? ¿Qué va a perder?

Decide volver una vez más. Y otra. Y otra. La película gana metros, se va alargando. Siempre es insuficiente.

Él siempre la recibe de buen grado. Ya no se trata de un frío acuerdo, de algo que pueda resolverse en cinco minutos. Ahora pasan horas y horas juntos, se adormilan, recomienzan. La finalidad de las pausas es solo coger fuerzas, salvo que llegue la hora de irse, y aun así no hay un fin, nunca hay un fin. Nat jamás había conocido nada igual, no de esa manera. Ese hombre, Andreas, extrae de ella algo completamente nuevo, algo inagotable y adictivo. ¿No se suponía que los hombres, a partir de cierta edad, se cansaban más? Andreas es incansable.

Aun así, no es tan voraz como Nat, o no tanto como ella había previsto dadas las circunstancias. En él no se manifiestan la ansiedad ni la carnalidad atormentada que vio en otros hombres —no esa cara oculta, cuando se cierra la puerta del dormitorio—. Tampoco el deseo de imponerse, de ganar esa guerra sutil, sin declarar, hermana en ocasiones de la impotencia. La sexualidad de Andreas es la de un hombre sencillo, piensa, la de un hombre pacífico. En el sendero que recorren juntos no hay angustia, miedo ni obscenidad, no hay timidez ni ultraje. Desnudos, el uno junto al otro, son como dos hermanos. Nat no tiene que perseguir el orgasmo ni arañar con desesperación en los bordes, pidiendo clemencia para entrar en sus dominios. Basta seguir las señales que le muestra su cuerpo, instrucciones exactas y placenteras, para llegar al éxito sin posibilidad de error. De manera instintiva, su cuerpo ha adquirido tal sabiduría que poco importa que él sea un desconocido. ¿Es un saber secreto, sagrado e inaccesible, el que los une? Si es así, es un vínculo religioso, similar al que ata entre sí a los miembros de una secta, excluyendo al resto: los profanos, los primerizos, los ignorantes.

Y, sin embargo, cuando acaban, no son capaces de mirarse a los ojos, y entonces aparecen la vergüenza y los pequeños gestos de desconfianza. Nat lo observa a escondidas, fascinada por ese cuerpo que ha sido suyo y que ahora, de pronto, es otra vez ajeno. También su propio cuerpo se vuelve de otra forma —o de la forma opuesta—, como si el espejismo de la agilidad y la belleza se disolviera en el vacío, y se amedrenta. Cuando se sirve un vaso de agua en la cocina, de espaldas a él, o se sientan el uno frente al otro bajo la luz cetrina de la vieja lámpara de techo, sus cuerpos ya han dejado de ser aliados y se han convertido otra vez en enemigos.

Basta un roce, un nuevo acercamiento, para que la rueda se ponga a girar de nuevo. Escozor y deseo, ansia y vértigo: esos son, alternantes, los dientes de la rueda.

Nat, la distante, impasible, brusca Nat, se ha transformado en un ser hambriento. Tanto que tiene que refrenarse para no ir a verlo a todas horas y para no quedarse a dormir por las noches. Él no se lo ha pedido y ella se convence de que es mejor así: preservar el encanto de lo ilícito, verse interrumpidamente, con clandestinidad, aunque a una parte de ella le encantaría que Andreas la presionase para quedarse más —¡o al menos le insistiera!— y hay siempre un poso de decepción cuando él mira el camino por donde ella se aleja sin intentar que cambie de opinión.

¿Sexo? ¿Es solo una cuestión de sexo? Si atiende a lo que hay bajo su carne, a ese estremecimiento insistente y tiránico, todo apunta a que sí. Pero se niega a reducirlo de esa forma. Para ella, el sexo siempre ha sido secundario. Placentero, sí —a ratos—, pero también placenteramente secundario: podía relegarlo sin problema, podía ser obviado e incluso tachado de su vida por completo. Curiosidad y frialdad al mismo tiempo: así ha sido siempre. Los hombres que le habían interesado eran muy diferentes a Andreas. A ella le gustaba escuchar sus historias —o pasear juntos, o ver una película, o emborracharse y reír—, en general mucho más que meterse en la cama con ellos. Y siempre terminaba cansándose de todas estas cosas, pero de la cama lo primero. Su cuerpo se cerraba al tacto, indócil, desobediente. Fría, le habían dicho alguna vez, como una acusación que afectaba a toda su persona, no solo a su cuerpo.

Cuando era una niña, un hombre, un vecino, abusó varias veces de ella. Lo que sentía Nat tras aquellos encuentros era desconcierto —algo de culpa, algo de miedo, pero sobre todo desconcierto—, aunque en cuanto lograba zafarse de él continuaba con su vida como si nada. El hombre la sentaba en sus rodillas, se frotaba contra ella. No le hacía daño. Era un buen hombre al que los padres de Nat tenían mucho cariño, un hombre viejo —ella lo recuerda así, viejo, aunque tal vez no tuviese mucho más de cincuenta—, solitario, melómano, de ojos pequeños y bondadosos, cuya mujer había muerto de cáncer pocos años antes. Nat no podía hablar mal de él a sus padres, no se veía con el derecho de hacerlo. Aunque empezó a esquivarle, también ella, a su modo, le tenía cariño. ¿Condicionó todo eso su sexualidad posterior? Nat no lo cree, a pesar de lo que suele decirse en casos como el suyo, todo eso de la huella imborrable de la infancia. Y si fue así, si aquel

hombre la convirtió en un ser desapegado e insensible, ahora, inesperadamente, todo ha cambiado gracias a otro hombre.

Píter la ha estado llamando con insistencia. Primero Nat le dice que está ocupada, luego que no se encuentra bien, le duele muchísimo la cabeza, también el cuello y la espalda, no es bueno pasar tantas horas sentada, traduciendo. Sus excusas son torpes y descorteses, ella lo sabe, pero se lo explicará todo más adelante, piensa, aunque pasan los días y no encuentra la ocasión de hacerlo. Una tarde en que está a punto de salir, Píter se presenta en la puerta de su casa.

—¡Dichosos los ojos! —dice.

La mira de arriba abajo, sonriente, pero también con el ceño fruncido, como descifrando un enigma. ¿Tiene tiempo para una cerveza?, le pregunta. Va de camino a Petacas para hacer unas compras. Podría acompañarlo y así toman algo juntos, ¿qué le parece?

Nat tarda en responder. De pronto, una propuesta tan sencilla, tan ordinaria como esa, le resulta difícilísima de encarar. Niega con la cabeza antes de hablar. Otro día, dice después. ¿Otro día?, ríe él. Ha ido a buscarla varias veces y nunca la pilla. ¿Qué tiene que hacer tan importante? Si la ve hasta arreglada y todo, basta con que coja su bolso. Ni siquiera hace falta que lleve dinero: él invita. ¿O es que iba a algún otro sitio?

—Iba a estirar las piernas. Solo eso.

—¡Estíralas conmigo!

—No, de verdad, otro día. Prefiero estar sola.

Él levanta las manos en señal de paz. Tranquila, dice, no pretende molestarla. Nunca ha pretendido molestarla. Pensó que le vendría bien la compañía, sobre todo si ha pasado esos días horribles tan sola y dolorida como dice. ¿O es que tiene otra compañía? A lo mejor no ha estado tan sola.

—A mí no tienes por qué ocultarme nada.

La inquietud se abre paso a través de Nat. Píter no ha hablado en tono de reproche; al revés, lo ha hecho con amabilidad y simpatía, en ese límite juguetón en el que suelen darse caña los amigos. Pero de fondo está la idea de obligación moral: Nat no debería mentir a quien se ha portado tan bien con ella. Por eso le pide perdón. Reconoce que le debe algunas explicaciones. Le asegura que se las dará más adelante, en cuanto sea posible. Píter acerca una mano hacia su brazo, conciliador. No pasa nada, dice, extendiendo los dedos para la caricia. Nat se echa atrás inconscientemente, sin permitir que la toque.

—Tengo que irme, en serio. Ya te lo contaré todo —repite—. Te lo prometo.

—En todo caso, los detalles.

—¿Cómo?

—En todo caso, digo, me contarás los detalles. Lo fundamental ya lo sé.

—¿De qué?

—De ti y del alemán.

Nat se queda bloqueada mientras Píter sonríe, socarrón. ¿Qué es lo fundamental? ¿Se refiere a las visitas a Andreas —esas visitas privadas, repetidas— que ya habrán llegado a sus oídos? ¿O también a lo que hay detrás, al trato de las tejas?

Sieso observa la escena a unos metros de distancia, en posición hierática, las orejas en punta, los ojos achinados. Anubis, piensa ella difusamente: quizá debería llamarlo Anubis, el chacal de los embalsamadores, un dios de porte extraño, pero un dios al fin y al cabo. Píter la saca de la distracción. La seriedad ha vuelto ya a su rostro cabal y templado. Se acaricia la barba como si reflexionara al hablar, para subrayar la importancia de lo que está diciendo.

—Querida, esto es La Escapa. Un puñado de casas en medio de la nada. ¿Qué esperabas? ¿Que nadie se enterara? Lo único que quiero es que estés bien.

—Estoy bien.

—Eso quiero. Si tú estás bien, no tengo nada que opinar. Olvida lo que hablamos la última vez.

—¿A qué te refieres?

—La otra vez, cuando me preguntaste por él y yo te expuse mi desconfianza. Me tirabas de la lengua sin yo saberlo, ¿verdad?

Ella se ruboriza, aunque Píter se apresura a aclararle —una vez más— que no se ha molestado, que lo comprende todo y que no tiene nada que objetar, *siempre y cuando ella esté bien*.

¿A qué viene esa insistencia? ¿Hay tras esas palabras un aviso? Cuando Nat se despide, lo hace con una tenue inquietud, apenas importante porque en ese momento es mayor la prisa —el deseo— de largarse.

Pero esos gramos de desconfianza comenzarán después a multiplicarse, a ganar peso.

—¿Te gustaba yo desde el principio?

No, dice Andreas. No duda al responder. Ni siquiera simula dudar: su negación es rotunda, implacable. En realidad, añade, apenas se fijó en ella. La veía por los caminos, o en la tienda, pero no le produjo curiosidad. Él es muy despistado. Siempre le pasa, con todo el mundo. Siempre le ha pasado. Nat

siente el dolor atravesándole la garganta. Un dolor áspero, agudo, certero. Inexplicable. Traga saliva con dificultad.

—Entonces soy yo como pudiera ser cualquier otra.

Es solo media tarde, pero la luz que entra en el dormitorio es turbia, como si ya estuviera anocheciendo. Apenas pueden verse bien las caras. Andreas medita unos segundos y después desvía los ojos hacia el techo.

—Podrías ser otra y yo también podría ser otro. Siempre es así.

—Pero si yo no hubiese venido en tu busca después de... la primera vez, ¿nada de esto habría pasado?

—Posiblemente no.

—Duele mucho oírte decir eso.

Él sonríe, abstraído.

—No debería dolerte. Al final, ha pasado. Eres tú y soy yo. Eso es lo que cuenta.

A Nat le gustaría preguntarle qué significa para él. Le gustaría decirle que, si todo empezó por una casualidad —una casualidad tan nimia, tan trivial, como la existencia de goteras en su tejado—, no entiende por qué continúan viéndose, dado que el trato ya finalizó. Sabe que es ridículo, pero, en el fondo, le gustaría ser la escogida, haber sido seducida después de una larga planificación. Le gustaría escuchar que Andreas tomó nota de ella desde el primer día, se fue enamorando poco a poco, urdió planes para acercarse, vio la posibilidad y se lanzó sin importarle el riesgo: el cuento romántico sustituyendo al... ¿pornográfico? Pero Andreas no dice nada de esto. Solo la mira con seriedad, como si su dolor —el de ella— fuese inventado y él debiera, como mucho, ser compasivo y pasarlo por alto.

—¿Acaso te habías fijado tú en mí? —pregunta finalmente—. ¿No es lo mismo?

Nat se da la vuelta hacia la pared para disimular las lágrimas. Todo empezó en esa misma cama, piensa, cuando él le pidió que se desnudase solo de cintura para abajo si así lo prefería. La utilizó porque las prostitutas de Petacas, había dicho, eran miserables. ¿Cómo lo sabía él? ¿Había recurrido a ellas otras veces? ¿Cansado de la miserabilidad de las putas decidió que era mejor abordarla a ella? ¿Qué tipo de persona hace eso?

Andreas se acerca, le acaricia la espalda, besa la curva de su cuello. ¿No le bastan los hechos?, le dice. ¿Los hechos por sí mismos? ¿Por qué necesita interpretarlo todo? ¿Adónde pretende llegar? Nat no responde. Tumbada de costado, con los brazos cruzados en tensión sobre el pecho, intenta expulsar el demonio que se está apoderando de ella.

El sábado se despierta con las voces de los vecinos en el jardín. Debieron de llegar la tarde antes y ahora andan frenéticos con los preparativos de una fiesta. Nat los oye hablar de chuletas, de carbón y de pastillas de encender. Los niños se pelean por un juguete, con sus grititos agudos y exasperantes. Nat se tapa la cabeza con la almohada. La noche anterior volvió muy tarde de casa de Andreas, esperando hasta el último momento que él le pidiese que se quedara —esperando para poder decir que no—, y ahora el jaleo le va a impedir dormir más. Se levanta pero no se decide a hacer nada en concreto. Sobre la mesa está la traducción por donde la dejó, una página con una reflexión acerca del silencio, *de notre silence en particulier, une qualité de silence en particulier*. Pero si el silencio es la ausencia de palabras, ¿cómo puede existir un silencio *en particular*? ¿No deberían ser iguales todos los silencios, como es igual siempre el color blanco? Es obvio entonces que lo que distingue a los silencios es todo aquello que los rodea, empezando por las causas. El silencio de Andreas cuando el sexo acaba, ¿es el mismo que el de ella? Nat intuye que no, que está hecho de otra pasta.

Oye ladrar a Sieso, sale al porche y ve a Píter junto a la verja. A su lado, su magnífica perra mueve el rabo babeando de excitación. También ellos dos han elegido un tipo de silencio *en particular*, pues no han vuelto a mencionar a Andreas. Ella le prometió darle más detalles pero, bien pensado, ¿qué tipo de detalles va a contarle? No son necesarios e incluso podrían ser contraproducentes.

—Voy a llevar esto a El Chaletito —dice él levantando una caja de botellines—. Allí nos vemos.

—¿Allí? ¿Cómo que allí?

—En la fiesta de otoño... La fiesta de...

Suelta los botellines en el suelo, se queda pensativo. Es raro, murmura frotándose una sien. ¿No la han invitado? Sus vecinos organizan todos los años una barbacoa para dar la bienvenida al otoño. Según le explica, es ya una tradición en La Escapa. Es posible que se les haya pasado decirle algo.

—¿Quieres que se lo recuerde?

Nat niega con vehemencia.

—¿Y a mí qué me importa esa fiesta? Ahí no pinto nada.

Pero Píter parece disgustado. Insiste en mediar. Es importante que todo el mundo se lleve bien en la comunidad. Cuando dice *comunidad*, las cejas se le elevan un poco, con solemnidad.

—Bueno, seguro que no soy la única a la que no han invitado. Seguro que no han invitado a los gitanos. Ni a Roberta. Tampoco están obligados a invitar

a todo el mundo, ¿no?

—Vamos —protesta Píter—, ¿no es lo mismo!

—Sí que lo es. Y si no lo fuese, peor me lo pones. Menos ganas de ir.

En realidad, a Nat sus vecinos le importan muy poco. Los desdeña cuando los ve actuar como si verdaderamente El Chaletito fuese hermoso y estuviese en una finca hermosa, se burla de esa visible obligación que se imponen a sí mismos —y también a sus hijos— de mostrarse felices todo el tiempo. Sin embargo, a una parte de ella —una parte anfibia, o reptil— le intriga que le den de lado. ¿A qué se debe? ¿En qué los ha molestado?

Simula indiferencia ante Píter y también más tarde, al contárselo a Andreas, en un arranque de locuacidad que le cuesta controlar. No le ofende, asegura, aunque le sorprende que la excluyan así. Probablemente lo que rechazan es su forma de vida. No debe de gustarles que viva allí sola, que no tenga un marido que le corte el césped, que haya sobrepasado la treintena sin hijos —ni planes de tenerlos—, que no se preocupe por el alcantarillado de la Escapa ni por la validez del sistema educativo, del que tanto hablaban con sus amigos la otra vez. Casi seguro que se han enterado de lo de Andreas, de su... amistad con él —vacila buscando el término adecuado—. Seguro que también eso les parece reprochable.

—¿Y no puede ser, simplemente, que se hayan olvidado de ti? —  
interrumpe Andreas.

Nat se siente acusada de algo, aunque no sabe bien de qué. ¿Exagerada? ¿Victimista? ¿Egocéntrica? No, no se han olvidado, dice. Es imposible. Son vecinos, están parcela con parcela. Y ya la habían invitado otras veces. Hay que asumir que no les cae bien y punto.

—Pero ellos tampoco te caen bien a ti, ¿no?

—No, claro.

—¿Los invitarías tú a ellos acaso?

—Yo ni siquiera haría una barbacoa.

Andreas sonríe.

—Entonces qué más te da. Estáis hablando en lenguajes diferentes.

Toda La Escapa conoce ya su historia con Andreas. Como le avisó Píter, en un sitio tan pequeño, una *comunidad* tan reducida, sería de ingenuos pretender no estar en boca de todos los vecinos desde hace días. Cuando va a la tienda, nota cómo la chica se comporta diferente, más seca, como ofendida. También su madre, que antes salía de la trastienda a saludar, la evita claramente, metiéndose hasta el fondo del almacén, fingiéndose ocupada. En el bar de El

Gordo tiene que enfrentarse a los murmullos y las miradas de las cuadrillas de albañiles de Petacas, que la evalúan de tapadillo. Nat se desanima. ¿Por qué todo es tan hostil, tan complicado? Hasta el casero parece saber algo, o ella imagina que sabe algo. El día en que se presenta a cobrar la mensualidad, llamando a la puerta ostentosamente, le señala el canalón con socarronería.

—Quien hizo esto sabía bien lo que hacía.

Por la cabeza de Nat pasa, como una sombra, la posibilidad no solo de que el casero conozca su relación con Andreas, sino también los términos en que se estableció, toda esa cadena de causas y consecuencias que, si se pusieran en palabras, sonarían forzadas y hasta ridículas. Pero el casero no añade nada más. Nada sobre la posibilidad de descontarle algún dinero por el arreglo. Ningún agradecimiento, tampoco. Se limita a coger su sobre y a preguntarle por Sieso. Cómo va la bestia, dice. La *bestia*. Es una palabra que Nat se ha encontrado mucho últimamente al traducir. *Bête*, aunque el sentido aquí es diferente. Irrespetuoso.

—Está muy bien.

—¿Sí? Habrá que creérselo. Nunca lo veo.

—Porque se esconde.

El casero estalla en carcajadas.

—¿Se esconde? ¿Ahora resulta que se esconde? ¿Y de quién se esconde? ¿De mí? ¡Tiene gracia!

—No he dicho de quién. Solo digo que se esconde. Es un perro solitario. Va a su bola.

*Va a su bola*: una expresión contundente, orgullosa, que otorga dignidad al perro. Sería más justo, más adecuado, decir que Sieso es huraño, que tiene malas pulgas. Pero eso supondría hacer una concesión al casero en la pugna que tiene lugar entre ellos a otro nivel, detrás de las palabras.

—¿Y por eso, porque va a su bola, lo atas por las noches?

Nat palidece. ¿Cómo puede saberlo? ¿También merodea por allí por las noches? No le es posible responder sin que le tiemble la barbilla. Como cuando de niña descubrían sus mentiras.

—Lo ato porque no quiero que se pelee con otros perros. De madrugada, se vuelven como locos, todos ladrando a la vez.

—¿Locos? Chica, ¡son perros! ¿Qué quieres que hagan? ¡Ladran y punto! Lo peor que puedes hacer con un perro es atarlo. Un perro tiene que hacer su ronda. Dar por culo y buscar perras. Si no lo dejas libre, sí que lo vas a volver loco.

*Dar por culo, buscar perras.* ¿Es eso lo que él hace cuando ronda por La Escapa de noche? A Nat se le abre un vacío en el estómago, le flaquean las piernas. Ojalá encontrase la fuerza necesaria para echar de allí a ese hombre en ese mismo instante. No la tiene. Espera que se vaya, mansamente.

Analiza con minuciosidad la conducta de Andreas, el tono en el que le habla, la manera de sentarse a su lado o el espacio que deja en el sofá entre ambos. Registra, como quien lleva un riguroso inventario, las veces que le toca una mano o la mira —aunque sea fugazmente—, la atención que le presta cuando le cuenta algo, la inflexión de su voz —rastrea la amabilidad, o la impaciencia—. Siempre le parece que es insuficiente. Le parece, por ejemplo, que cuando están en la cama y caen dormidos, él se separa demasiado pronto, o la abraza muy poco tiempo, dándose la vuelta enseguida para entrar en un sueño profundo que la excluye por completo. Lo mira dormir y piensa: ¿cómo es posible que lo consiga? ¿Cómo puede olvidarse de su presencia justo al lado? Nat duerme intermitentemente, solo unos minutos por pura extenuación, para despertar enseguida palpitante y comprobar con angustia que no se están tocando, que cada uno está en un lado del colchón, sin rozarse siquiera.

Sucede también con la comida. Nat tiene un nudo en la garganta que le impide tragar, hasta le cuesta trabajo masticar. En cambio, lo ve comer a él, comer con apetito, desplazándola en el momento en que pincha con el tenedor o utiliza el cuchillo, concentrado en los cubiertos y en el plato. Nat se pregunta qué pasa por su cabeza en esos momentos. ¿Se olvida de ella, su hambre la arrinconan? El contraste le resulta brutal: ella no puede sustraerse de él ni un segundo.

A veces siente rabia. Su personalidad ha sido desahuciada para que él la ocupe por completo y ella, sumisamente, *le ha dejado entrar*. ¿Pero él? ¿Qué le ha dado él a cambio? Aparenta ser impermeable a casi todo, no se deja rozar por casi nada. Si le cuenta algo personal, la escucha en silencio, sin comentar, sin preguntar detalles ni interpretar los hechos. Esa actitud respetuosa, que tanto echa de menos en los demás, en Andreas le resulta frustrante. ¿Es debido a su forma de ser, tan cautelosa y reservada? ¿Quizá no quiere parecer entrometido? ¿O realmente no tiene mayor interés? En cuanto a él, habla poco, y cuando lo hace, es solo para referirse a cosas externas, temas sin trascendencia, lejanos a ellos dos. Ese tono anónimo y aséptico hace sentir a Nat raramente humillada, como si persiguiera a alguien que no quiere saber nada de ella, trotando ridículamente mientras quien va delante no es consciente de su presencia.

Otras veces, en cambio, se deja llevar por la embriaguez del momento y cree que va a estallar de felicidad. Cogidos de la mano, todavía aturridos, recuperándose del placer, ella siente que un ciclón la ha arrasado y la ha transportado a otro mundo. Cuando Andreas se levanta, hunde la cara en las sábanas para rastrear su sudor, casi entre lágrimas, murmurando su nombre una y otra vez. No hay mayor unión entre personas que entre ellos dos, se dice. Quizá él tiene razón. Quizá es mejor no penetrar en el misterio, no tratar de entenderlo, para evitar que se corrompa.

El malestar de la felicidad es una idea que le ronda ahora con insistencia: un tipo de felicidad que contiene en sí misma la semilla de su propia destrucción.

Un día le pregunta el nombre de la gata. Li, responde él. ¿Li? ¿Solo Li? Sí, claro, *ele-i*, no va a tener también un apellido, ¿no?

—¿Y por qué Li? —insiste ella—. ¿Tiene algún significado?

—No, ninguno, qué significado va a tener.

—Es bonito —murmura, pero lo dice por decir, esquivando la sensación de haberse equivocado, aunque desconozca el error cometido.

Con Andreas es complicado ir más allá. Cuando ella le pregunta algo, cada una de sus respuestas suena siempre a final, marcando de antemano la inconveniencia de continuar. Quizá lo peculiar de su forma de hablar no era, como pensaba Nat, el atropello de las sílabas, sino ese tono tajante, autosuficiente, que subyace bajo la pronunciación.

Lo mira de reojo, tumbado boca arriba sobre la cama, con los ojos cerrados, descansando. Cuando al fin cae dormido, se apoya sobre un codo para observarlo mejor, con avidez. En sus rasgos busca la huella de generaciones previas —la turca, la alemana—, esas que desconoce porque él jamás menciona su pasado. Lee sus facciones y descubre en ellas una marcada majestad: su rostro es como debe ser, piensa, y de ninguna otra manera posible. Aislados unos de otros, los rasgos carecen de belleza, son incluso vulgares: la nariz ganchuda, los labios embebidos bajo el bigote áspero y canoso, las sombras violáceas que marcan aún más las cuencas de los ojos. Pero el conjunto la subyuga.

Hay que mirarlo así, como ella hace, para acceder a ese rostro inasequible al resto: rotundo, duro y lleno de secretos. Es un rostro inquietante.

Es imposible llegar a lo que hay tras sus párpados.

En los últimos tiempos, Andreas ha descuidado el huerto. Hasta Nat, que no sabe nada de cultivos, es capaz de verlo. Es posible que con la lluvia no

haga falta regar, pero no se puede confiar solo en la lluvia: buena parte de las verduras se está echando a perder precisamente por el exceso de agua. Matas encharcadas, brotes podridos, ramas que se desmadran y se tuercen sin guías, tierra removida por los gatos que entran a robar la comida de Li... Ese es ahora el aspecto del huerto. Desde que están juntos, Andreas solo recoge verduras para el consumo propio y ya no distribuye nada por el vecindario, no al menos que ella sepa. Cuando le pregunta, él hace un gesto con la mano, un gesto de despreocupación o quizá de desidia. El huerto es lo de menos, dice luego. Tarde o temprano pensaba dejarlo.

—Pues sería una lástima. Todo lo que cultivas es muy bueno.

Andreas asiente. Sí, lo es, dice. O lo era. Pero ha llegado el momento de dedicarse a otras cosas.

¿Otras cosas? Al principio, Nat cree que se está refiriendo a ella —al tiempo que pasa con ella—, pero su intuición enseguida vira hacia la dirección contraria y se pone en guardia.

Mientras lía un cigarrillo, Andreas le explica que un amigo suyo —un conocido, corrige— montó el año anterior una empresa de topografía en Petacas. Primero la llevaba él solo, pero ha reunido ya una modesta cartera de clientes y necesita más gente. Así que va a trabajar con él, como topógrafo. De hecho, empezará la próxima semana, es solo ya cuestión de unos días. No pone muchas expectativas en el asunto pero, por pequeño que sea, dice, no hay pueblo cuyo ayuntamiento no presuma de proyectos urbanísticos y obras públicas. Básicamente se trata de trabajos de ese tipo: un goteo continuo de pequeños encargos. Entrecierra los ojos y guarda silencio mientras fuma. Claramente ha acabado de hablar.

Nat lo ha escuchado boquiabierta, sorprendida de oír términos que jamás hubiera imaginado en su boca, expresiones como *modesta cartera de clientes* o *proyectos urbanísticos*. ¿No era Andreas solamente un hombre de campo? Ahora, de golpe, ha de presuponerle una formación, estudios, cultura, lo que sea que ella no esperaba. Le surgen multitud de dudas, preguntas que le gustaría hacerle y que se agolpan tras sus dientes. ¿A qué se dedican exactamente los topógrafos? ¿Miden el relieve? ¿Dibujan mapas? ¿Qué tipo de instrumentos utilizan? ¿Cintas, niveles, brújulas, GPS? ¿Con quiénes colaboran? ¿Con funcionarios, con albañiles, con empresarios? A ella le cuesta imaginar a Andreas manejando documentación oficial o redactando informes. La sola posibilidad de que utilice un ordenador —porque en su casa no hay y hasta su teléfono móvil es llamativamente rudimentario— le resulta extrañísima.

Su pregunta surge de sopetón, inesperadamente violenta.

—Pero ¿has estudiado para eso, tú?

Andreas levanta la mirada, la contempla con seriedad. Una arruga se le marca en el entrecejo al responder. Claro que sí, dice. Estudió Geografía en Cárdenas, hace ya más años de los que ella se figura. ¿Le sorprende? ¿Qué aspecto piensa que debe tener un topógrafo? ¿De verdad creía que solo servía para plantar lechugas? Ríe, pero su risa llega desde muy lejos, desde un lugar del que ella ya ha sido expulsada. Nat se disculpa, sale a la puerta, se agacha y escarba en la tierra, vacilante. Píter no le había contado nada de esto. Se limitó a decir que Andreas era un chapucero, menospreciándolo. ¿No lo sabía o fingía no saberlo? Un pensamiento —un pensamiento malicioso, impropio de ella— la asalta: se me está escabullendo, todo esto es mentira, no es más que una excusa para alejarse de mí. ¿De verdad va a suceder que llegue a buscarlo a su casa y él no esté? ¿Que se pase las horas fuera, supuestamente trabajando, mientras ella da vueltas y más vueltas, ardiendo de deseo, esperándolo? En silencio, rebusca entre la tierra, atrapa una lombriz entre sus dedos, roja, brillante y húmeda. Está tan desconcertada que ni siquiera le da asco. La deja trepar por su mano.

A causa de ese trabajo, se ven mucho menos que antes. Andreas pasa fuera solo las mañanas, pero otras veces —cada vez más a menudo— también toda la tarde. Nat sigue yendo a verlo al final del día, cuando anochece. Se acuestan juntos, cenan, luego ella se va a dormir a su casa, cumpliendo escrupulosamente lo que ya se ha fijado como norma. Él apenas le cuenta lo que hace en Petacas, en ese nuevo empleo que ahora tiene, pero ella tampoco le pregunta, porque no quiere resultar indiscreta ni poner de relieve su ignorancia, y una rara cautela —rara por incomprensible— la lleva a preferir el silencio. Hablan, sí, de otras cosas, normalmente en la cama o mientras preparan la cena, pero es una conversación que solo avanza de puntillas, a través de rodeos. Con el paso de los días, toman la costumbre de cenar primero e irse a la cama después; el cambio es registrado por Nat con decepción y un ligero pero agudo dolor, porque es señal de la pérdida de la urgencia, ese deseo tan acuciante, tan feroz, que los dos tenían al principio y que no admitía aplazamientos. Ahora, piensa Nat, el hambre de comida es mayor que el de sus cuerpos.

La distancia de Andreas le pesa tanto que cree que no podrá soportarlo. Incapaz por completo de traducir, las horas muertas se convierten en pasto para la suspicacia. Con el fin de esquivarlas, se ofrece para echarle una mano

al viejo Joaquín en el cuidado de su mujer y de la casa. Enseguida llegan a un acuerdo: Nat se pasará por allí un par de veces a la semana y, además, les llevará la compra a diario. Los días de trabajo ayudará a Joaquín a lavar a Roberta, limpiará los suelos y la vajilla, hará la colada y cocinará para ellos. No pueden pagarle mucho, pero algo es algo.

También va a casa de Píter para distraerse. La cordialidad de los inicios se retoma, aunque ahora, para evitar ciertos temas, se refugian en la trivialidad y se entretienen viendo películas o haciendo juegos de palabras, un tipo de humor con el que Nat se divierte de verdad, como una cría. Frente a lo que podía haber esperado, Píter no le reprocha que haya abandonado su empleo intelectual —la traducción que tanto alababa— por una tarea mucho más utilitaria y sin brillo como es atender a un par de viejos. Al revés, aprueba su decisión porque apuntala su idea de comunidad. Nat no sabe si su opinión es sincera o si solo busca complacerla, pero es consciente de que sus amigos de Cárdenas, o su familia, no soportarían verla así, de mujer de la limpieza o de *chacha*, como solía decir su madre con desprecio. ¿Para eso te han servido los estudios?, dirían. Esperar a un hombre al que apenas conoce como una perra en celo, bañar a una vieja medio loca, dormir sola, con la única compañía de un perro al que todavía tiene que atar por las noches. ¿Qué tipo de vida ha elegido? ¿Ese era el fin de toda su supuesta rebeldía?

Un día se deja llevar y cae en lo confesional con ligereza, como rodando. Le cuenta a Andreas lo mismo que le contó a Píter la primera noche que cenó en su casa. La historia del trabajo que dejó. El robo sin causa. Su rechazo a la compasión y al indulto, su orgullo improductivo. Quizá es, paradójicamente, el mutismo de Andreas lo que la anima a continuar, utilizando palabras cada vez más imprecisas y lejanas, palabras como *culpa*, *ausencia*, *confusión* o *vértigo*. Andreas no responde y ella sigue hablando, perdiéndose en la abstracción, tumbada boca arriba, con la mirada fija en el techo, en la bombilla sin lámpara que conoce al detalle, esa bombilla polvorienta y el cable negro.

Es solo al terminar de hablar cuando el peso del silencio se hace evidente —el aire viciado, el ronroneo de Li a sus pies— y Nat toma conciencia de la respiración lenta de Andreas, inmóvil a su lado. De pronto, todo —el dormitorio, la gata, su propio cuerpo— le parece irreal, como de juguete, diminuto y sin importancia. Llega a pensar que se ha dormido, pero no, él está con los ojos muy abiertos y la expresión vacía, indescifrable.

—¿Qué piensas de todo esto? —le pregunta.

—¿De qué?

—De lo que te he contado. Estás muy callado. ¿Qué piensas?

Andreas se incorpora, la mira con dureza, con una opacidad nueva en sus ojos —ojos de cristal, o de muerto—. Su tono es seco, inesperadamente severo.

—¿Lo preguntas por preguntar o de verdad quieres saberlo?

Por un instante, Nat cree que bromea, pero enseguida, cuando ve que sus ojos continúan inmóviles y que el rictus del mentón no se afloja, comprende que no, en absoluto.

—¿Te has parado a pensar alguna vez en la vida de los demás? ¿En las preocupaciones reales que tiene la gente?

—No te entiendo. Qué tiene que ver...

—Tiene que ver. Claro que tiene que ver.

Como un niño al que le mandan repetir lo que acaban de explicarle, Andreas le repite la historia que ella le acaba de contar, aunque con su voz, con sus palabras, todo suena insustancial, de una insignificancia que roza lo grotesco: ella tenía un buen trabajo, robó algo sin saber por qué —algo que, por supuesto, no necesitaba—, a pesar de su error la perdonaron, y aun así decidió dejar su trabajo y venirse a La Escapa, donde, después de todo, ha encontrado otro trabajo, porque ahora va a casa de los viejos y le pagan, ¿no es así?

—Sí. Más o menos —dice Nat fríamente.

—¿Y crees que tienes derecho a quejarte?

—¿Quejarme? No es eso... No me has entendido.

—¿No sabes que hay personas que roban por necesidad? ¿Que pierden sus trabajos a diario, sin la menor justificación? ¿Que son despedidas por un mero descuido? ¿A ti te perdonan y todavía te quejas?

—¡No me quejo! ¡Yo hablaba de otra cosa!

—¿De qué hablabas, entonces?

Pero ella no sabe responder. El hombre que yace junto a ella, el hombre desnudo con el que acaba de explotar de placer, es ahora un desconocido que va armado. Él, ese Andreas que jamás se altera, habla a continuación de su madre, como si hubiese sido necesario el enfado para exponer su intimidad. Le cuenta que era kurda, procedente del norte de Irak. Siendo muy joven, se vio forzada a huir de una guerra —una de tantas— y tuvo que exiliarse a Turquía caminando, durante días y noches, con un bebé —él— en brazos. Pasó hambre y penalidades en Alemania —una miseria cuyos detalles va a

ahorrarle— y aun así, dice, su madre nunca robó nada. Era una buena mujer, generosa y valiente. De sus labios jamás salió una queja.

—Lo siento —susurra Nat.

—¿Qué es lo que sientes? ¿El sufrimiento de mi madre o haber estado quejándote por nada?

—Siento lo de tu madre. Pero parece que me culparas a mí. Mi historia no tiene nada que ver con la suya.

—Nadie habla de culpas. Es solo una cuestión de gratitud. Cuando tú agarras algo, ya estás pensando en agarrar otra cosa.

—¿A qué te refieres?

—En general. Eres así.

—¡No me conoces lo suficiente! ¿Cómo puedes decir eso?

—Tú me preguntaste qué pensaba. Querías saberlo, me dijiste. Pues bien, eso es lo que pienso. No lo tomes como un ataque. Al fin y al cabo, es solo un pensamiento.

Nat está a punto de romper a llorar. ¿Una quejica, una ingrata? ¿Esa es la imagen que Andreas tiene de ella? ¿Es ella así y no se había dado cuenta? Se arrepiente profundamente de haber hablado porque solo por eso, por hablar, ha dado un paso atrás, restando puntos. Ahora, Andreas ha visto una parte de ella que le repugna. Por eso, va a perderlo.

En el colchón, entre ambos, nota cómo se abre un abismo.

Suben los dos a El Glauco, en la furgoneta de Andreas. Ha sido él quien ha propuesto el paseo —es domingo, su día libre—, una propuesta que Nat interpreta como el reconocimiento de que, entre ellos, hay algo que se extiende más allá de las paredes del dormitorio. Para Nat, es extraño salir con él al aire libre. De pronto, caminar a su lado le parece una experiencia más íntima que tumbarse en su cama o desnudarse ante él. Sentirlo junto a ella, conduciendo, le produce también una profunda turbación. Se estremece de deseo cuando lo ve cambiar las marchas —su puño aferrado a la palanca, los dedos que la tocan a ella ahora distraídos con otro tacto—. De refilón, admira su perfil, las gafas caídas, el dibujo de la nariz, hosco y orgulloso. Se deja llevar por una alegría feroz y codiciosa, aunque al instante se esfuerza en refrenarla, porque ya es capaz de reconocer ese tipo de alegría que desemboca en la angustia. Como cuando las piernas dejan de responder después de haber corrido mucho, piensa.

La carretera que toman es de tierra, muy estrecha, y acaba en un mirador. Dejan la furgoneta a un lado y suben a pie el último tramo por una pendiente

pronunciada y resbaladiza, flanqueada de matorrales espinosos que se les van enganchando en la ropa a cada paso. Nat se araña las pantorrillas, siente pequeños insectos que revolotean sobre su cabeza, un zumbido continuo y desquiciante, la falta del aire y el cansancio. Andreas no le tiende la mano en ningún momento. Avanza un par de metros por delante, con decisión, sin volverse a mirarla. La alegría de Nat ya se ha evaporado por completo y ahora se pregunta qué se les ha perdido allí. En otro tiempo no hubiesen querido salir de la cama, no estarían desperdiciando las horas de esa forma. ¿Ahora necesitan excursiones?

Pero el esfuerzo merece la pena. Desde arriba, Nat contempla una vista que no había imaginado de los campos que rodean La Escapa, tachonados con casitas blancas y parduscas, caseríos, granjas, un riachuelo discontinuo que brilla en algunos puntos. La belleza de la distancia, piensa, y se deja embriagar por el olor del monte, los espinos majoletos y los saúcos, el romero. Se besan y él le acaricia una mejilla.

—Eres preciosa —le dice.

Nat lo mira, súbitamente agradecida. Pero los ojos de Andreas están de nuevo ausentes, lejanos tras los cristales de las gafas, y el zumbido continúa alrededor, como si partiese del centro de su cerebro. Varios cernícalos los sobrevuelan; Andreas se concentra en mirarlos. Están cazando, dice, son capaces de mantenerse así, suspendidos en el aire, minutos y minutos hasta que avistan una presa, pero lo dice como para sí, entre dientes. Se asoman al filo de una ladera muy abrupta y ella piensa: estamos solos, podría empujarme y hacerme caer, dejarme aquí en medio, malherida, sin posibilidad de volver, sin que nadie sepa que estoy aquí, sin que nadie me eche en falta. El pensamiento la asalta con brusquedad, como si no proviniera de ella. Quizá por eso, por atacar desde fuera, resulta tan verosímil y cercano.

Andreas le ofrece agua de una cantimplora.

—Está fresca —le dice—. Te vendrá bien.

¿Ha notado su miedo? De nuevo agradecida, Nat bebe, y al beber siente que se limpia, que el agua arrastra por su garganta el veneno de la desconfianza. Casi está a punto de pedirle perdón, pero para qué: nunca lo entendería.

El casero se presenta cuando ella lo había olvidado casi por completo. La mira como de costumbre, clavando la vista en su cuerpo —en sus pechos—, haciendo alarde de su poder y su mala educación. Nat no tiene preparado el dinero en efectivo. Normalmente se aprovisiona en un cajero de Petacas, pero

esta vez se le pasó. Se excusa. Le dice que ha tenido mucho trabajo. Que no lo esperaba tan pronto. Que el tiempo corre muy deprisa. Él la mira de costado, aprieta los labios hasta hacerlos desaparecer.

—Pues tu amigo va a Petacas a diario. Bien podía él haberte sacado el dinero.

Su amigo: esa alusión lateral, envenenada, ante la que Nat es incapaz de reaccionar.

Nada de eso pasaría si le permitiese pagarle con una transferencia, como hace todo el mundo. O si al menos avisara antes de aparecer, no así, de improviso, con las facturas en la mano, como si ella no tuviese otra cosa que hacer salvo esperarlo con el dinero exacto metido en un sobre. Pero estos son argumentos que recordará después. Ahora es la expresión de él lo que prevalece. Sus labios adelgazándose en la mueca. El brillo de la mirada. Los brazos cruzados sobre el pecho, jactancioso.

Nat se disculpa de nuevo y le dice que espere un momento. En un aparte, telefonea a Píter para pedirle el dinero que le falta. Aunque habla en voz baja, el casero escucha la conversación.

—Beben de tu mano —murmura.

Píter se pone a su disposición. Si quiere, le acerca él mismo el dinero, de inmediato. Nat duda unos instantes. No quiere que sea testigo de cómo el casero se dirige a ella, cómo le impone sus condiciones humillantes.

—No, no te molestes. Voy yo para allá —le dice, y cuelga.

A continuación, tratando de reunir seguridad, le pide al casero que vuelva dentro de un rato. Serán quince, veinte minutos a lo sumo.

—No tardaré mucho.

—Mejor me quedo aquí, así descanso.

Nat trata de articular palabra sin éxito. La cabeza le empieza a dar vueltas. El casero se ríe.

—¿Qué pasa, no te fías?

Se sienta en el sofá y mira alrededor con una pequeña sonrisa en el rostro, observándolo todo con el propósito de que se note que lo está observando. Nat no protesta, se va corriendo.

—No tardo nada —repite.

Cuando vuelve, aún está temblando. El casero cuenta los billetes con delectación, se los mete en el bolsillo de la camisa, doblándolos lentamente. Nat siente que la casa está impregnada de su olor, un olor acre, desagradable, que flota persistente en el aire. Cuando se va, revisa que no haya tocado nada. Todo parece estar en orden, salvo, quizá, algunas revistas que él ha debido de

estar hojeando. La colcha de su cama está arrugada, pero tal vez ya estaba así de antes, ella no lo recuerda. Tira las revistas a la basura, mete la colcha en la lavadora a sesenta grados y dedica el resto de la mañana a limpiar, con las ventanas abiertas, para ventilar.

A pesar de la poca atención que le presta ahora, Sieso ha cambiado mucho. Nat ha dejado de atarlo por las noches y él corresponde a esa confianza con lealtad, durmiendo a su lado, junto a la cama. Quizá debería ir pensando en cambiarle el nombre, se dice. Por muy irónica y hasta cariñosa que fuese su intención al ponérselo, el significado de *sieso* es *antipático, desabrido, malaje*. Y ya se lo advirtió el veterinario: los animales no entienden la ironía.

Por otro lado, piensa, no merece la pena. Casi nadie conoce ese significado. El término *sieso* solo se utiliza en determinadas zonas y ambientes, mucho más restringidos de lo que Nat creyó en un principio. Pensó que era un adjetivo conocido porque ella lo conocía, frecuente porque ella lo usaba con frecuencia. Nunca supo de sus limitaciones hasta que comprobó que el mismo Píter ignoraba su sentido y confirmó, más tarde, que ni siquiera el diccionario recoge su acepción coloquial, solo una científica y mucho más desagradable de lo previsto: «Del lat. *sessus* ‘asiento’ 1. m. Ano con la porción inferior del intestino recto».

Aunque si nadie lo sabe, ¿qué más da?

Solamente es el nombre de un perro.

Li da vueltas y vueltas por la casa, inquieta, con un maullido distinto, grave y lastimero. Nat la observa, nota que ha engordado mucho en los últimos días. ¿No estará preñada?, piensa, y más tarde se lo pregunta a Andreas. Él ríe entre dientes.

—No sería la primera vez. Cuando mi exmujer me la dejó me aseguró que estaba castrada. Pero ya ves, ahí la tenemos de nuevo engordando.

Nat se queda de piedra. ¿Su exmujer? ¿Ha oído bien? El viento golpea las contraventanas presagiando tormenta. Las primeras gotas repiquetean ya en el tejado del cobertizo y una oscuridad repentina los envuelve. Ella no debería permitir que ese sonido y esa luz —esos recuerdos— se estropeen. Que lo que significaba una cosa signifique ahora justo lo contrario.

Andreas está arreglando las conexiones del televisor. El obsoleto televisor, que ahora ven de vez en cuando, mientras cenan, y en el que siempre bailan rayas deformando la imagen. Quizá por no estar mirándola a la

cara, por estar concentrado en otro asunto, de espaldas a ella, Nat se atreve a seguir preguntando.

—Pero ¿Li no es tuya?

Él contesta con desinterés.

—Hombre, a día de hoy me parece que ya no va a venir nadie a buscarla.

—No sabía que habías estado casado.

—Claro, cómo ibas a saberlo. —Se vuelve para coger un destornillador—. Eso fue hace años. Antes de venirme aquí a vivir.

—Y... ¿qué pasó?

—Qué va a pasar... Lo de siempre. Que no nos entendíamos. Ella era muy joven, nos llevábamos una burrada de años, más de veinte años, creo, y quería cosas que yo no podía darle.

—¿Cosas como qué?

—Cosas, qué sé yo. Hablo en general. Cosas como viajes, hijos. Cosas que a mí me dan igual. Así que se hartó y se fue.

Nat se sienta en el sofá y acaricia a Li mientras lo mira desmontar el televisor. Li. Si la gata no era de él, si era de su exmujer, no cabe duda de que fue ella quien escogió su nombre. Ahora entiende por qué Andreas le dijo que no significaba nada, cuando en realidad significaba todo. ¿Por qué no le contó en aquel momento la verdad? La punzada de celos, tan repentina e inesperada, la avergüenza: ella siempre pensó que estaba a salvo de un sentimiento tan mezquino. Y, sin embargo, ¿quién maneja ahora los hilos de su sufrimiento? ¿Quién ha decidido que algo así —el pasado de un hombre al que apenas conoce— deba dolerle tanto, por encima de sus propias convicciones e ideas?

De manera confusa, se siente estafada. Lo que la llevó a aceptar el trato de las tejas fue una visión de Andreas que ahora se difumina por completo. Le atrajo la imagen que ella se había construido de él —o quizá la que él mismo quiso dar—: un hombre de campo, sin posibilidades de cambio, que hacía mucho tiempo —¡él mismo se lo dijo!— que no había estado con una mujer. Un hombre que había perdido la capacidad de seducir —si es que alguna vez la tuvo—, que se veía obligado a proponer un trueque de bienes como si viviera en un poblado primitivo, desconociendo las reglas elementales de la cortesía. Un hombre que posiblemente nunca salía de allí o, si lo hacía, era solo para acarrear cajas de verduras que él mismo cultivaba. Un hombre tosco, sin cultura, que vivía en el campo desde niño adaptándose instintivamente a cualquier territorio como un perro abandonado. Un hombre que solo, únicamente, con humildad y torpeza, pedía que ella *le dejase entrar*,

como quien mendiga ante una puerta. La inexperiencia de él la engrandecía a ella, la hacía poderosa. La carencia de él era, para ella, su riqueza.

Ese hombre, sin embargo, estudió una carrera universitaria. Vivió en la ciudad durante muchos años. Estuvo casado. Casado con una chica muy joven, presumiblemente atractiva. Se divorció. Ha seguido los ritos normales de la vida, los habituales. ¿Por qué entonces su manera de relacionarse con ella no es normal?

Retumba el primer trueno y ella observa su nuca humedecida, el modo en que manipula los cables del televisor. Traga saliva. No dice nada más. ¿Qué va a decir? Él no parece muy dispuesto a explicar.

Se concentra en dominar las ideas que crecen en su interior, en cortarles las extremidades como puede. Desde que conoció a Andreas todo se ha salido del guión previsto. Desmontando todos sus prejuicios, uno a uno, Andreas excava en su indefensión, sacando paletadas y paletadas de confianza. Ella se vuelve cada vez más pequeña, y él más fuerte. Ella más dependiente, y el más libre.

No va a ser capaz de soportar ninguna otra sorpresa. Por eso, teme hablar.

Ese día será el primero en que no consiga olvidar valiéndose del deseo. La primera vez que tenga que doblegar sus pensamientos cuando ambos se desnuden, que se esfuerce para no decaer, que su cuerpo tarde en responder, que exagere el placer, que el sexo se convierta en algo triste, amargo y bochornoso.

Píter descorcha una botella de vino, le sirve un poco, pero Nat tarda en coger la copa, abstraída, como si no entendiera qué contiene esa copa ni el sentido de sostenerla en la mano.

Píter bromea, pretende llevarla a su terreno. Ella le sigue sin fuerzas. Lo que antes tenía muchísima gracia —esas bromas intrascendentes con las que se evadía— ahora le resulta insulso o directamente estúpido. ¿Por qué está ahí, en esa casa? ¿Solo para hacer tiempo antes de irse a la de Andreas? Píter la mira inspeccionándola y le pregunta: ¿va todo bien? Sí, todo bien, dice Nat, todo bien, repite, pero la tensión de la sonrisa desmiente sus palabras.

Confesar su malestar, piensa, sería como dar la razón a un vaticinio que en realidad él no ha formulado. O que ha formulado subrepticamente, lo cual complica más la posibilidad de rebatirlo.

Si toma los hechos en sí mismos, sin interpretaciones paralelas, no hay nada objetivo de lo que quejarse. ¿Qué va a contarle? ¿Que Andreas estuvo casado en el pasado? ¿Que ahora trabaja en Petacas? ¿Que un día —solo un día— la acusó de ingrata cuando ella le pidió su opinión?

Exponer en voz alta su dolor —su ridículo dolor— la hará aún más vulnerable. Y, sin embargo, no hablar, callárselo todo, no hace que ese dolor desaparezca.

Están sentados en el porche, protegidos por la mampara de cristal. El contorno de El Glauco se difumina en el anochecer, pronto la oscuridad se lo tragará por completo. Nat clava la mirada en él, el monte adonde Andreas y ella subieron no hace tanto, buscando no perderlo. Píter pone en la mesa salmón ahumado, una tabla de quesos y embutidos, ensaladilla picante servida en cuencos de colores. ¡Es siempre tan servicial, tan delicado! Andreas jamás ha preparado una cena así para ella. No la prepararía para nadie, tampoco para él mismo.

Nat pierde el control, habla nerviosamente.

—¿Tú sabías que Andreas estuvo casado?

—¿Yo? ¡Qué voy yo a saber! Ese hombre es medio autista, jamás le cuenta nada a nadie. ¿Cómo lo sabes tú? ¿Te lo ha dicho?

—Lo mencionó el otro día, como de casualidad.

—Dudo mucho que haga o diga nada por casualidad. Te lo diría por algún motivo, buscando algo.

Nat se queda callada. Mejor frenar la conversación, piensa, antes de que Píter lance indirectas. Aunque ahora que ha mordido el anzuelo, ya no lo va a soltar tan fácilmente.

—¿Qué te contó?

—Poca cosa. Que era una chica más joven que él. Veinte años más joven o algo así.

—¡Veinte años! —Píter silba, se ríe—. ¡Vaya con el alemán!

A Nat le duele inmensamente ese silbido. Para disimular, se hunde en la copa, la apura de golpe. No debió haber hablado, pero ya no hay marcha atrás. La única forma de cortar la conversación es inventar una excusa, levantarse e irse.

—¿Qué te pasa, Nat? ¿Te has enfadado?

Ella niega repetidamente, le coge la mano para demostrárselo, le asegura que no hay ningún problema. Pero ¿y la cena? ¿Se va a ir sin probar nada? Diga lo que diga, no es normal que se vaya así, de sopetón.

Nat lo sabe. Sabe que su comportamiento es errático y maleducado, incomprensible desde fuera, o quizá al revés, demasiado transparente. Pero no puede detenerse. Tiene el convencimiento de haber comenzado un descenso. Ya todo lo que le queda es ir bajando.

Se despierta a medianoche, de golpe, y ya no consigue volver a dormirse. Recuerda las palabras de Andreas, que ahora, en el silencio, vuelven más y más afiladas. *Una burrada de años. Cosas que ella quería y él no podía darle. Cosas como viajes, hijos. Cosas que a él le dan igual.*

Frente a Andreas, Nat había llegado a creerse poderosa. Era placentero pensar que a él —doce años mayor— lo seducía su juventud. Eso la elevaba a ella, aumentaba su valor de mercado. Pero ha habido, otra vez, un error de cálculo.

Siempre ha asumido como un hecho irrefutable que a los hombres, tengan la edad que tengan, les atraen las mujeres jóvenes, pero nunca hasta ahora lo había interpretado como una amenaza, dado que, por muy joven que sea una, siempre habrá otra más joven. Jamás había pensado en términos de competencia. Ahora lo hace.

Piensa en la chica de la tienda.

A veces Andreas la lleva en su furgoneta a Petacas, donde, supuestamente, ella aprovecha para hacer pedidos o recoger mercancía pendiente. La chica de la tienda es muy joven, casi una adolescente, pero, visto lo visto, su edad ya no constituye un impedimento, sino justo lo contrario: un incentivo. Nat recuerda el calor que irradia Andreas mientras conduce. El deseo que es capaz de despertar con un simple cambio de marchas —el antebrazo tenso y el puño fuerte, asido a la palanca—, su mirada saltando del retrovisor al frente, esa mirada dura que ella nunca consigue traspasar. La intimidad de la furgoneta, el aire denso y el humo de los cigarrillos, compartido. La chica de la tienda no es guapa, pero emana un atrevimiento seductor y, sobre todo, se muere de ganas de huir, se aburre, está ansiosa por probar cosas nuevas. ¿Es posible que, también a ella, llegado el momento, le pida *estar dentro un rato*? ¿Es posible, incluso, que se lo haya pedido ya, incluso antes que a Nat? Si lo único que Andreas necesitaba era un poco de calor femenino, ¿no valía ella también? ¿Mejor ella, de hecho? ¿Se frenó por ser menor de edad? ¿Y si no fuese menor? ¿Se lo habría pedido?

Nat no entiende por qué Andreas se ofrece a llevarla a Petacas. Él, tan distante con todo el mundo, hace una excepción con la chica, como si fuese responsabilidad suya el abastecimiento de la maldita tienda. Nat saca conclusiones y siente frío, un frío intenso que irradia de su propio interior, de un punto que se ubica entre el esternón y la columna.

¿Por qué está Andreas con ella? ¿Porque no ha conseguido nada mejor? ¿Porque es quien tenía más a mano?

Una vez que cae una certeza, ¿por qué no han de caer todas?

Su mirada se ha vuelto suspicaz y ya no le es posible domesticarla. Estoy enloqueciendo, susurra, y mira alrededor, con los ojos ardientes, en la oscuridad de su habitación, un espacio privado que no la protege sino que, al revés, se ha vuelto contra ella para atacarla a traición.

Recuerda aquel sueño recurrente, el del hombre que entraba en la casa mientras ella estaba atada a la cama sin poder defenderse, el hombre cuyo rostro nunca alcanzaba a ver. Quizá no representaba, como había creído entonces, al casero. Quizá era un augurio de lo que estaba por venir.

Su relación con Andreas ha estado emponzoñada desde el principio. Fue la manera de empezar, esa que justamente la cautivó, la que se ha dado la vuelta mostrando sus costuras repugnantes.

No es que antes fuese inocente y pura, pero al menos había partes suyas —partes maliciosas, desconfiadas— que estaban dormidas. Ahora se han despertado. El daño crece, se ramifica dentro de ella.

Limpiando el trastero de los viejos, Nat encuentra varias cajas con libros: manuales escolares y clásicos literarios sobre todo, pero también novelas de kiosco que debieron de estar de moda hace décadas y que ahora ya nadie recuerda. Joaquín le explica que Roberta fue maestra durante cuarenta años, buena parte de ellos en el colegio de Petacas. Los libros son de ella, dice, o más bien lo eran. Hace mucho tiempo que no puede leer ni una palabra, por eso él decidió quitarlos de las estanterías y meterlos en cajas, fuera de su vista, para no atormentarla.

Nat observa a Roberta, tan frágil y encerrada en su mundo, tan hermética, y le cuesta imaginar que haya podido tener otra vida. ¿Roberta trabajando con niños, explicándoles una lección en la pizarra, sujeto y predicado, suma y resta? Hojea sus libros, con notas, subrayados y marcapáginas hechos con cartulinas y flores prensadas —¿hechos por ella, por sus alumnos?—, y se le encoge el corazón.

¿Qué piensa Roberta, hacia dónde mira? Siempre parece concentrada en algo que estuviera sucediendo en otra dimensión, con los ojos arrugados y los labios formando frases en silencio. ¿A quién habla?

A veces el hechizo se rompe y sale de sí misma. Entonces descubre que no está sola y se esfuerza por ser amable con las personas que hay alrededor. Puede que, incluso en sus mejores momentos, diga incoherencias o se frustre si no la entienden, pero es una mujer educada, y jamás monta un número.

Un día recibe una llamada con una noticia funesta. Un familiar, quizá un sobrino, se está muriendo. Es lo que deduce Nat al escucharla hablar, con la

mirada baja, enredando entre sus dedos el cable del teléfono. Se pasa después varias horas meditabunda, colgando y descolgando el teléfono sin que nadie llame. Cuando Nat le pregunta a Joaquín, él sacude la cabeza, le dice que lo ha inventado todo. No hay ningún sobrino enfermo, ninguna agonía. Sucede a menudo, dice. Se atasca en cosas antiguas que ocurrieron. En la resignación del viejo, Nat atisba también un rastro de desesperación. ¿Qué pasará cuando él no esté para cuidarla?

Joaquín se está quedando ciego. Se lo confiesa un día llorando, con la cabeza entre los puños, sentado en la mesa de la cocina. A Nat le impresiona ver a un hombre llorar, a un hombre de esa edad.

Joaquín y Roberta forman una grieta en la comunidad, pues son, en cierto modo, tan anómalos y defectuosos como ella. Cuesta trabajo verlo, cuesta trabajo mirar más allá, no es agradable hacerlo. Pero, una vez dado el paso, ya no puede fingirse inocente.

Es un mediodía anubarrado; el aire, inmóvil, se ha cargado de electricidad estática. Los buitres vuelan bajo, planeando sobre Nat, que avanza hacia la casa de Andreas, una dirección desacostumbrada a esas horas, pues sabe que él no está. Por qué ha tomado ese camino y no otro es algo que desconoce — algo que, todavía, no se para a pensar—, como tampoco por qué ha salido a pasear cuando es obvio que romperá a llover de un momento a otro. ¿Una intuición quizá, una corazonada? Es lo que se dirá más tarde, cuando repase los acontecimientos. Ahora solamente camina, con la cabeza ausente, la mirada también ausente, hasta que en la distancia se perfila la casa y después, en la puerta, la furgoneta de Andreas aparcada. Se detiene. Tarda aún un poco en entender. O en tratar de entender. Las sienes le bombean fuertemente, un calor repentino le sube de golpe a la cara. Con brusquedad, da la vuelta sobre sus pasos. Es mejor que nadie la vea allí.

Llega a su casa y trata de calmarse. Debe de haber alguna explicación. Alguna explicación razonable, se dice: Andreas ha vuelto a La Escapa debido a un imprevisto, a buscar una herramienta o algún material que había olvidado. O quizá su furgoneta está averiada y esa mañana se ha ido en otro coche, con alguien que también iba a Petacas. Le pone la comida a Sieso, abre una cerveza, se tumba. Pero enseguida se levanta. La explicación podría ser muy distinta: que en esos mismos instantes, *justo ahora*, Andreas esté en su casa con otra. Otra a quien ha embaucado con el mismo truco con el que la embaucó a ella.

Sale de nuevo y camina con rapidez, pero ahora bajo la lluvia, en dirección a la tienda, con la respiración alterada, hasta que se asoma y encuentra a la chica tras el mostrador, tecleando en el móvil. El alivio que siente al verla es tan grande que casi se echa a reír, pero es también efímero: si no es ella, puede ser cualquier otra.

O quizá no sea nadie. Pero, si no es nadie, ¿por qué no la llama de inmediato, como hacían al principio? ¿Ya no siente el apremio de verla? ¿No se muere de ganas, como ella?

Se pasa la tarde yendo y viniendo de su casa a la de Andreas. La furgoneta sigue allí, sin moverse. Le basta con divisar de lejos la mancha blanca para dar marcha atrás y volver a empezar el recorrido. Su corazón late a un ritmo que le asusta. Nunca había hecho nada así, ni parecido. Nada tan grotesco, ni tan indigno.

Por la noche, cuando Andreas la llama, deja sonar el teléfono sin cogerlo hasta que él se cansa de intentarlo. Ella hubiera querido que se cansara más tarde, que insistiera más, pero, aun así, no contestar a sus llamadas le parece una forma velada de venganza. En esos momentos siente que ha vencido, aunque enseguida se pregunta: ¿en qué batalla?

La siguiente vez que se encuentran ambos actúan con normalidad, o esa aparente normalidad en la que ahora se desenvuelven. Él no pregunta por qué no respondió a su llamada. Ella no pregunta por qué estuvo todo el día la furgoneta en su puerta. Dado que no hay preguntas, no hay respuestas. La desconfianza de Nat sigue creciendo: sutil y torcida, como la cautela de un gato. ¿Y la de él? Ella no sabría si llamarla desconfianza o mero desinterés.

Desde entonces, toma la costumbre de espiarle. Se asoma por los alrededores de la casa, vigila las idas y venidas de la furgoneta, contrasta los horarios. Rastrea indicios de posibles visitas. Como no encuentra nada, piensa: él es prudente, destruye las pruebas. Cuando Andreas no la mira, inspecciona todo lo que cae entre sus manos: los botes de la cocina, las medicinas, las botellas. Revisa el número de condones que llevan gastados hasta el momento —hace sus cuentas—. Examina los papeles que hay desperdigados por toda la casa —facturas, comunicaciones comerciales, folletos de publicidad, recibos—. Encuentra unos viejos cedés que se lleva a escondidas para verlos tranquilamente en su ordenador. Solo contienen planos e informes topográficos, pero su ansiedad no se calma y sigue buscando. En el armario, descubre ropa de vestir más formal que la que él suele usar —jamás lo ha visto con traje, pero allí están, irrefutables, las chaquetas y las corbatas—.

Otros dos descubrimientos le causan un profundo desasosiego: el *ticket* de una tienda de moda femenina de Cárdenas —*camisa mujer 39,90 euros*—, de dos años atrás —*le atendió Patricia*—, y una cajita de música tipo joyero, con una bailarina diminuta que da vueltas y vueltas al abrirla mientras suena «La vie en rose». Nat la cierra para no delatarse, pero lo que le gustaría es destrozarla.

Mirarle el móvil resulta poco productivo, porque apenas lo usa. Están solo los mensajes que ella le manda, mensajes publicitarios y llamadas enviadas y recibidas siempre a los mismos números, que se corresponden con el de su socio de Petacas o con el de algún supuesto cliente. El hecho de que Andreas deje el aparato siempre a la vista, sin control de acceso, y de que sus contactos sean tan limitados, puede significar que no hay nada que temer, pero también puede significar justo lo contrario: que Andreas disimula, que mientras ella trama contra él, él también está tramando contra ella, borrando números y mensajes comprometedores y poniendo el móvil a su alcance con el único objetivo de confundirla.

Entre todas las interpretaciones posibles, Nat siempre escoge la peor. Ni siquiera cuando se convence de que sus ideas carecen de sentido está a salvo. Cualquier variación, cualquier matiz que no hubiese previsto —por mínimo o lejano que sea—, consigue que se tambalee. Los celos, ese insistente monstruo de ojos verdes, se cuelan hasta en la cama, con su lengua picuda y sus muecas obscenas, inspeccionándolos a ambos para devorarlos, corrompiendo el sentido de sus movimientos, tiñéndolos de suciedad y recelo. ¿Por qué Andreas cierra los ojos cuando está con ella? ¿Es porque piensa en otra? ¿Porque recuerda a su joven exmujer? Sus párpados oscuros, la expresión concentrada y el leve temblor de las pestañas, todo aquello que Nat había admirado los primeros días, lo que la excitaba, representa ahora la confirmación de sus sospechas. La misma Nat, amenazada por la frigidez, ha empezado a fantasear. Fabula escenas en las que otros hombres le piden lo mismo que le pidió Andreas. Le hacen lo mismo —exactamente lo mismo— que él le hizo la primera vez, bajo la misma oscuridad y el mismo silencio, desnuda solo de cintura para abajo, sin más caricias que las manos recorriendo sus costados con lentitud. Se comportan como Andreas pero sin ser Andreas, porque Andreas tampoco es ya quien era en aquel momento: es otro hombre distinto, otro que probablemente actúa como hace ella, desplazándola aunque la esté tocando, expulsándola de su lado justo cuando más ahonda en su cuerpo. Cuando acaban, se quedan callados, pero no con la timidez del principio, sino con tristeza. ¿Tienes frío?, pregunta él acercándole

una manta. No te imaginas cuánto, quisiera decir ella, recordando que antes la abrigaba con sus brazos, no con esa cortesía torpe e hiriente.

Ya apenas va por Petacas, solo ida y vuelta rápida para sacar dinero del cajero, como si el pueblo, ya de por sí hostil, le estuviera vetado desde que Andreas trabaja allí. Pero un día, reconcomida por las conjeturas, decide ir con la excusa de cortarse el pelo. Se lo comenta a Andreas previamente, como de pasada, para que no saque conclusiones si la ve por allí. Andreas levanta la mirada, la observa de un modo que ella se siente descubierta.

—Pero lo tienes bien, el pelo. ¿Por qué te lo quieres cortar?

—Tengo que sanearlo. Hace meses que no me lo corto.

—Yo te veo bien.

Este comentario, que podría ser considerado un halago, es interpretado por Nat como señal de desapego: Andreas no quiere que asome por Petacas, no quiere tenerla cerca. Sin embargo, ya no puede echarse atrás. Recular sería aún más raro: una confesión en toda regla.

Va temprano y aparca en el primer sitio que encuentra. Como no sabe dónde hay una peluquería, deambula, sorteando el barro que se acumula junto a las aceras. Y es justo al llegar a la plaza del Ayuntamiento cuando ve a Andreas hablando con alguien, sacudiendo los brazos vigorosamente, como si discutiese, fumando mientras habla, echando hacia atrás la cabeza para soltar el humo, con las piernas un poco separadas. Son gestos que Nat no reconoce en él y ni siquiera su cuerpo, visto de lejos, le resulta familiar. El hombre con el que Andreas está hablando es más alto que él, y más joven. Mirado con detenimiento se ve que es un muchacho, lo que convierte a Andreas en otra persona, casi en un viejo. Por un momento, Nat siente el impulso de retroceder y esconderse, pero luego decide caminar en su dirección. Al acercarse comprueba que no están discutiendo, sino que hablan como a veces hablan los hombres, con esa mezcla de ironía, camaradería y rudeza. Él se vuelve, la ve y sonríe. Su sonrisa no significa, sin embargo, una bienvenida, pues enseguida se separa de su interlocutor, como si no quisiera que ella se aproximara más, y ni siquiera se lo presenta, solamente se despide de él con brevedad, mientras su sonrisa comienza ya a desdibujarse.

—¿Qué haces aquí?

—Voy a cortarme el pelo, ¿no te acuerdas?

—Ah, claro. ¿Dónde vas, en concreto?

—A ningún lado. No sé dónde hay una peluquería.

—Ven, te enseño una.

Echa a andar un par de pasos por delante, mirando alrededor como si buscara a otra persona, como si ella le sobrara o incluso como si ya no estuviera allí. Nat lo sigue apesadumbrada. Andreas no la ha besado, por supuesto, pero tampoco se ha acercado a tocarla, cuando hace un momento lo había visto con la mano plantada en el hombro de su amigo.

—Mira. Aquí es donde trabajo.

A través de la puerta de un pequeño local, Nat entrevé una oficina atestada de papeles, aparatos y cajas, con un par de ordenadores y una impresora gigantesca en el centro. El compañero de Andreas —un hombre de la misma edad que él, despeinado y en chándal— se inclina sobre unos planos tan grandes que arrastran hasta el suelo, sin que parezca importarle que se arruguen o ensucien. Andreas lo saluda desde la puerta, sin entrar todavía y sin invitarla a ella a entrar. Levanta el brazo para señalar calle abajo, hacia el lugar donde se encuentra la peluquería, dice, dos o tres manzanas más allá. Su tono es tan cortante —o a Nat le resulta tan cortante— que acentúa su condición de intrusa. Al despedirse, le aprieta el brazo y la mira a los ojos, pero para Nat ya no es suficiente.

También en la peluquería es una advenediza. La peluquera, con su larga melena rizada, camiseta ajustada y risa estridente, le está planchando el pelo a una clienta cuando ella entra. Sin soltar sus herramientas ni preguntarle qué desea, le pide —o más bien le ordena— que se siente a esperar. Es lo que hace Nat, esperar, mientras trata de leer el libro que ha llevado consigo. Con los ojos pegados al papel, escucha la conversación de las dos mujeres, que critican a alguien con sobrentendidos y juegos privados. La complicidad con que ríen incomoda a Nat, como si se estuvieran riendo también de ella —y quién sabe, piensa: quizá lo están haciendo—. Cuando le toca su turno, la peluquera la escruta a través del espejo. Le pregunta cómo prefiere el corte, pero no atiende a sus indicaciones. Le inspecciona el pelo, levantando mechones y dejándolos caer después con descuido. Lo tienes muy estropeado, le dice, hay que cortar bastante.

Nat no opina, se deja hacer lo que no ha pedido.

Ahora, con el nuevo peinado, se ha echado varios años encima; se ve incluso más pálida y ojerosa que antes. A pesar de advertir que no quería flequillo, lleva un flequillo abierto hacia los lados. Pero sonrío y paga lo que la chica pide sin protestar.

Antes de marcharse a La Escapa, se para en el mercado de abastos para hacer la compra de los viejos. En la cola, observa a las mujeres charlatanas y a los tenderos deslenguados, su forma de hablar críptica, acelerada, del todo

extranjera para ella. Un par de perros sueltos husmean entre las cajas sin que nadie los eche de allí. Hay que estar muy pendiente, porque a poco que se descuide, cualquiera se cuela y se lleva la mejor mercancía. Hasta los niños —¿no deberían estar en el colegio?— parecen astutos y tramposos. Y las adolescentes tienen un brillo arrogante en los ojos, retador.

No puede ser tan horrible, se dice. Es ella, su mirada, que está enferma. Ojalá pudiera cerrar los ojos para no ver más.

No había pensado en ella en todos esos años. Sin embargo, debido al episodio de la peluquería, le sobreviene el recuerdo de aquellos días luminosos y cómo se volvieron después tristes e incomprensibles. Nat tenía siete u ocho años como mucho; Estrella solo debía de ser unos meses mayor, aunque por aquel tiempo unos meses de diferencia constituían un salto enorme, una garantía, pues era un privilegio ser amiga —o gozar de los favores— de una veterana. No recuerda su rostro ni su voz, pero sí cómo se sentaba a su espalda para peinarla, pues Estrella soñaba con ser peluquera, pero no podía practicar con cualquiera, decía, solo con ella, la afortunada Nat, escogida entre todas las demás, la de la melena más suave —aseguraba—, la más larga y bonita de todas las melenas. Le hacía trenzas y moñitos, le cepillaba el pelo durante horas, le hacía cosquillas soprándole suavemente en la nuca, y Nat cerraba los ojos y se dejaba manejar.

Un día empezó a darle tirones, a apretarle más de la cuenta las coletas. Se te rompe el pelo, le decía, y arrojaba el cepillo al suelo, resoplando. Nat no comprendía dónde estaba su error, le rogaba que lo intentase otra vez y, si volvía a hacerle daño, se aguantaba en silencio las lágrimas. Bastaron un par de días para que la sustituyera por otra. Desde su rincón, Nat la veía ahora peinando a la elegida, cepillándola con extremo cuidado, poniéndole gomillas de colores en cada mechón y trencitas alrededor de la frente —cosas que nunca había hecho con ella—, tomándola de la barbilla al terminar para admirar el resultado, palmoteando de alegría. La nueva observaba a Nat de lejos, quizá un poco incómoda pero irremediabilmente satisfecha.

Nat no sabía qué pecado había cometido para ser castigada de ese modo. Cuando vio en su libro de religión un cuadro de Adán y Eva expulsados del Paraíso, pensó: esto es lo que me pasa.

Sus vecinos están descargando bolsas de comida del monovolumen, mientras los niños corretean alrededor, arrastrando un arco y un carcaj con flechas de colores. A pesar de la distancia y la neblina, Nat tiene la impresión de que su

vecina está embarazada. El marido saluda levantando la mano y ella se ve obligada a acercarse, por educación. Le preguntan qué tal ha ido la semana. Se quejan del temporal, del viento que se ha cargado el cañizo del porche. Inesperadamente, se muestran otra vez cordiales, hasta afectuosos. Como si solo les interesara cuando olfatean problemas, piensa Nat. Como si intuyeran que las cosas se le están estropeando y se alegraran por ello.

Su vecina la coge del brazo y, sí, confiesa, está embarazada. Se lo cuenta con los ojos brillantes, agarrándola con la intimidad con que se habla a las amigas, y la invita a cenar esa misma noche. Para celebrarlo, dice. Antes de que Nat tenga tiempo de contestar, en un aparte, cambia el tono y baja la voz, mientras se acaricia la barriga.

—La invitación es solo para ti.

Al principio, Nat no comprende.

—Quiero decir... No nos gustaría que viniera el alemán.

—¿Andreas?

—Eso, Andreas.

—Claro —asiente Nat—. No pasa nada.

Se levanta una corriente fría y cortante, casi higiénica. Una corriente que acaba con la posibilidad de rebatir, o al menos de preguntar. Una corriente que deriva otra vez la conversación hacia el problema del tiempo, qué fastidio. Pero Nat se pregunta: ¿por qué esa prohibición?

Ir a la cena le supondrá no ver a Andreas esa noche. Aceptar la invitación se convertirá entonces en un mensaje para él, un mensaje encubierto cuyo contenido ni siquiera Nat tiene claro. Decide no darle explicaciones. Simplemente le manda un aviso, ya se verán mañana, escribe. ¿Cómo interpretará él esa falta? Lo más seguro, cree Nat, es que no la interprete de ninguna manera.

Por la noche, en la cena —a la que también se apunta Píter—, los vecinos exponen sus planes de construir una piscina en la parcela. Han echado sus cuentas y no sale tan caro. Quieren una piscina larga y estrecha, para poder nadar cómodamente. Una piscina funcional, aunque no sea bonita.

—Lo peor de una piscina es el mantenimiento —dice Nat—. Un infierno.

Ellos asienten, han valorado todos los impedimentos, pero aun así van a construirla.

—No sé —dice Nat—, siempre he pensado que no merece la pena. Con perdón, pero me parece un disparate, tanta agua gastada cada año...

—El agua no se tira cada vez. Hay productos para mantenerla. Productos y toldos.

—Ya, productos químicos muy agresivos... Tampoco me convencen.

Nat desbarra y lo sabe. No tiene ni idea de piscinas pero se permite dar su opinión. ¿Qué le está pasando? ¿Hablando del mantenimiento de las piscinas esquivas sus ganas de largarse de inmediato y correr hacia Andreas? Píter le echa un cable y cambia la conversación; ella se concentra en su plato y recuerda las palabras que dijo su vecina, su actitud —la mirada baja, la vacilación al hablar, la mano acariciándose la barriga—, *no nos gustaría que viniera el alemán*. Todas las interpretaciones posibles rondan por su cabeza. Se le ocurre que quizá Andreas ha tenido algún roce con los vecinos. O quizá solamente con la mujer, algo privado e íntimo. Después de todo, fue ella quien hizo aquel ruego aprovechando que su marido no estaba delante. ¿No le habría pedido a ella que le dejase entrar...? Contrae el rostro de dolor. Al otro lado de la mesa, Píter la vigila. No, no puede ser, se dice. La vecina usó el plural al mencionarlo —*no nos gustaría...*—, no es posible que sea una razón solo de ella. Podría preguntarle al propio Andreas, salir de dudas de la manera más fácil. Pero no lo hará. A Andreas, lo que los demás piensen de él no le afecta lo más mínimo. Si le comentara lo sucedido, se limitaría a decir que no tiene importancia, o incluso no diría nada. Jamás se enfadaría, incluso aunque supiera que van por ahí hablando mal de él, o deslizando insinuaciones insidiosas.

No hay nada más ajeno a la naturaleza de Andreas que la ira. Nat nunca lo ha visto exaltarse o perder los papeles, como ella misma acaba de hacer con el asunto de la piscina. Ni siquiera el día que le habló de su madre levantó la voz. Y jamás discute. Cuando expresa su punto de vista, lo expone sin la necesidad —o el ansia— que ella tiene de hacerse entender. En Andreas no existe la pretensión de convencer.

Curiosamente, esta actitud genera en Nat más inquietud que la contraria.

A veces se pregunta si esa neutralidad no es también una forma invisible de ataque.

Están en la cama cuando oye los maullidos de Li. Son maullidos graves, largos como lamentos. La gata recorre en círculos la casa, entra y sale del dormitorio sin parar de maullar. Nat está ausente e intuye que Andreas también tiene la cabeza perdida en otras cosas. Pero no es solo a causa del ruido. Algo en sus cuerpos ha dejado de funcionar y ya no se puede reparar. Van lentos, se manejan con torpeza y rigidez. Nat piensa en lo diferente que era tan solo unas semanas antes, cuando se abrazaban y todo era líquido y fluía. A su vez, ese pensamiento —esa comparación— empeora la situación.

Y además está la gata, la gata quejumbrosa que continúa maullando como un bebé que llora —más desesperante que un bebé que llora—, sin parar, con exigencia, unos maullidos más hondos de lo normal, mucho más insistentes de lo normal. Nat se detiene.

—¿Se habrá puesto de parto?

—No —dice Andreas—. Está buscando a las crías. Nacieron ayer.

Nat se incorpora. Sentada sobre él, mira su rostro sin gafas, desprotegido pero distante.

—¿Y dónde están?

—Las ahogué en un barreño de agua.

—¿Las ahogaste?

—¿Qué querías que hiciera? Era lo mejor para ellas.

Nat se queda horrorizada. ¿Por qué ahogarlas? ¿No había otra opción? ¡Ni siquiera se planteó otra opción! ¿Por qué no se las pudo quedar? ¡Tiene espacio de sobra! ¿O regalarlas? ¿No tiene remordimientos por haberlas matado? ¿No siente la más mínima compasión? Mientras le pregunta todo esto se va vistiendo, exhibiendo toda su indignación, aunque ella misma sabe que los gatitos muertos no son el único motivo de su enfado. Andreas no responde. Le dedica una larga mirada despectiva antes de preguntarle si así va a acabar la noche, si se va a ir dejando todo a medias, si no es capaz al menos de controlarse un poco. Como si a él le importara cómo acabe la noche, responde Nat: es la persona más insensible con la que se ha topado nunca. No solo cuando mata criaturas, sino siempre. Cuando ella se vaya, seguro que se pone a ver la televisión como si nada.

Él la contempla impávido, con las pupilas vacías. Se viste lentamente, se coloca las gafas con cuidado antes de hablar. En cada uno de sus gestos se anticipa ya el fin. En la forma de atarse los cordones de las botas. De recolocarse la hebilla del cinturón, una vez que lo abrocha. De levantar la vista hacia Nat, enfocarla y repetir las palabras que ella ha dicho, *matar criaturas*, qué disparate. Ella se cree con la capacidad de entender y el derecho a juzgar. Pero no sabe nada, dice. Debería callarse un poco más. Mirar alrededor y callar.

Nat se muerde los labios, contesta con las lágrimas contenidas.

—Hablas como mi casero. Con el mismo desprecio. Os sentís por encima del resto.

—Porque tu casero tiene razón. Aquí nos manejamos con otras reglas. Y tú no las entiendes. No es que no las asumas. Es que eres incapaz de entenderlas.

—¿Qué reglas? ¿A qué reglas te refieres? ¿A cambiar mano de obra por sexo, por ejemplo?

No le da tiempo a arrepentirse. Lo ha dicho y ya es irremediable. Andreas la aparta de su lado con un brazo, la mira con dureza. Sentado en la cama suspira hondamente, se alisa el pelo y luego le dice, con absoluta calma, que quiere romper.

—¿Romper *qué*? —pregunta Nat, temblando.

—Romper esto que tenemos. Como quieras llamarlo. Acabar. Romper.

—¡Ni siquiera sabía que tuviéramos algo!

—¿No? ¿Y esto de venir todas las tardes a mi cama qué es?

—Eso llevo yo preguntándome todo el tiempo: qué es.

—Jamás lo has entendido, ¿verdad? Por eso me espías, rondas en torno a la casa a ver si estoy o no... Porque no entiendes nada.

—¿De qué hablas?

—Sabes de lo que hablo. Se acabó. Has agotado mi paciencia.

Nat oye las palabras sin alcanzarlas. Percibe los sonidos, pero no los agarra. Algo ha empezado a cambiar en su interior. Su furia se disuelve y cede el paso a un hueco cuya resonancia atrona por todo su cuerpo. Ha caído en un pozo y se está ahogando. Se frota los ojos con los puños, mirándolo ya desde un lugar distinto. Su voz —su propia voz— le suena muy remota, como si se articulara desde muy lejos, fuera de ella.

—No, no, no... No hablas en serio.

Andreas no responde. Una profunda inmovilidad se apodera de ella: está ya fuera de combate. Se queda un poco más, paralizada, sentada ahora en el suelo, con un zapato puesto y otro no, la blusa todavía desabrochada, esperando.

—Es mejor que te vayas —le dice Andreas después de unos minutos.

Nat se levanta, termina de vestirse y se marcha.

O, más bien, debe de levantarse, de vestirse y marcharse: no lo recordará después, pues actúa como una sonámbula. Tampoco recordará qué dice al irse —si es que dice algo—; cómo recorre el camino de vuelta; cómo, debido a la oscuridad, avanza casi a tientas, tropezándose; cómo abre la puerta de su casa, se echa boca abajo en la cama y se aprieta contra el colchón buscando sofocar el sufrimiento.

Sieso se acerca al borde de la cama, le golpea suavemente con el hocico en la cara, luego se echa en la alfombra, junto a ella. Ahora, salvo por ese perro —el guardián de cadáveres—, está sola, completamente sola. Alrededor solo hay silencio: el ficticio silencio de siempre. El motor de un *quad* taladra

el aire, a lo lejos ladran un par de perros y hacia ella se encaminan, nítidas, unas nuevas palabras: *el tiempo es el castigo*.

Las pronuncia como si las leyera, como si no proviniesen de ella, sino de más allá, de mucho más allá.

# III

Lo llama al día siguiente, y al otro, y al otro, negándose a creer que va a seguir sin contestar, prometiéndose cada vez que será el último intento, sabiendo que se pone en sus manos, que se arrodilla indignamente, y aun así insistiendo, a punto incluso de aparecer por su casa, o hasta de presentarse en su estudio de Petacas si es preciso. Al tercer día, Andreas atiende la llamada, pero solo para repetir su sentencia: no deben verse más. Lo dice con calma y seguridad, sin alterarse, sin gritar. No le reprocha todas las llamadas anteriores, ese acoso. No le reprocha nada. En su ausencia de nervio, Nat comprende lo irrevocable de su decisión.

Pero no puede darse por vencida. Ruega. Implora. Él corta la conversación. A partir de ese momento, nunca más cogerá el teléfono ni responderá ningún mensaje. La firmeza de Andreas, su coherencia, consistía solo en eso, se dice Nat: en no dar su brazo a torcer, en no contradecirse.

La certidumbre de que ha llegado al límite la enferma, literalmente. Se mete en la cama y ya no sale de allí durante días. Mantiene el móvil cerca, lo mira cada cinco minutos, lo guarda bajo la almohada y lo busca a tientas, vencida por el sueño pero sin llegar nunca a dormirse del todo. La piel le arde de desesperación, incapaz de admitir que ha perdido a Andreas, su cuerpo, todo aquello que hacían y ya no harán más. Repasa una y otra vez lo sucedido, las palabras dichas, el orden en que se dijeron. Él la echó de su lado —la empujó con el brazo, casi la tiró al suelo—, la expulsó de su casa. Es tan terrible, tan desgarrador, que le dan ganas de gritar con solo recordarlo.

Preocupado por su encierro, Píter se acerca a verla. ¿Qué le pasa? ¿Ha ido al médico? ¿Necesita algo? Nat mantiene sus reservas, tampoco ella quiere dar su brazo a torcer. Solo le pide que les explique a los viejos que no podrá atenderlos por un tiempo y que compre pienso para Sieso. Qué irónico, piensa: Píter se encargará de alimentar al perro que detesta.

Debe de ser él quien les comenta su estado a los vecinos, porque el viernes, recién llegados, la vecina se pasa a saludarla. Le lleva un montón de sobrecitos de infusiones cuidadosamente ordenados en una caja de madera, cada una indicada para aliviar una dolencia distinta. Manzanilla, melisa y tila,

salvia, tomillo, valeriana y menta, soluciones fáciles para trastornos digestivos, insomnio, dolor de huesos, malestar por la regla y hasta tristeza.

—La caja es para ti, puedes quedártela, es un regalo.

Un regalo malicioso, piensa Nat, como si tarde o temprano fueran a aquejarla todos esos males, pero le agradece el detalle. La vecina le quita importancia. Están ahí para ayudarse, dice; ella sabe de sobra que, en el caso contrario, Nat haría lo mismo. Nat observa su vientre incipiente bajo el vestido añil de algodón. La mira como si fuera la primera vez que la ve y le parece mucho más atractiva que cuando la conoció, su pelo más sedoso, la piel más joven, una elegancia natural que de pronto la hace sentirse muy incómoda. Casi sin pensarlo, pregunta a bocajarro:

—¿Qué te pasa con Andreas? ¿Cuál es el problema?

Suena más brusca de lo que quisiera. Como una pregunta ofensiva, piensa: ahora la vecina se sentirá atacada y no responderá. Pero ella inclina la cabeza como si sopesara la pregunta; después la levanta y niega sonriendo.

—Nada. No me pasa nada.

—¡Pero me prohibiste llevarlo a vuestra casa!

Ella mantiene la sonrisa, imperturbable.

—Prohibir es una palabra exagerada. Solo te lo pedí.

—Pero ¿por qué?

Se palpa otra vez el vientre, balanceándose.

—Por nada. Es solo porque apenas lo conozco. No hay confianza.

Por la tarde, es el vecino quien la visita. Se ofrece para llevarle lo que sea, para hacer lo que sea por ella. ¿Tan preocupante es su aspecto?, piensa Nat. ¿O es que intuyen la verdadera causa y se regodean en su castigo?

La voz del vecino alberga un tono esperanzado, impropio. ¿Sabe su mujer que está allí? ¿Lo ha enviado ella o se le ha ocurrido a él por su cuenta? Lo mira fijamente y nota cómo flaquea, como si quisiera decir algo más de lo que dice, con los ojos líquidos —como licuados— y unos segundos de vacilación que se alargan significativamente.

El vecino no sabe sonreír sin incluir en el mismo gesto la mueca del engaño. O si no del engaño, del disimulo. Durante unos instantes, Nat piensa que ambos pertenecen a la misma estirpe.

Tiene pesadillas que la dejan exhausta. A veces, le basta con quedarse traspuesta unos minutos, a cualquier hora, para que en tan corto espacio de tiempo aparezca en sus sueños toda una legión de seres —personas sin rostro, animales parlantes— que se dirigen a ella, le dan órdenes o la mantienen

encerrada en lugares oscuros y laberínticos. Al despertar, mira a su alrededor y su dormitorio le resulta completamente ajeno. Cada mueble, cada objeto, continúa en su lugar y, sin embargo, algo ha cambiado. Se palpa en el ambiente, como una súbita bajada de temperatura, o como el atenuamiento del color en una foto antigua. Como si el mundo hubiese decidido seguir adelante, mutando, cuando ella ya se ha quedado definitivamente atrás.

¡Cuánto odia la casa, qué infructuosos han sido sus intentos por mejorarla! De nada ha valido su pretensión de dejar huella limpiando y decorando. Sus pertenencias están allí como si las hubiesen recortado de otro lado y pegado después, como un *collage* mal hecho. Mira la mesa con sus papeles, el portátil, sus libros, las cortinas que cosió para la cocina, el viejo portavelas cobrizo —tan hermoso—, el frutero de cerámica. Todo chirría. Todo ha chirriado desde el principio, se dice: ella no pertenece a ese sitio, jamás ha pertenecido.

Han pasado dos semanas completas. Es otra vez domingo. Ahora le toca a ella mover ficha, aunque no sabe qué ficha ha de mover ni hacia dónde.

Sale a dar un paseo.

Se adentra en el camino de tierra que desemboca en la casa de los viejos, un camino de huertas y vallados con gallinas y cerdos. En la distancia los distingue a los dos, sentados bajo el emparrado en el que todavía siguen engordando las uvas. Los ha abandonado, ni siquiera ha pasado a preguntar por ellos. ¿Debería hacerlo? Sí, debería, aunque más adelante, se dice. Observa los naranjos florecidos. Cosa insólita, le explicó Píter, esa floración tardía, fruto de la inusual calidez de ese otoño, aunque ella no hablaría de calidez, sino de un estancamiento de la atmósfera, como si el aire ya no circulara y la corriente se hubiese inmovilizado a media altura, no en los pies, ni en la cara, sino en la zona de las caderas, para dificultar su avance.

Va sola. Sieso la ha seguido unos cientos de metros, pero después se ha parado en mitad del camino, mirándola mientras ella continúa, sin hacer caso de sus llamadas, hasta que se ha dado la vuelta con su trote desgarbado. Ahora Nat se acerca a los naranjos, descubre que muchas de las hojas están plagadas de pulgones. Algunas, totalmente invadidas por los bichos, se enroscan, reseca, sobre sí mismas. El cielo pálido, casi sucio, se amarillea a causa de una columna de humo que se levanta a lo lejos. Huele a humo y a azahar y también a bosta, todo mezclado. Un poco más allá está la casa de los hermanos incestuosos, con sus pintadas rojas, CASTIGO DE DIOS, VERGÜENZA. Nat se asoma por los huecos de las ventanas —los marcos arrancados, sin

cristales— al interior lleno de basura y de moscas. Entra, aun sabiendo que no hay nada que ver —nada bueno—, y allí, entre esos muros en los que el aire se espesa, le sobreviene una certeza insoportable. Es inútil lo que haga, no importa la ficha que mueva: nunca más volverá a tener a Andreas.

Lo ha perdido.

Lo tenía y lo ha perdido.

Esa certeza le rasga cada uno de sus músculos. Cree que va a morir de dolor, cree que es posible morir así, sola, entre las ruinas de esa casa. Casi cae de rodillas, pero se contiene. Apoyada en la pared, trata de respirar ordenadamente. Tiene la sensación de estar contemplando la última escena de su vida. Esto es el verdadero sufrimiento, piensa. Va a suceder algo terrible, piensa después.

Es un poco más tarde, de vuelta a su casa, cuando distingue el alboroto: primero unas formas confusas y después la gente alrededor, moviéndose en torno a algo, la polvareda que levantan un par de coches —el monovolumen de los vecinos, justo en ese momento, arrancando—, y algunos gritos que le llegan amortiguados por la distancia. Aprieta el paso mientras un oscuro presentimiento toma forma en su interior. Avanza sin comprender del todo, aunque los gritos pertenecen ya a personas concretas, y son de la vecina subiéndose al coche en marcha, y también de su hijo que berrea, pataleando porque lo están dejando solo. Hay además un grupo de dos o tres hombres; uno de ellos agarra un palo —o algo que parece un palo— y merodea en torno a la casa de Nat. El monovolumen ya se ha alejado, su silueta en el polvo es ya casi indistinguible. Qué pasa, se pregunta mientras se apresura, qué está pasando, hasta que ve que uno de los hombres corre hacia ella y la llama, pero su tono no es de advertencia, sino de acusación, como si fuese culpable de algo, eh, dice, ¡eh!, grita, y todo lo demás viene muy rápido. Es el perro, le dicen, esa bestia salvaje. ¿Dónde se había metido mientras tanto? La niña tiene la cara destrozada, le dicen. ¿Por qué no lo dejó atado? ¿Acaso no sabe que es una fiera? ¿Y dónde está ahora ese demonio? Debe entregarlo, le dicen, ellos darán buena cuenta de él, pobre niña, debería verla enseguida, que vea lo que ha hecho. Nat solo entiende a duras penas. Mira al niño, que está ante la puerta cogiéndose la cara con las manos —arrasándose las mejillas con las uñas—, chillando asustadísimo, y ve a una mujer —la dueña de la tienda— que lo coge en brazos y se lo lleva a la fuerza. Alguien le ordena que se vaya de allí de inmediato, que se vaya a buscar a la bestia, que se quite de en medio si no quiere que alguien la mate allí mismo, que desaparezca al menos hasta que esa pobre mujer sepa que su niña está a salvo, esa madre

embarazada, la madre a cuya hija le han destrozado el rostro y de cuya desgracia, al parecer, Nat es ahora culpable.

Vuelve a encerrarse en su casa, si es que puede llamarla suya o siquiera llamarla casa. No le queda otra, ¿adónde va a ir si no? Vaya a donde vaya, o diga lo que diga, solo se va a topar con el rechazo. El único que se acerca a verla es Píter. La observa con preocupación, achicando los ojos. Nat está arrebujaada en el sofá, con la mirada perdida en la pared, las pupilas fijas. Píter trata de animarla, pero ella lo escucha solo a medias. Las heridas de la niña, al parecer, no han sido tan graves, le dice. Quedarán cicatrices, pero siempre se puede recurrir a la cirugía plástica. Píter le explica algo sobre las mejillas, o sobre una mejilla en concreto. Su misma cara, la de él, está dividida por la sombra. Sentado frente a ella, Nat solo ve la mitad de ese rostro. Píter le parece ahora mucho más joven, con su barba revuelta y los pómulos suavizados por la penumbra, o tal vez es ella quien ha envejecido y lo mira desde otra época. Su voz baja y apaciguadora sigue explicando lo que Nat no puede ahora entender. Qué cansado es escuchar cuando no se tiene nada que añadir, piensa borrosamente. ¿Era eso lo que le pasaba a Andreas cuando ella le hablaba? ¿Así lo hacía sentirse con su cháchara?

—De todos modos, deberías salir y ofrecerte a ayudar. Preguntar por la cría. Tiene solo seis años, pobrecita.

Pobrecita, repite Nat, y después:

—Yo no tengo la culpa.

—No, claro que no. —Píter le coge la mano, se la aprieta.

—Ahora todos me odian.

—No te odian. Pero tienes que colaborar. No puedes negarte.

Colaborar significa entregar a Sieso en cuanto aparezca para que lo sacrifiquen. El perro —bicho listo— ha huido y sigue sin dar señales de vida. ¿Es capaz de entender lo que ha hecho, de anticipar las consecuencias?

Los hombres de La Escapa, acompañados por un par de agentes de la policía local de Petacas, están dando batidas por los alrededores buscándolo. Han llegado hasta El Glauco y subirán a la cima si es preciso. El dueño de la tienda va a la cabeza de la expedición. Es el más indignado, el más fiero de todos, como si hubiesen mordido a su propia hija. Nat todavía puede oír los insultos que le dedicó. El gitano fue el único que la defendió en aquel momento. Dejad en paz a la muchacha, dijo. Pero después se unió a los demás a recorrer los campos. Nat lo recuerda todo con estupor. Sin defenderse.

A ella le espanta la idea de sacrificar al perro. Le parece que matándolo se ahondará más en la desgracia. No en la desgracia de la niña, ni en la de los

padres de la niña, ni siquiera en su propia desgracia, sino en la desgracia del mundo en general, en un tipo de fatalidad irrevocable, como si el sacrificio de un único animal —de ese animal— alterase definitivamente el orden de las cosas.

—¿No te das cuenta de que es un peligro? ¿De que lo mismo que le hizo a esa niña puede hacérselo a otros?

—Fue ella la que saltó la cerca y entró a jugar sin permiso. Sieso no la habría atacado si no hubiera saltado. Además, ¿dónde estaban sus padres? ¿No son ellos responsables por dejarla sola?

Píter se levanta, abre mucho los ojos, escandalizado.

—¡No digas eso! ¡Ni se te ocurra decirle eso a nadie! ¡Te vas a buscar la ruina!

—¿Más?

—Estás nerviosa. No sabes lo que dices.

Nat asiente. Deja que él se acerque, que la cubra con una manta.

—Tienes que descansar. Volveré mañana.

Esta vez el silencio es distinto, teatral, como si lo estuvieran representando solo para ella, con el único fin de engañarla. Todos deberían estar durmiendo, pero sin duda nadie duerme. Nat imagina a los hombres de La Escapa buscando al perro. Buscándolo con escopetas de caza y con palos, acechantes, dispuestos a lincharlo en cuanto lo encuentren. ¿Lo van a matar así, con crueldad, devolviéndole todo el daño que ha hecho? Se adormece, cae en un sopor febril. Sueña con antorchas, sus llamas destellando, irregulares en la lejanía. Sueña también con Andreas, con sus manos tocándola, acariciándola, apareciendo y desapareciendo. Cuando se despierta, una luz ocre se filtra a través de las persianas. Han debido de pasar varias horas, aunque a ella le parezcan minutos. Oye un gemido tras la puerta —un gemido quedo, suave, casi humano—. Alguien está arañando la madera. Se levanta de un salto, abre. Sieso está en el umbral, mirándola directamente a los ojos. Trae el pelo sucio y una nueva herida en la pata, pero su mirada es más limpia que nunca. Es un milagro que haya llegado hasta allí sin que lo vean. Un auténtico milagro, se dice. ¿Por qué matar a una criatura así?

No pueden escapar, porque en cuanto arranque el coche le interceptarán el paso, la lincharán a ella también. Y si se queda dentro de la casa, días y días sin dar la cara, romperán los cristales en cuanto oigan ladrar a Sieso, reventarán la puerta como hicieron con los hermanos incestuosos, los atraparán allí mismo y no habrá escapatoria. Como un animal acorralado,

piensa, así está. Como el propio Sieso, que continúa mirándola y gimiendo lentamente.

La única solución es que Píter la ayude. Todavía puede intentarlo. Todavía podría convencerlo si usa las palabras precisas, si le hace comprender lo importante que es para todos —para la comunidad— la salvación del perro. Lo llama por teléfono. Le pide que vaya cuanto antes, sin explicarle el motivo de las prisas.

Píter enmudece al entrar y ver allí a Sieso. Oscila la mirada entre el perro y ella, expectante. Con precipitación, Nat arranca a hablar. ¿Ha traído el coche? ¿Sí? Puede llevárselo a escondidas, de él no sospecharán. Que lo deje en una perrera. O en cualquier otro sitio, en otro pueblo. Que recorra todos los kilómetros que haga falta. Si se queda en La Escapa, lo molarán a palos.

—Estás loca —interrumpe él.

Pero Nat sigue hablando. Que imagine que fuese su perra, le dice. ¿No le daría la oportunidad de redimirse? Hasta al criminal más abyecto se le concede una defensa. ¿Ya no recuerda lo que le dijo de la víbora hocicuda? ¿Que lo único que había que hacer era apartarla? Lo agarra de los hombros, lo sacude. Él siempre había dicho que era su amigo. Su verdadero amigo. Le dijo que si necesitaba ayuda recurriera a él. Es justo lo que está haciendo ahora. ¿Por qué no la apoya?

—Porque lo que me pides es un disparate. No solo no te beneficia, sino que te perjudica. Estás alterada y no lo comprendes. Con el tiempo me lo agradecerás.

Nat se enfurece. ¿También él va a rechazarla? ¿Se alinea con los otros, ahora que ella es la pieza más débil del tablero?

—Es por seguridad. Y por justicia. No puedes enfrentarte a eso —añade él.

Nat se da la vuelta, desvía la mirada, le ordena que abandone su casa. Píter sale arrastrando los pies. Pero él no es el condenado, piensa ella, a qué viene esa forma de andar, tanto teatro. Seguro que está satisfecho de que se hayan cumplido sus pronósticos. Ese perro solo te dará problemas, le había dicho. Sonaba a maldición, y ahí está el resultado.

Y quizá por eso, por haber acertado en su presagio, es por lo que Píter se otorga la autoridad para delatarla, pues debe de ser él quien la delata, dado que en menos de una hora dos agentes de policía golpean en su puerta.

Nat no puede evitar que se lleven a Sieso. Ya no tiene sentido oponer resistencia.

Joaquín llama a su puerta apesadumbrado, retorciéndose las manos. Nat le invita a pasar, pero él prefiere quedarse fuera, sin traspasar el marco. Con la mirada baja, le dice que es mejor que no trabaje para ellos por un tiempo.

—Al menos hasta que las cosas se tranquilicen —añade.

Nadie entendería lo contrario, dice. Ellos se llevan bien con todo el mundo, es mejor evitar conflictos que alteren la salud de Roberta. Nat no se defiende. Incluso le da la razón. El perro mordió a la niña, el perro era de ella, así que ella es la culpable. Es de justicia. No hay nada más que hablar, nada que discutir.

Joaquín se excusa de nuevo. En sus mejillas arrugadas se distingue el rubor de la vergüenza.

—No es nada contra ti. Cuando todo esto pase, puedes volver.

A Roberta la ve esa misma tarde, descansando en el porche, en la gastada tumbona de rayas en la que suele sentarse a tomar el fresco. La vieja le hace una señal para que se acerque. Nat duda, no quiere perjudicarla ni desobedecer las órdenes de su marido, pero finalmente se apoya en la verja, a la distancia justa para hablar.

—¿Qué tal, Roberta? ¿Cómo estás?

Enfurrñada, Roberta le habla de su hijo. Le prometió que la llevaría a Italia, dice, pero ha olvidado su promesa. Después de haberse comprado vestidos nuevos para el viaje, repite, la ha olvidado. Nat sabe que los viejos tienen un hijo en el extranjero al que nunca ven y al que apenas nombran, pero el discurso de Roberta no le suena muy lógico.

—Se perdió por El Glauco —dice ahora—. Se perdió allí, de pequeño, cuando no tenía barba. Tenía hierba en la cara, en vez de barba.

—Eso no tiene mucho sentido, Roberta.

Ella se pone de perfil, como si quisiese cambiar de tema.

—Da igual.

Tiene el pelo húmedo; probablemente Joaquín acaba de lavárselo y la ha dejado en la puerta para que se le seque al aire. Así, peinado tras las orejas, le sienta bien. Nat se lo dice.

—Estás muy guapa, Roberta.

—¿Por qué no pasas y te sientas conmigo un ratito? Me aburro aquí sola.

—Ahora no tengo tiempo. Pero seguro que tu marido estará encantado de acompañarte y charlar. Díselo a él.

—Bah, él habla diferente. Nunca nos entendemos. ¿No te habías dado cuenta?

—¿De qué, Roberta?

—De que ese hombre no me entiende.

—¿Te refieres a tu marido? ¡Claro que te entiende!

—Qué va. Aquí, en este sitio, nadie entiende a nadie.

—Bueno, eso pasa en todos lados.

—En La Escapa más, mucho más. ¿No ves que aquí no ha nacido nadie? Todo el mundo viene de fuera. Cada uno habla en un idioma diferente. En inglés, en francés, en alemán..., ¡en ruso!, ¡en chino!

Nat ríe.

—¿Cómo va a ser eso, Roberta? Aquí todos hablamos el mismo idioma.

La vieja chasquea la lengua, hace un ademán despectivo con la mano.

—¡Qué va! ¡Estás muy confundida! ¿Ves? Tampoco tú me estás entendiendo ahora.

No se olvida de Andreas. Su añoranza sigue siendo enorme. A veces, se le hinchan los pechos de deseo, le hormiguea todo el cuerpo de ansiedad con el mero recuerdo. Sin embargo, los rasgos de su cara ya se le han empezado a difuminar. Cierra los ojos e intenta retenerlos, pero aun así se desvanecen. La sensación de pérdida le va comiendo terreno, velozmente, a la memoria. Una noche vuelve a soñar con él, pero es un hombre más alto, más elegante. En el sueño hay una placidez aceitosa en la que ella se sumerge para nadar. Bracea con facilidad, contempla los rayos de luz tamizados por el agua, la tonalidad verdosa del lecho de un río y el brillo plateado de las piedras al fondo. Cuando despierta, piensa: no, ese no era Andreas.

Otro día le parece verlo de lejos. Lo que siente es imposible de describir. Lo más aproximado, quizá, sería como asomarse a una ventana desde la que se atisbara un paisaje de otro mundo. Un mundo que ahora es lejano, incomprensible y doloroso. Pero ¿acaso no era así desde el principio: lejano, incomprensible y doloroso? Sí, se responde, pero antes ella estaba dentro, y ahora está fuera.

No vuelve a espíarlo —¡sería letal que la descubriera otra vez espiándolo! —, pero observa su casa desde lejos, normalmente con la puerta cerrada —él, que solía dejarla siempre abierta—, casi nunca la furgoneta fuera. ¿Dónde pasa ahora tanto tiempo?

Hay una rara quietud alrededor, solo alterada por mínimos cambios —la persiana echada un día y otro no, la carretilla movida de lugar, unas botas de agua junto a la puerta que desaparecen al día siguiente—, cambios que le demuestran que Andreas sigue vivo. De alguna forma, esta constatación le resulta sorprendente, porque ella misma siente que ya ha muerto.

¿Qué pensará él de lo sucedido, de que todos la hayan repudiado? ¿Sentirá compasión? ¿O también creará, como los otros, que es culpable?

Todo ha ocurrido en muy poco tiempo. Tan poco que se asombra cuando lo piensa. Estrenó un tubo de pasta de dientes cuando llegó a La Escapa, un tubo que ha estado usando dos o tres veces diarias y, aun así, todavía no lo ha terminado de gastar, aún queda como un tercio. Es increíble, se dice: removerse por dentro por completo, sacudirse, darse la vuelta y volvérsela a dar, en menos de lo que se tarda en gastar 125 mililitros de dentífrico.

Un día ve abierto El Chaletito, vence sus reservas y se acerca a preguntar. El vecino está solo. Le explica que ha ido para dar una vuelta a la casa y la contempla con seriedad, con una expresión más cercana a la curiosidad que al reproche. Le dice que la niña está mejor, recuperándose. Nat le pregunta si están enfadados con ella. Cuando sea posible, dice, le gustaría visitarlas. A la niña y a la madre, a las dos. Quiere presentarles sus disculpas en persona. Él responde tras pensárselo un rato. Se acaricia el mentón reflexivamente, un ademán que a Nat le resulta afectado. No, le dice, no están enfadados con ella. Su único error fue el de la imprudencia. No se puede ir por ahí recogiendo animales medio salvajes. Hay riesgos que no son tolerables, repite, que uno no tiene el derecho de asumir sin sopesar las consecuencias. Nat quisiera decirle que Sieso no era medio salvaje, que a él le gustaba, que alguna vez incluso lo vio acariciándolo. Quisiera defenderse, pero sabe que no tiene derecho a la defensa.

Las pupilas del vecino oscilan ligeramente al mirarla, como escaneándola. Lo verdaderamente doloroso para ellos, continúa, fue que Nat se resistiera al sacrificio del perro. Ellos habían perdido mucho, su niña había perdido mucho, ¿por qué Nat se negaba a perder nada? Tiene que entenderlo en esos términos.

—Pero no hablemos aquí. Pasa dentro. Hace frío.

Nat accede, aunque en el interior de El Chaletito no vuelven a mencionar el tema. Mientras él va dando luces y encendiendo la calefacción del salón, le habla de otras cosas. Le comenta pormenores de su trabajo. Es gerente de una aseguradora, pero su intención es independizarse y montar su propia oficina. Ser su propio jefe sería un puntazo, dice, ¡es la única manera de no negarse nunca un aumento de sueldo! Ríe de su broma y después le pregunta a ella por sus asuntos, aunque sin escuchar la respuesta. A Nat no le parece que esté demasiado preocupado por su hija. A lo mejor no le intranquiliza tanto lo sucedido, piensa, porque su charla es distendida y en el fondo se muestra

hasta contento, con esa vecina que no le desagrada del todo y que ahora está en sus manos debido al desgraciado incidente del perro.

Está en sus manos, se repite Nat, o el uno en las manos del otro, con la posibilidad de vender y comprar el perdón, la defensa y el restablecimiento del honor. Él ostenta el poder de la víctima y quizá gracias a ese privilegio es el único capaz de interceder por ella. Pero, para lograrlo, Nat deberá expiar su culpa, entregar algo a cambio. Se regodea unos instantes en la idea. ¿Por qué no? ¿No fue así como empezó su historia con Andreas, intercambiando bienes? Es evidente que el vecino la desea. La ha deseado siempre y ahora puede obtenerla con más facilidad que nunca. Nat lo imagina relamiéndose, cercándola como un lobo. De súbito, le sobreviene el asco. Esos labios, ese cuerpo, su peso sobre ella, el tacto estéril, marcando la distancia con aquello que una vez tuvo, perdió y aún no logra olvidar. Le dan ganas de vomitar.

El vecino se quita la chaqueta. Nat se abrocha la suya, se despide y se marcha.

Un espíritu de concordia se extiende por La Escapa, representado en las guirnaldas navideñas que los dueños de la tienda colocan en los árboles, lucecitas que se encienden y apagan rítmicamente para recordar que el año está acabando y todos han de convertirse en ciudadanos de buena voluntad. Ya nadie gira la cabeza cuando ella pasa, no hay malas caras ni desaires, no al menos que ella vea. En la tienda, la chica vuelve a tratarla, si no exactamente como al principio, sí al menos con cierta naturalidad, olvidando o haciendo como que olvida lo sucedido. Los gitanos le ofrecen un cachorro de podenco, un animal que nunca le dará problemas, le aseguran, pero que Nat rechaza espantada ante la mera idea de intentarlo de nuevo. Joaquín le insinúa que puede volver por su casa cuando quiera —se lo dice ruborizado, con la vista en el suelo—. Incluso Píter se disculpa. No supo manejar bien la situación, admite, sabe que la ha decepcionado, pero no era sencillo encontrar solución, el dilema era endemoniado.

Nat espera que la vuelta de la vecina y los niños suponga el regreso a la normalidad, aunque esa normalidad no deje, al mismo tiempo, de ser tan resbaladiza. Ningún culpable queda perdonado si no recibe su castigo, pero para los habitantes de La Escapa, piensa ella, la ruptura con Andreas debe de haber cumplido esa función. Quizá eso —la expulsión de ese estado de ebria felicidad— les parece ya una condena suficiente. Probablemente no la indultarían si estuviese revolcándose con su amante como una cerda mientras la pobre niña todavía llora durante las curas —esas, cree, serían las palabras

que usarían: *revolcarse, cerda*—. Gracias a eso, a que ya no se revuelca con su amante, Nat se atreve a salir sin esconderse.

En Nochebuena acompaña a Píter al bar del Gordo, donde se juntan unos cuantos a beber. La noche transcurre con rapidez, comen con ganas, bromean, descorchan champán y cantan villancicos. La chica de la tienda se emborracha y baila subida a un barril de cerveza, contoneándose obscenamente. Su padre, borracho también, la hace bajar de allí muerto de risa. Nat siente como si esa noche todo estuviese permitido, y todo perdonado, incluidos los viejos rencores entre el dueño de la tienda y el Gordo. Por eso mira la cortinilla de bolas de la entrada, girando la cabeza en cuanto suena al pasar alguien. El alcohol la embriaga de una turbia esperanza. ¿Y si Andreas apareciese? La sola posibilidad le acelera el corazón. Pero Andreas no aparece.

Confusa, emocionada, intercambia abrazos con los demás al despedirse, ya de madrugada, abrazos cálidos en el frío de la noche. De vuelta a su casa, se siente tentada de acercarse a la de Andreas. Solo mirar un poquito desde lejos, se dice, no hay nada malo en curiosear un poco. ¿Estará o no estará? ¿Habrá luz? ¿Sonará música? ¿Tendrá compañía?

Pero cuando toma el camino, las siluetas de las chumberas en la oscuridad —formas siniestras, amenazantes— le hacen dar la vuelta, como un aviso.

Está volviendo de la compra cuando ve a su vecina en la entrada de El Chaletito, regando las macetas. Se queda parada, cargada con las bolsas, palpitante. Cuando echa a andar de nuevo, el aire se ha enrarecido tanto que le cuesta avanzar. Sabe que debe presentarse de inmediato a saludar, pero camina con lentitud, descartando las palabras que no debe pronunciar, escogiendo a cambio las más adecuadas, con la misma cautela con que traducía en el pasado, aunque ahora desconozca el sentido del texto originario.

La vecina la recibe sonriente, guapa, favorecida por un jersey color mostaza, pantalones amplios de embarazada, el pelo recogido, los pómulos relucientes. A Nat le sorprende su actitud. Ese recibimiento, se dice, pero no sabe continuar el pensamiento. Ese recibimiento.

Se besan. La voz de Nat se quiebra cuando pregunta por la niña. La vecina le dice que está mucho mejor. La llama para que la vea y la pequeña surge del fondo de la casa, obediente. A pesar de su longitud, la herida que le recorre la mejilla de lado a lado no consigue afear sus facciones, que son extremadamente delicadas, aún a medio esbozar. Tiene también algunas

marcas más pequeñas en la barbilla y el cuello. Pero lo que más destaca en ella es su seriedad. Mira a Nat con ojos inexpresivos.

—Nos dijeron que con el paso del tiempo las cicatrices apenas se notarán —explica su madre—. Es la suerte de ser una niña. La piel se regenera de maravilla.

A Nat se le humedecen los ojos. Pide perdón a ambas. Ojalá pudiera dar marcha atrás al tiempo, dice. Siente muchísimo el dolor que ha causado. Lo siente muchísimo, repite. La niña continúa inmutable. La vecina posa una mano en su brazo para tranquilizarla, se hace a un lado de la puerta para que pase. Nat entra sin soltar las bolsas. Aturdida, se sienta donde le indican, busca con la mirada al vecino, al otro niño.

—No están —dice la vecina sin que ella le pregunte.

Luego le ofrece un café. Mientras lo prepara en la cocina, la niña permanece de pie junto a Nat, en silencio. Ha perdido la mirada propia de los niños que no tienen pasado; sus ojos, más que sus cicatrices, marcan ahora la existencia de un antes y un después, una falla en el tiempo. Nat intenta dialogar con ella, pero la niña solo contesta con monosílabos. En su expresión se condensa su propio e inamovible veredicto. Ya ha dictado sentencia, y no es favorable.

—Es muy introvertida —dice la vecina al volver.

Hablan de su embarazo, de la Navidad. ¿Qué tal estuvo la fiesta de Nochebuena? ¿Lo pasaron bien en el bar del Gordo? Ellos debían estar con sus familias, obviamente —los padres de ella y también la madre de él—, los abuelos añoran a sus nietos, pero ahora, esos días, les apetecía retirarse al campo, organizar alguna excursión, ella puede unirse si le apetece. Nat está incómoda. ¿Qué sentido tiene toda esa amabilidad? Le cuesta conversar como si no hubiera pasado nada, pero piensa que es lo que se espera de ella, y que debe esforzarse. La vecina está hablando ahora de los gastos. Los gastos que suponen las reformas —el proyecto de la piscina, pero también la cocina, que hay que cambiar completa—, además de los regalos navideños, la calefacción, los gastos médicos... Nat cae en la cuenta. No se le ocurrió antes. No sabe si ha sido un comentario casual o si su vecina lo ha deslizado en la conversación a propósito, pero traga saliva y pregunta.

—¿Ha sido mucho... dinero?

Oh, no, se apresura a matizar la vecina. Se refiere a los gastos del embarazo. Visita a un ginecólogo muy prestigioso, el mismo que llevó sus partos anteriores, no hay que escatimar en esas cosas. Lo de la niña lo ha cubierto el seguro. Afortunadamente, añade, Nat no debe preocuparse por

nada. Lo pasado, pasado está. Se acerca más, se inclina un poco, baja la voz. Mientras habla, recorre el filo de la taza con la punta del dedo, tomándose su tiempo para pronunciar cada palabra.

—Mira, si hubiéramos querido joderte, te habríamos denunciado.

Nat se queda inmóvil, incapaz de reaccionar. Esa forma de hablar, de pronto, es como un revés sobre su cara.

—¿Cómo?

—Denunciarte. Digo que podríamos haberte denunciado. Y no lo hicimos. Si hubiésemos pretendido joderte, pero joderte bien, lo habríamos hecho, porque tenías todas las de perder. Así que, como verás, no es nuestra intención devolvértela. Deberías relajarte.

Nat asiente perpleja. No sabe interpretar si la sonrisa de la vecina aplaca o acentúa la agresividad de sus palabras: una sonrisa tensa, que deja al descubierto su magnífica dentadura. Busca con la mirada a la niña, que se ha sentado en el suelo, en un rincón. Juega con una consola, supuestamente aislada pero —a Nat le parece— sin perder hilo de la conversación. La vecina cambia de asunto, su sonrisa se suaviza casi imperceptiblemente, y habla ahora de su marido. Ha ido a Petacas a comprar, explica, en la tienda cada vez cuesta más encontrar lo necesario. Lo que ha dicho hace tan solo unos minutos parece ahora producto de la imaginación de Nat y sin embargo ella sabe que no, que esa sorpresa formaba parte de la puesta en escena: un estudiadísimo guión que se va cumpliendo punto por punto. Nat ya no está escuchando, quiere marcharse cuanto antes, pero no sabe cómo cortar. La vecina parlotea, otra vez echada sobre el respaldo del sillón. A ratos, la niña levanta la mirada de la consola, las examina con seriedad, regresa a su juego. A Nat se le ocurre una excusa. La estufa, murmura. Se ha dejado encendida la estufa. Más le vale irse ya, añade, es un modelo antiguo, podría prender fuego en cualquier momento.

En la puerta, la vecina la toma del hombro, pero esta vez es el nombre de Andreas el que pronuncia, no el alemán, como solía llamarlo, sino directamente Andreas.

—Me alegro de que te haya dejado.

Sus ojos destellan al decirlo. Nat quisiera protestar, quisiera preguntar de dónde saca su información, pero se limita a sonreír. La estúpida sonrisa de los payasos, piensa: la herida de la niña le da a esa madre legitimidad para actuar como está actuando, el derecho de continuar acosándola como quien irrumpe en una casa ajena. Le dice que Andreas es un hombre oscuro, que es manipulador y sucio. Ella lo conoce muy bien. Muy bien, repite, y esas dos

palabras se agigantan, contienen todo un idioma, todo un mundo privado y secreto al que Nat ya no tiene acceso. Nat podría recordarle que había dicho justo lo contrario, que apenas lo conocía. Podría preguntar detalles, podría retardar su marcha y tratar de entender. Pero le gana el ansia de huir, de alejarse. Coge sus bolsas, sonrío de nuevo y se marcha sin mirar atrás.

Al colocar la compra en la nevera encuentra varios huevos rotos y dos envases de yogur abiertos y vaciados. ¿Cuándo ha pasado eso? ¿Quién se lo hizo? No recuerda haber dejado las bolsas desatendidas ni un momento. Eso —los huevos rotos y los envases de yogur vacíos— le inquieta ahora más que el resto de la escena.

El casero se presenta el treinta de diciembre, malhumorado. Lo primero que le cuenta, mascullando hacia el suelo, es que le han cobrado el doble de lo normal por un cabrito. Se aprovechan de que todo el mundo —todos los imbéciles, dice— busca algo especial para la cena de fin de año, pero él ya está harto de tanta caradura. Harto, repite. Nat finge indiferencia y va a buscar el dinero. Qué más da que sea o no fin de año, continúa el casero tomando asiento en el sofá, si por él fuera se comería un perol de patatas fritas, se bebería dos o tres litronas y punto. Pero son las mujeres, dice, son ellas las que lo complican todo, siempre pendientes de celebrar las fechas especiales, los aniversarios y los cumpleaños, dándose aires con la comida, como si la comida no fuese a cagarse al final de todos modos. Se limpia la saliva con la manga, le dedica a Nat una larga sonrisa burlona y después le pregunta por el perro.

—Te salió rana, ¿no? —ríe.

La culpa ha sido de ella, dice, por no haber sabido manejarlo. Los perros no son tan complicados, lo único que hay que hacer es tratarlos con mano dura. Ella lo maleó con tanto capricho, con esa tontería de llevarlo al veterinario, ¿o cree que no sabe lo del veterinario? Por un lado caprichos, por otro esa manía de atarlo a la estaca. No le extraña que se volviera loco. En todo caso, ya es tarde para arrepentirse, a cada cerdo le llega su sanmartín. Todavía sentado, revuelve en los bolsillos y le tiende las facturas, dobladas y arrugadas.

Nat hace sus cuentas, le da el dinero. Él las repasa despacio, desconfiado. Se levanta y la contempla con las piernas separadas, los brazos en jarra. Sostiene su mirada hasta que ella se da por vencida y baja los párpados.

—¿Y ahora qué vas a hacer aquí?

Nat no responde. Solo desea que se vaya.

—Ahora que no te tiras a nadie, digo, ¿qué haces aquí?

Algo le revienta a ella en su interior. Como un saco de gel frío que después se extendiera por sus extremidades, aflojando sus músculos, derrotándola. Da un paso atrás.

—O quizá sí te tiras a alguien. Cuando no hay uno siempre hay otro, ¿no es así? Cualquiera vale.

Se acerca a ella. Nat retrocede hasta el borde de la mesa. Trata de escabullirse, de ir más allá, pero él la sujeta por un brazo.

—Ven aquí —susurra—. ¿No quieres que yo también te dé mandanga?

Nat quiere gritar, pero el terror se lo impide. Antes de que consiga hacerlo, él le pone una mano sobre la boca, y con la otra continúa agarrándole el brazo con más fuerza. Arrima su cabeza, le habla al oído.

—No grites. Nadie va a venir a ayudarte.

Trata de zafarse de él, lo empuja con toda su energía, pero el casero demuestra una resistencia sorprendente, atrapándola, apretándose contra ella, su cuerpo sudoroso y encendido, duro, maloliente, presionándola, echándola contra la pared, retorciéndole el brazo mientras la manda callar, amenazándola con atarla y amordazarla si no se porta bien.

—Vamos —le dice—. No te hagas la estrecha. Te follaste al alemán y al hippie, a tu vecinito y a lo mejor hasta al viejo al que vas a limpiarle la casa. ¿Acaso yo me merezco menos?

Sujetándola contra la pared, la agarra ahora por el pelo, echándole la cabeza hacia atrás. Ella siente el rasguido del dolor, sus babas en el cuello, en sus pechos, el gruñido de él mientras la somete. Grita, pero lo que sale de su boca tapada no suena a una llamada de socorro: su voz ahogada, desprovista de humanidad, es el graznido de un ave antes del sacrificio. Él se pega aún más, la aplasta con su peso y luego se retira, escupe a un lado, ríe a carcajadas.

—Tienes suerte, chica. Se me han quitado las ganas de pronto.

Nat contiene las arcadas. Chilla por fin. A gritos, le dice que llamará a la policía, que lo va a denunciar, se lo contará a todo el mundo de inmediato.

—¿Ah, sí? ¿También a tus vecinos? ¿Piensas que ellos te van a defender? ¿Por qué crees que estoy aquí?

Dolorida, desconcertada, Nat llora, frotándose la nuca y el brazo magullado. Le ordena que se vaya.

—Pues claro que me voy. No creerías que te iba a violar, ¿no?

Luego le dice que ella le da asco. Cualquiera mujer antes que ella. Una cabra, una vaca, antes que ella. Con sus aires de señorita distinguida, dice. Con esas tetas planas y esa cara de haba. Que vaya a denunciarlo si se atreve.

Nadie va a creerla, no hay testigos. Si lo denuncia, sus vecinos harán lo mismo con ella. ¿O pensaba que el asunto del perro ha quedado cerrado? Todavía están a tiempo si les da la gana. Ella verá qué hace. No debería quejarse tanto.

Roza el borde de la mesa con dos dedos —el medio y el índice pegados, tiesos— mientras la mira fijamente a los ojos. El contacto se queda flotando cuando él ya está fuera, arrancando su jeep, e incluso un rato después, coagulándose en el aire.

Nat no llama a la policía. No llama a nadie. Se sienta en el suelo y bebe directamente de una botella de whisky que un día le trajo Píter. Busca la tregua en el aturdimiento. Pero la raíz del pelo aún le duele a causa de los tirones. Y los espasmos le sacuden las manos.

Se despierta con un agudo dolor martilleándole la cabeza. La luz del día hiere sus pupilas. ¿Cuánto ha estado durmiendo?, se pregunta. Parpadea con fuerza varias veces, tomando conciencia de la habitación, del momento y de sí misma. Se levanta trastabillando, tropezándose con los muebles. Viéndose desde fuera, en esa falsa calma, es como si alguien la estuviese filmando, a ella, una figurante, una intrusa, el papel más insignificante que se le podía asignar en un mundo ficticio —un decorado de plástico, de cartón piedra—. Bebe con ansia pero el agua no aplaca su sed. Habla en voz alta para vencer la ronquera. Tose. La garganta le arde. Hace frío.

Se pone el chaquetón y sale. El sol ya está alto, pero no calienta. Más tramoya, se dice. Un sol pintado, de pacotilla. El cielo se tensa sobre el contorno de El Glauco, el camino se extiende ante ella, marcando la dirección que ha de seguir.

La furgoneta de Andreas no está en su lugar, pero esta vez Nat no se conforma con mirar en la distancia. Se acerca y se sienta en el suelo, junto a la puerta. Permanece allí varias horas, sin importarle que los demás puedan verla, sin importarle lo que digan de ella, lo que rumoreen sobre ella, las acusaciones que reciba o las faltas que se le imputen, y definitivamente sin importarle lo más mínimo su dignidad —o eso que ella habría llamado en otros tiempos dignidad y que ahora es solo una palabra escurridiza—. Orina allí mismo, entre unos matorrales. Se arrebujá en el chaquetón, se tumba como puede, a ratos se adormila.

Pasa allí todo el día.

Al filo del anochecer el ruido del motor la saca del adormecimiento. Distingue la furgoneta y después a Andreas, bajando. Se pone en pie, se

arregla el pelo. Él la mira sin decir nada. Con inequívoca dureza. A ella le cuesta reconocerlo. ¿Así eran sus ojos, así su cuerpo? ¿No era un poco más alto, o quizá más bajo? ¿Así de encorvado, así de flaco? Se acerca, posa la palma de la mano en su pecho, sin presionar, apenas un roce, una constatación. Bajo la tela, la piel de Andreas desprende un suave calor, real e indiscutible. Ni siquiera esa temperatura la aleja a ella del escenario, de su sensación de irrealidad.

—¿A qué has venido?

—No lo sé.

Es verdad: no lo sabe.

Él la contempla con curiosidad. Fija la vista en su cuello magullado. Quizá deduce algo.

—Tienes mala cara —le dice—. Venga, entra.

La casa todavía conserva la tibieza y el olor de la leña. Nat se sienta en el sofá y mira alrededor, aún medio a oscuras, naufragando en la confusa mezcla de reconocimiento y extrañeza. Li se le acerca ronroneando, se frota contra su pierna. Ahora, los dos están desconcertados: Nat no sabe cuál es el siguiente paso que debe dar y Andreas, claramente, espera algo de ella, que diga o haga algo, porque ¿por qué está allí si no?

Pero es evidente que Nat no tiene nada que decirle. Lo observa con atención, como a un desconocido, mientras él saca un paquete de tabaco del bolsillo, enciende un cigarro, fuma en silencio. ¿Quién es ese hombre? ¿Para qué ha estado en su puerta tantas horas, esperándolo? ¿Qué sentido tenía, ahora que se instala en ella una frialdad paralizadora?

Hace meses él le pidió estar un rato dentro de ella. Ahora es como si ella se lo estuviese pidiendo a él, aunque de otra manera. Tiene delante a un hombre que encendió algo en ella, algo grande y desconocido, laberíntico e inagotable, pero no siente nada. En los ojos de Andreas había aleteado un mensaje que ella interpretó como el acceso a un poder o a unos conocimientos inasequibles al resto. Pero eso se ha esfumado.

Quizá se había dejado llevar por el egoísmo de agarrar más cosas de las que le pertenecían. Quizá era verdad que era una ingrata. Había tocado a Dios y, aun así, le había resultado insuficiente.

Andreas rompe el silencio. Con tranquilidad, sin pasión. Sabe todo lo que le ha pasado últimamente. ¿Todo?, pregunta Nat. Sí, todo. Pero lo superará pronto, asegura. No debería atormentarse con lo que digan de ella. En sus palabras, Nat siente el peso de la distancia.

—¿Sabes? Tuve que ir a Cárdenas hace poco. Había policías armados en todas las calles. Todo acordonado, con helicópteros dando vueltas. Esperaban la visita de alguien importante, de un primer ministro, creo, un jefe de Estado o algo así, para una cumbre internacional sobre no sé qué. No llegué a enterarme bien, me fui lo antes que pude. Un horror.

Nat no reacciona. No consigue entender qué dice Andreas. ¿A qué se refiere? ¿Procura consolarla o advertirle de un riesgo? ¿Hay un mensaje oculto en sus palabras? ¿O trata, simplemente, de distraerla? Suena irreal, como si otra persona hablase por él o a través de él.

En realidad, suena grotesco, torpe, inculto, tal como le parecía al principio, cuando lo miraba de lejos y solo era un pedazo del paisaje, nada más. El alemán, un hombre cualquiera, como cualquier otro. Y ella, piensa, se había empeñado en traducirlo, en llevarlo a su terreno. Qué absurda pretensión, se dice. Si no fuese ridículo, sería hasta divertido.

—¿De qué te ríes ahora? —pregunta él, asombrado—. A ti no hay quien te entienda.

Durante un tiempo considera quedarse. Pero también pesa en ella el impulso contrario, el de irse. No necesita rebatir nada. No busca contradecir a nadie ni señalarse. Pero quiere acabar aquello que empezó y que dejó a medias, no darse por vencida. Como, por ejemplo, la traducción de las piezas de teatro. Entre otras cosas.

Finalmente, decide irse a vivir a otra localidad cercana. Alquila una casa muy vieja por menos dinero del que le cobraba el casero de La Escapa. Friega los suelos, restriega los fogones de la cocina, barre y rastrilla, barniza maderas viejas, lija los azulejos con una rasqueta, poda las ramas secas: la repetición de estas tareas, en un nuevo lugar, no la interpreta como un estancamiento, sino como un avance. Píter se pasa a verla de vez en cuando, le lleva regalos, es tan atento o más que al principio. A ella ya no le molesta su atención. Ellos dos, se dice, se parecen más de lo que creía. Píter, al menos, habla.

Se siente invulnerable, más allá de los juicios, pero su inmunidad viene de haber salido del tiempo en que vivía, como si, al subir una escalera interminable, hubiese caído al vacío por un peldaño roto, mientras el resto de la gente continuaba hacia arriba sin advertirlo.

Cuando piensa en Andreas, algo se agita todavía en sus entrañas, como una resaca. A menudo, cierra los ojos y se aferra a la imagen de sus manos recorriéndole los costados. El tacto de sus dedos la primera vez, en su cintura. La camiseta puesta que acentúa la desnudez restante. La oscuridad destacando

el dibujo de sus cuerpos. El repiqueteo de las gotas de lluvia, rebotando en la chapa. Piensa que un solo instante —por ejemplo, ese instante— basta para justificar una vida completa: hay quien no tuvo ni siquiera eso. Pero otros recuerdos han perdido ya su validez. Los descarta uno a uno, hasta quedarse solo con ese primer día.

Su memoria se ha encogido. Su memoria, ahora, es tan pequeña que le cabe en un puño. Las reliquias sentimentales, se dice, no merecen la eternidad.

Un día coge su coche y vuelve a La Escapa para subir a El Glauco. Aparca en el mirador en el que Andreas dejó la furgoneta cuando fue con ella. Hace exactamente el mismo recorrido que hicieron entonces, pero no para recuperar las mismas sensaciones, sino justo al revés, para borrarlas y escribir otras nuevas sobre ellas.

Sentada en una roca, admira el paisaje empañado y vidrioso por las nubes, los colores desleídos y entremezclados. Respira con lentitud. El aire helado despeja su nariz, escuece un poco. Sin proponérselo, esboza una íntima despedida.

En la mano siente un cosquilleo, una hormiga. Descubre una hilera avanzando por la roca en la que se ha sentado, una hilera disciplinada salvo por el ejemplar que trepó hasta su mano: la díscola, la sediciosa.

Observa las hormigas con atención. Le cuesta trabajo conciliar la amplitud de las vistas desde la cima con ese universo tan estrecho: lo grande y lo pequeño, todo junto, en el mismo plano mental.

Alcanza cierta forma de paz, una revelación. Entonces, de improviso, el robo que cometió en el pasado adquiere todo su sentido. Ahora sabe leerlo.

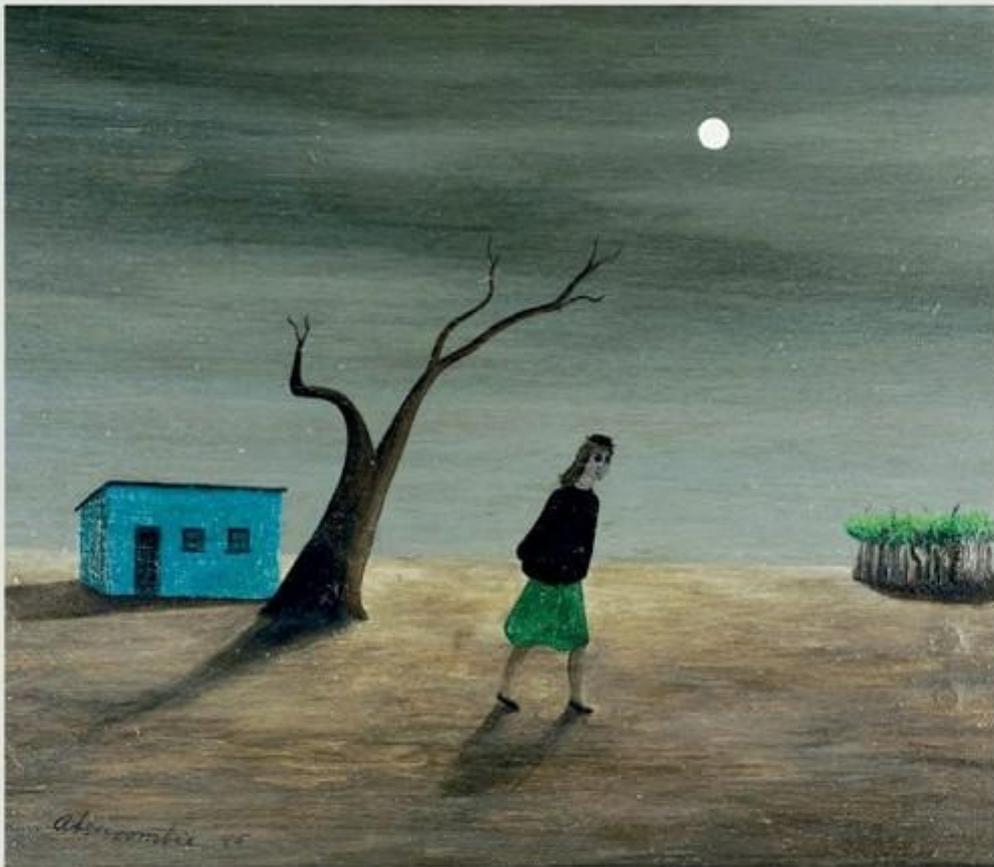
Comprende que no se llega al blanco apuntando, sino descuidadamente, mediante oscilaciones y rodeos, casi por casualidad.

Ve con claridad que todo conducía a ese momento. Incluso lo que parecía no conducir a ninguna parte.

SARA MESA

---

*Un amor*



Lectulandia